



Ribanova

(Una vez era un pueblo...)

Leopoldo Calvo Sotelo

Luego no protestes, lector

Ribanova no es una novela. El autor, novicio en estos menesteres literarios, no ha sabido urdir una trama al uso, y eso que, a las veces, la pluma se le iba detrás del argumento, fácil quizá de componer dentro del marco ribeiriano -el forastero que llega, mozo y disponible, y, después de las peripecias reglamentarias, enamora a una rapaciña, casa con ella, y cádate hecho el cuento: el cuento de todos los días, que acaba en una página del libro de matrimonios del Registro civil.

Pero no ha querido tampoco, ¡líbrele Dios de vanidad tanta!, sentar plaza de original ni romper los moldes acostumbrados. Su propósito, bien humilde, no ha sido otro que el de dibujar unas escenas de la vida de pueblo: escenas donde los personajes constituyen sólo un pretexto y el diálogo una manera de animar el cuadro, ya de por sí monótono en demasía; comedia en la que los actores significan menos que el decorado.

Ribanova levanta su apiñado caserío a orillas del Nova. Allí va José Luis a pasar el verano. José Luis observa, inquiere, descubre noticias interesantes sobre la historia de la villa, trata a las principales figuras locales, rinde pleitesía a los encantijos ribeirianos, se suscribe al Eco y a La Voz, los dos batalladores semanarios, asiste a una «lodrobada» con media docena de amigos, recibe la visita del coadjutor de Villasol, el más cumplido de los clérigos de la diócesis monledense, cultiva la amistad de los Canegos, marineros de la ría, curioseas en las playas con infracción de las severas ordenanzas del Ayudante, procura mantenerse a respetuosa distancia de las viejas del Campo de San Rosendo, admira el Gran Casino villasolano y el Gran Cementerio de Ribanova...

-¿Y eso es todo?

-Eso es todo.

-Pero -preguntará el lector- ¿no le pasa nada a José Luis?
-Nada.
-¿No busca novia ni le acongoja ningún conflicto sentimental?
-Ni novia ni conflictos sentimentales. Soltero vino y soltero se irá.

Lector: para prevenir posibles acusaciones de fraude he escrito estas líneas. No te lames a engaño. Todavía estás a tiempo de dar la vuelta. Acaso sería mejor que no te decidieses a entrar y que en la cartelera cubierta de anuncios multicolores buscaras otro espectáculo más ameno.

Luego no protestes, lector...

El camino de Ribanova

El Nova riega cuatro pueblos: Ribanova, Noguerras, Villasol y Adegas del Nova. Es al principio modestísimo regato; después, espléndida ría, que antes de llegar a la desembocadura, donde la espera el piélago celoso, coquetea de lo lindo, entre melindres y carantoñas, oculta sus cristales detrás de un abanico de mimbreras, sesteando en los prados ribereños, perfuma su corriente con el aroma de los pinares y traza mil curvas caprichosas, como esas damiselas que aplazan el momento de la cita para encender el deseo del galán que las aguarda. Y todavía, cerca ya de la boca, hace una escapada a Travesa, juega al escondite en los abrigos de la costa, finge mohínes de enfado cuando la muerden las Carrayas con sus mandíbulas de granito y, finalmente, cae rendida en los brazos del Cantábrico y se adormece en su lecho de olas, al resplandor del faro, antorcha de himeneo que ilumina las bodas de la ría y el mar.

Entre Ribanova y Augusta, la capital de la provincia, hay cien kilómetros largos. El camino atraviesa Villablanca, que tiene una torre negra, y Villanueva, que es una ciudad antigua. ¡Monteledó!: pardos edificios señoriales de artística labra, oscuras siluetas de clérigos y devotas, sinfonía de campanas, mosconeos de cabillos catedral. Doblado el puerto, cambia el paisaje: las barrancadas abruptas mueren en suaves laderas; ya no cierran el horizonte picachos envueltos en nubes, sino la línea azul infinita, velas desplegadas al sol, humareda de navíos remotos. A la voz cantarina de las iglesias sucede la música dorada de los dólares, y suenan blandas cadencias americanas que apagan el murmullo del rezo capitular. La carretera va perdiendo poco a poco su agreste soledad esquiva para vestirse de amable cordialidad urbana. Chalets y palacetes exhiben su ufanía: el cemento advenedizo usurpa el puesto a la piedra milenaria: los hidalgos del comercio cuelgan sus escudos de pesas y medidas en campo de plata. El viajero ha recorrido, en el espacio, cuatro leguas; en el tiempo, cuatro siglos. A entrambos lados de la ruta, los árboles forman sombrero de tnel. La baca del auto, recargada de baúles y maletas, lame el verde dosel, y las ramas quedan cimbreándose largo rato, como si dijieran adiós...

Rodeiros, Hoz, San Juan... Los pueblos, alineados a lo largo del camino, lo animan y hacen grata a los ojos la polvorosa senda. Detrás de las ventanas, en la sombra de los zaguanes o entre las cercas de pizarra plomiza, no falta nunca la mirada curiosa que sigue al coche correo mientras las manos descansan del zurcido o se cruzan sobre la azada. A su vez, el camino da vida a los pueblos: vida fugaz, que alegre, como un relámpago, la monotonía de la aldea; vida que pasa por donde sólo lo que pasa es vida, y que despierta hoy, entre bocinazos roncros, igual que ayer entre restallidos de látigo, una inexpresable ilusión andariega.

Alrededores de Ribanova: un prado inmenso ceñido por una valla de no pintado pino - diríase un cajón sin tapa -: es el campo de football. ¿Oís el ladrido de un perro? Estamos

en «Ladraocán». Dintel de Ribanova: viejos eucaliptos, recuerdo del que fue bosque admirable; bancos de piedra dispuestos en rotonda, como para recibir al forastero: los Canapés. Primera calle de Ribanova, la de San Pedro: garages, hoteles, farmacias y comercios. Corazón de Ribanova: el Crucero -la calle de la Paz, que baja al muelle; la calle del Amor, que sube al monte; la que viene de Augusta y Monteledo, y cruza la Alameda, y busca el Nova. El toque de oración: rezan a dúo la esquila vocinglera del convento y el bronce parroquial de timbre grave. En tertulia de tienda y de trastienda murmuran mercaderes y vecinos. Murmuran sus amores los rapaces al receloso oído de las novias. Murmuran las beatas cuando, apenas acabado el sermón de San Antonio, secarse pudo el agua bendecida que humedeció sus manos pecadoras. Y en las rompientes, con hervor de espumas, murmura el mar también, por no ser menos.

Pasado y presente

En 1910 vio la luz una obra titulada así: Datos históricos de la Muy Noble, Muy Leal y Muy Heroica Villa de Ribanova, por un Licenciado en Ciencias. La obra se imprimió en Monteledo: es un volumen en octavo, de cuatrocientas páginas. Para componerlo, el autor revolvió los archivos municipal y parroquial, los libros de actas de la Cofradía de mareantes de San Blas y los del Cabildo monledense. Una Musa irónica hubo de inspirarle al comentar las andanzas de Ribanova desde sus remotos orígenes hasta el siglo que corre. Nosotros nos hemos limitado a extraer, de la rica cantera de su humorismo, media docena de botones para muestra y regalo del que leyere. A partir de 1875, el autor cambia de tono: ya no bromea, y reviste su pluma de digna seriedad. Dicen que el seudónimo Licenciado en Ciencias esconde a un ribeiriano insigne, concejal varias veces, el cual no ha querido, sin duda, aplicar al pellejo propio la ortiga de sus donaires, que tanto escocerían a los que le precedieron en el Municipio, si viviesen. Nosotros respetamos el texto, reímos cuando el Licenciado ríe y nos ponemos graves cuando enarca las cejas, se asegura las gafas, carraspea presumido y perora doctoral.

Los primeros datos fidedignos del pasado de Ribanova se remontan al siglo XIII. En 1232 visitó la villa el Rey San Fernando, que recorría sus dominios de León. Cerca de setecientos años transcurrieron antes de que Ribanova recibiese el honor de otra visita real, pero no por ello la olvidó la Monarquía ni dejó el pueblo de participar en las alegrías y tristezas de sus soberanos. En 1601 Ribanova paga 11.000 maravedises de donativo y chapín de la Reina; en 1611, muerta doña Margarita, esposa de D. Felipe III, invierte 25 ducados en bayetas para el luto de sus justicias y regidores; en 1640 contribuye al sostenimiento de las mulas y mozos del Rey con media anata sobre todos los oficios y profesiones, y en 1647 con 715 reales al viaje de Felipe V a Aragón; en 1660 le corresponden 128.000 maravedises en los gastos del casamiento de la Infanta; en 1690, de orden superior, remite semanalmente a La Coruña doce perdices y un salmón para regalo de doña Mariana de Austria, que había desembarcado en El Ferrol; en 1712, las mantillas del príncipe Don Luis le importan 950 reales...

Hospitalaria, la villa llena de agasajos a cuantos forasteros de alcurnia trasponen sus puertas. En 1622 obsequia con doce gallinas, cuatro cajas de conservas, doscientos limones, cuatro frascos de vino de Ribadavia y ocho panecillos al almirante de la escuadra francesa que había entrado de arribada en el puerto. A bordo de los buques, una epidemia de amigdalitis hacía estragos. Con el zumo de los dos centenares de limones pudieron todos gargarizarse y lograr pronto alivio. Dos días después, el almirante dirigió un comunicado al Concejo, expresándole sus reconocimientos por las

atenciones recibidas. «Gracias a la solicitud de vuestras mercedes, decía el documento, que se conserva en los archivos de Ribanova, mis hombres tienen ya expeditas las tragaderas; denlas ahora ocupación para que con el ocio no les vuelva la pasada calentura, y mándennos más vino y más gallinas, que panecillos todavía quedan». Los regidores concedieron lo pedido, y era tal el apetito de los marineros, sin duda avivado por la dieta sufrida, que durante mucho tiempo guardaron luto los corrales ribeirianos. Los franceses no trajeron, se llevaron las gallinas de Ribanova...

Hubo el año 1572 temores de invasión. El Concejo dispuso que los vecinos saliesen a la Alameda, prevenidas las armas, como si fuesen a pelear, en miliciano alarde ostentoso, y costó Dios y ayuda obligarles luego a que depusieran su bélica actitud. Por vía de transacción lograron que se les dejase ir al paseo con un par de tijeras bien afiladas, cuando menos, útiles en menesteres de corte de prendas: a través de los siglos, la costumbre subsiste. Hízose entonces inventario de los instrumentos de guerra que la villa podría utilizar en caso de apuro, y arrojó este resultado: veintidós mosquetes, nueve llaves de las puertas, tres barriles de pólvora, catorce chuzos y tres libros de la Nueva Recopilación.

El 8 de marzo de 1778 Ribanova entero se lanzó a la calle para presenciar el más lucido de los cortejos de boda: la muy ilustre señora doña Aldonza de Boiro y Paradela, propietaria de cuatro pueblos, casaba con Mateo Fungueiró, uno de los estanqueros de la villa y el mejor partido en diez leguas a la redonda. El título de estanquero iba acompañado, en aquella época, de una serie de privilegios y franquicias, a saber: uso de armas, derecho de registrar las casas, exención de cargas concejiles, alojamientos, bagajes, cobradurías, servicio militar, pontazgos, barcajes y contribuciones, salvo la de consumos; estaban sujetos a jurisdicción especial, instruían sumarios en los casos de fraude, gozaban de preferencia en el alquiler de viviendas y podían gritar: ¡favor al Rey!, y prender al que no acudiese a la llamada. La Renta de Tabacos contaba entonces en Ribanova con un administrador, Pero Nonobal; un cabo, seis ministros y tres expendedores. Cuando empezó a elaborar los mazos de «mataquintos» hubo de suprimirse, en justa reciprocidad, y para cubrir bajas, la exención del servicio militar que venían disfrutando los agentes de la Compañía.

La higiene pública mereció siempre hartos desvelos de los munícipes. Había un funcionario del Concejo, el riero, encargado de limpiar el río y las fuentes públicas: su jurisdicción no llegaba a las intenciones... En 1550 se mandó que cada vecino barriese la calle delante de su puerta todos los sábados al obscurecer, pero como hacían semana inglesa... En 1552 prohibieron arrojar agua por las ventanas sin declarar primero tres veces su procedencia y calidad, para conocimiento de los que circularan por el arroyo, y que se llevasen al paseo de la Alameda puercos, ovejas, bestias ni carros. En 1565 le negaron a Catalina Fernández la licencia para vender tripas, pena de cien azotes: Catalina tuvo que hacer de tripas corazón. En 1601 Pedro Rodríguez recibió el encargo de ahuyentar y matar los centenares de perros que llenaban la villa, pero no perecieron todos: quedaron algunos, y la descendencia ladra todavía de vez en cuando...

La primera botica la abrió, en 1684, el licenciado Domingo Antonio Vela. Ninguno de los contemporáneos de Domingo Antonio vive hoy: lenguas murmuradoras lo atribuyen a la mala calidad de las medicinas que tomamos. En 1774 se posesiona Manuel Martínez de su destino de sangrador. El título que exhibió le facultaba para sangrar, sajar, echar sanguijuelas y ventosas y sacar dientes y muelas: Manuel Martínez había practicado largo tiempo a las órdenes de un recaudador de contribuciones. En 1790 el médico Curros apela al alcalde, porque le convertían en blanco de mil calumnias: «Me atribuyen, protestaba, desaciertos en los que fallecen, sin acordarse de los que curo», y solicitó que pidieran informes a Furela, donde había prestado sus servicios facultativos:

«Ya verán vuestras mercedes cómo no oyen queja de mí». Hízolo el Ayuntamiento, y no consiguió respuesta. Envió entonces un propio, y pronto pudo saberse la verdad. El agraviado tenía razón: en Furela nadie se quejaba del médico Curros, porque, durante su estancia allí, todos los vecinos habían muerto.

¿Y la moral pública? De diligentes curadores disfrutó Ribanova. En 1750, el Real Consejo de Castilla dispuso que cada juez se aplicase a investigar y averiguar, en su jurisdicción, la vida de los súbditos, «y si algunos la hubieren escandalosa o cometen otros desórdenes, formen pesquisa y den cuenta». Las beatas del campo de San Rosendo promovieron incidente de competencia, invocando el primordial derecho que las asistía, desde épocas remotísimas, para estos oficios de curioseo: ganaron el pleito, y las sucesivas generaciones han respetado su título, como pocos justo. En 1772, el maestro de Gramática que abrió su escuela en la Casa de Aulas, frente al lavadero público, denuncia que «es patente a todos la desenvoltura, indecencia y ningún recato con que están las más de las mujeres que allí concurren a lavar..., que acuden muchos a chocarrear con las lavanderas... y que no se oyen sino juramentos, blasfemias, maldiciones, palabras obscenas, cantares escandalosos y cuanto malo se puede discurrir en esta materia». El Concejo nombró una Comisión para depurar los hechos. Dos semanas después la Comisión elevó un luminoso informe, en el que se anotaban, por orden alfabético, todos y cada uno de los cantares escandalosos, palabras obscenas, maldiciones, blasfemias y juramentos objeto de la denuncia: la lista cubría cuatro pliegos y medio de letra apretada. Comprobó también la Comisión que los más asiduos concurrentes al chocarreo con las lavanderas eran tres fijodalgos y dos regidores, y hubo de atribuir a contagio ineludible las demasías del vocabulario, «porque, razonaba el ponente, dime con quién andas y te diré quién eres, y mal puede pedirse limpieza de boca a quienes viven entre lienzos emporcados». El informe terminaba haciendo cumplidos elogios de la moderación y cortesía de las verduleras del mercado y de las pescadoras del Perellán.

En 1814 recibió el síndico la delicada misión de expulsar de la villa a «varias mujeres advenedizas y sin arraigo, que la infestaban con sus vicios y malas costumbres». Uno de los munícipes, bien conocido por sus campañas moralizadoras, brindose para notificar en persona el acuerdo a «aquellas desgraciadas». Otros aseguraron que estaban dispuestos a sacrificarse en aras de la decencia pública, acompañándolas hasta el límite del término, a fin de que no ofreciese dudas que la orden de destierro quedaba cumplida. El alcalde puso término al debate declarando que empresa que así afectaba al decoro de Ribanova debía rematarla el Concejo en pleno, y, en su nombre, el que lo presidía, y tuvo enérgicas frases de condenación, que fueron subrayadas con unánime murmullo aprobatorio, para «los convecinos que habían dado corruptores ejemplos de liviandad, impropios de pueblo tan recatado».

-¿Siguen viviendo las cortesananas en la calle del Son? -preguntó el secretario.

-No -contestó gravemente el alcalde-; hace unos días que se trasladaron a la calle Alta, número 128, primero, derecha, y convendrá que les lleven la oportuna cédula después de las doce de la mañana, porque suelen levantarse tarde.

Al escuchar estas palabras, «los concejales empezaron a toser, como si de improviso y a un tiempo se hubiesen acatarrado todos».

Los sucesos políticos del siglo XIX alcanzaron en Ribanova reflejos singulares. La Constitución de 1812 se proclamó con esplendor nunca visto. Presentes en el balcón de la Casa Consistorial, ante inmenso público aglomerado en la plaza, las autoridades religiosas, civiles y militares, el secretario, después de ordenar silencio diciendo por tres veces: «¡Oíd, oíd!», leyó íntegros el preámbulo y los 384 artículos del Código

doceañista. Una vieja que se quedó dormida durante la lectura fue severamente amonestada, y un carpintero de ribera, que aventuró la hipótesis de que la nueva Constitución resultaba algo prolija, a punto estuvo de dar con sus huesos en la cárcel. El síndico, viejo y calvo, que permaneció descubierto, a pleno sol, mientras duró la solemne ceremonia, cayó enfermo al otro día, víctima de un ataque cerebral que le puso a las puertas de la muerte. Sus compañeros, conmovidos ante aquel rasgo de constitucionalismo entusiasta, le regalaron por suscripción un bisoñé de honor. Hubo al final vivas, aplausos y ronquidos, y luego fuegos artificiales, iluminaciones, cañonazos y globos. Desde entonces, la Plaza Mayor quedó convertida en Plaza de la Constitución. En 1819 la Plaza de la Constitución cambió su nombre por el de Plaza Real, y en 1836, el de Plaza Real por el de Plaza de Isabel II, para acabar otra vez en Plaza de la Constitución.

La proclamación de la ley votada en Cádiz costó, con los festejos consiguientes, 2.949 reales, que satisfizo el erario municipal. La Constitución de 1837, como sólo tenía 77 artículos, costó más barata: 2.000 reales escasos. La revolución del 68, menos todavía: 400 reales, que se distribuyeron en limosnas a los pobres. La República salió algo cara: los regocijos públicos organizados en 1873 ocasionaron un gasto de 3.036 reales, y 2.328 la Restauración. Con Monarquía y con República, en régimen de libertad o de absolutismo, Ribanova pagaba siempre. Sin embargo, los servicios municipales recibieron notable mejoría: la Constitución republicana coincidió con el aumento de siete faroles en el alumbrado público; la de 1876 trajo otros siete faroles. A medida que cambiaban las formas políticas, los ribeirianos iban viendo más claro.

En 1824, y por Real orden, el Ayuntamiento se suscribió a El Mercurio. En 1851 dispuso el gobernador que el Ayuntamiento suspendiera la suscripción al Herald, que había substituido a El Mercurio, y, para distraer los ocios de la Corporación con lectura honesta y entretenida, recomendó que se abonara a la Jurisprudencia administrativa, de don Joaquín Sunyé. El Concejo acordó como se pedía. A partir de aquella fecha, organizó el Ayuntamiento una serie de veladas recreativas, que se celebraban todos los meses, en el teatro, para solaz del elemento joven, y que consistían en la lectura, durante dos horas, de medio centenar de páginas de la agradable Jurisprudencia. Los enemigos del alcalde atribuyeron a esta causa la neurastenia que se apoderó de muchas señoritas y la docena de tentativas de suicidio que en menos de un año aterrorizaron a la villa.

A partir de 1800, tres han sido las etapas de Ribanova. Fue primero la etapa naviera: poderosas casas armadoras sostenían una importante flota, que recorría todos los mares. A Ribanova llegaban manufacturas americanas, sedas de Oriente, frutos coloniales, lino ruso. El puerto tenía entonces una vida intensa: en los astilleros de Travesa se construían bergantines de altura, y de la Escuela de Náutica salían pilotos que dejaban bien puesto el pabellón ribeiriano. El pueblo vivía de la ría y hacia la ría orientó sus calles empinadas y cerca de ella construyó sus mejores edificios.

Inicióse después la etapa industrial. Un yacimiento de hulla, descubierto a cuarenta kilómetros de Ribanova, despertó risueñas esperanzas de prosperidad. En torno a la mina surgió un pueblo. Un ferrocarril de vía estrecha, diminuto como un juguete, arrastraba hasta la bahía largos rosarios de vagonetas, y la boca del cargadero vomitaba el mineral, que caía con retumbar de trueno en la bodega de los buques carboneros. Hombres emprendedores montaron un servicio diario de automóvil entre Ribanova y la capital: era entonces el alba de los coches de motor. Huyeron las viejas diligencias, espantadas, ante el monstruo que devoraba leguas y leguas abrevando en bidones de gasolina la cabalgada de sus cilindros, y donde antes se oyeron los cascabeleos del tiro y las interjecciones del mayoral, sonaban ahora las estridencias aturdidoras de klaxon.

Ribanova olvidó el mar para aproximarse a la carretera, y una vibración de modernidad estremeció sus rúas silenciosas. Garages y surtidores de esencia aparecieron, como por arte de magia, al lado de las casonas de rancio abolengo, en las plazoletas dormidas, hechas al sosegado deambular de los hidalgos ociosos y al bisbiseo murmurador de las viejas devotas. El volante trajo para muchos aires de emancipación y ennoblecimiento. El chauffeur, a un tiempo maquinista, piloto y timonel, siente el placer de dirigir: es el capitán de un buque que desliza su quilla de goma sobre el firme del camino, el jinete de un caballo dócil a la espuela del acelerador. La máquina que conduce tiembla en sus manos con isócronas palpitaciones de vida. El mecánico se sabe dueño de una fuerza que mueve la misma cárcel que la aprisiona, y paladea el licor voluptuoso de la velocidad.

Ribanova vuelve hoy la vista al mar. Indianos enriquecidos buscan este pueblo para su descanso, y las fortunas amasadas en América van poco a poco cambiando la faz de las cosas y el tono de las costumbres. Nuevas construcciones se alzan en la Plaza Mayor y en el Parque: casas ricas, que han venido a poner, con sus cúpulas de oro, un remate de paganía a la silueta de la villa, coronada antes por la torre parroquial. Ribanova vuelve la vista al mar, de donde recibe una poderosa inyección optimista: el porvenir está allá abajo, al otro lado del Océano...

Romeira

La primera sensación de José Luis, cuando le despertaron mediada la mañana, fue una sensación de abrumador sosiego. Por paradoja extraña, el reposo de la casa y de la calle le ensordecía. José Luis «oía el silencio», si así puede decirse. De tarde en tarde había un rumor de vida en el pregón de las vendedoras de pescado:

-¡Ay, qué sardiñas!

Anochecido ya, después de una siesta perezosa, salió del hotel. Camino del Crucero, una voz alegre y conocida detuvo sus pasos:

-¡Dichosos los ojos, pollo!

Romeira le saludaba desde la puerta de la botica. José Luis estrechó su mano efusivamente. Habían hecho juntos un viaje de La Coruña a Madrid, solos en el mismo departamento. Las interminables horas de tren hilvanaron entre ellos un recíproco afecto, robustecido luego en el transcurso de los años. La amistad de Romeira avivó en José Luis el deseo de visitar Ribanova, donde sus padres habían permanecido una larga temporada; deseo que al fin veía realizado.

Se miraron los dos, sonrientes.

-El tiempo no pasa por usted, Romeira.

-Sí pasa, sí; he envejecido mucho. Fíjese usted bien.

José Luis advirtió entonces que le blanqueaba el pelo en las sienes y que había hebras de plata en su barba rizada, pero la apostura del cuerpo y el caminar gallardo decían juventud.

Romeira no era Romeira: se llamaba Antonio Pereira Souto -¡búsqueme apellidos más enxebres, señor!-. En el pueblo le bautizaron de nuevo y Romeira se quedó para siempre: hasta él mismo llegó a olvidar el nombre que recibiera en la pila, y atendía por su apodo con naturalidad hija del hábito.

Antonio Pereira Souto, antes de ser Romeira, estudió en Santiago la carrera de Letras. Logrado el título, renunció a un empleílo que le ofrecieron y se hundió en Ribanova, de donde no pensaba ya salir. Hombre medianamente acomodado, reunía lo bastante para desenvolverse sin ahogos y rendir culto a un ídolo: la cerveza. Bebía cerveza en cantidades inverosímiles, mas nadie le sorprendió borracho nunca. A lo sumo, después

de una jornada de copiosos sacrificios, chispeantes los ojillos y expedita la lengua, iniciaba una de sus famosas peroratas, llenas de fino ingenio.

Porque Romeira poseía una gracia singular, gracia de buena ley. Entretenían, sobre todo, sus comparaciones originales, con toques de ironía suave y discreta, y la inventiva de que hacía gala para comentar los sucesos de la crónica local. Reían los ribeirianos, y José Luis el primero, oyéndole discursar subido en un banco y rodeado de botellas vacías.

Trasnochador incorregible, se acostaba con la aurora y no dormía tranquilo hasta que dejaba «encerrados» a sus camaradas. Frecuentemente, y a falta de contertulios de quienes echar mano, pegaba la hebra con los serenos y les atendía en sus menesteres de policía municipal.

-El día se ha hecho -comentaba Romeira- para los irracionales. El mundo vegetal y el animal viven del sol y al sol. Desde el principio de la creación, el hombre viene sometido a la tiranía del astro rey: rey no tanto porque preside nuestro sistema planetario como porque nos gobierna y dirige a los mortales. Yo, que odio todas las soberanías, rechazo también la soberanía solar. El sol tasa nuestras horas de descanso y vigilia, impone la rotación de las estaciones, mide nuestra existencia: las prendas de nuestro ropero, los manjares de nuestra mesa, la disposición de nuestras casas, todo está subordinado a su poderío. En fin, señores: el sol madruga y se acuesta temprano: ¡abajo el sol!

Detrás de aquel cascabeleo de sus risueñas fantasías había otro Romeira, ignorado para muchos un Romeira severo y reflexivo, de comprensión aguda, de juicio claro, escudriñador de lo hondo de las cosas. El Romeira de afuera servía de antifaz a este segundo Romeira, profundo y trascendente, que ocultaba con pudores de doncella, como si se avergonzase de sí mismo, la íntima seriedad de su espíritu; ¡y qué rubor el que le encendía -a sus años- cuando, involuntariamente, por entre las mallas de su hablar despreocupado asomaba un segundo apenas la grave compostura de sus pensamientos!

Era Romeira alto de cuerpo, consumido de carnes, la nariz aguileña, abundosos bigote y barba, la voz de un agradable timbre atenorado, bien recibida siempre en los coros nocturnos. Caminaba con singular donaire -cimbres de junquillo, retorce duras de mostacho, ladeado el flexible y presto el madrigal-, y para toda mujer bonita tenía una inclinación y un saludo versallesco:

-Descubrirnos delante de nuestras amigas -decía- es elemental deber de buena crianza: descubrirnos ante la belleza es homenaje obligatorio que merece la hermosura. Yo no soy un hombre cortés: soy, simplemente, un estético.

Se le veía a última hora de la tarde en el Crucero, frente a la botica. Llamaban Crucero al punto donde coincidían las cuatro calles más importantes de Ribanova, Puerta del Sol en miniatura, centro de la vida del pueblo. Después de cenar y hasta la madrugada, ocupaba su «cátedra» en el Casino, cerca del mostrador del bar. Cuando el tiempo lo permitía, terminada «la clase», daba largos paseos por la Alameda silenciosa, o iba, acompañando a sus amigos, a entonar romanzas sentimentales bajo la ventana de algún encantado ribeiriano. Antes de retirarse, ya amanecido, todavía su facundia inagotable florecía en un ramillete de disparates, que el sereno aguantaba cachazudamente.

-¡Ave, vir admirabilis, ejemplar de la fauna nocturna que no clasificó Buffón, caballero andante de la noche, que proteges el sueño de los vecinos con el esfuerzo invencible de tu brazo y el limpio acero del chuzo; reloj municipal que no adelanta nunca, como el Ayuntamiento que lo sostiene; filósofo humorista, que llevas iluminado el ombligo porque sabes que el estómago es el único faro que gobierna el mundo; amante de Diana, la hermosa!...

-Don Antonio -le interrumpía entonces el sereno-, non fale d'esas cousas, porqu'a miña muller elle moi celosa e vai creer que teño un choyo. ¡Ande, ande pr'a cama, que é tarde e hoxe parece que foi día de moito traballo! -y al mismo tiempo que hablaba, con intencionado gesto, hacía ademán de empinar el codo.

Aun tenía Romeira que perorar largo rato para explicar al sereno sutiles razones de mitología, y el porqué de la castidad de Diana y de la rubicundez de Febo -¡cale, non poña motes, que si se entera o alcalde despídome d'o pote!- y de mil cosas más, hasta que el vir admirabilis, consumida la paciencia, le metía a empellones en casa y cerraba luego con doble llave el portón.

No siempre concluía aquí la fiesta. A veces, Romeira, asomado a la ventana de la buhardilla, y a cubierto de todo ataque, continuaba el discurso, convertido ya en salsa de improprios:

-¡Ah, bárbaro muncípe, que ejercitas contra mí el jus abutendi de la fuerza! Tienes el poder coercitivo de los castrenses, pero no tienes su autoridad honrosa. No manejas la espada digna ni la lanza caballeresca, sino el chuzo innoble, nieto bastardo de las picas de Flandes. ¡Hiere si te atreves -y, desabrochándose el pijama, mostraba el pecho velludo-, que nunca hoja tan menguada se habrá teñido en sangre tan pura! Y después glóriate de haber malogrado la vida de un alto poeta con el filo herrumbroso de tu ridícula alabarda...

-¡Albarda a que levaba o teu pai, ladrón! -barbotaba el sereno, salido ya de su estoica pasividad. Romeira, desde la altura, como un Júpiter olímpico en paños menores, continuaba lanzando rayos y centellas. Respondía el sereno desde abajo: su abdomen, estremecido por la cólera, imprimía tremendos vaivenes al farol de ordenanza, y lo que fue tranquilo diálogo acababa en disputa llena de palabrotas y de alusiones nada caritativas a los ascendientes de cada una de las partes.

-¡Agoarda, rapás, que you alá! -amenazaba al fin el sereno, requiriendo el manojito de llaves. Y entonces Romeira retirábase con altivo talante:

-La guardia duerme, pero no se rinde.

Y se iba a descansar.

Nomenclator ribeiriano

-¡Lita!

-¡Tota!

-¡Tano!

-¡Tito!

José Luis oyó asombrado estos que parecían nombres. Varios muchachos y muchachas reunidos en la Alameda llamaban a otros: se habían dado cita todos para una excursión, y, naturalmente, a la hora señalada faltaba la mayoría de los excursionistas.

¡Lita, Tota, Tano, Tito!... En Ribanova existe una marcada tendencia a simplificar las cosas: de ahí la serie de diminutivos bárbaros, verdaderas charadas de hoja de calendario, que tuvieron que descifrarle a José Luis: Lita quería decir Micaelita; Tota, Antonia; Tano, Estanislao; Tito, Antoñito. No paraban aquí las singularidades de la nomenclatura ribeiriana.

-¿Quién es esa chica? -preguntó un día José Luis a sus amigos, mostrándoles una morena graciosa que cruzaba la plaza.

-La de Rexa -le contestaron.

-¡La de Rexa! No me suena ese apellido.

-¡Como que no hay tal apellido! «La de Rexa» es el alias de Asunción Villar. La madre de Asunción vivió muchos años con una parienta suya, dueña de un pazo en

Rexa, parroquia inmediata a Nogueras. La madre fue siempre «la de Rexa» y la hija continúa siéndolo.

-De modo que ese mote le viene...

-De la parroquia donde está situado el pazo de una parienta de su madre.

Otras veces el patronímico desaparecía, substituido por una referencia puramente urbana: José Luis conoció a María, a d'a casa d'arriba, y a Juan, o d'a casa d'abaixo.

-Los nombres corrientes -explicaba Romeira- suelen ser inexpresivos e inadecuados. Entre el membrete y el vaso de carne que lo lleva no se da casi nunca la necesaria relación y armonía. Hay Gracias sosas, Severos blandos, Dolores que atraen, Inocentes calaveras, Amadoras que no aman, Rosarios sin misterio, Domingos poco festivos, Ángeles endiablados, Modestas presumidas, Cándidos demasiado listos, Virtudes deshonestas, Narcisos feos como un rayo, Urbanos incorrectos, Clementes feroces, Bárbaras cultas, Primos sin parentela, Victorias derrotadas, Leones cobardes, Benignos crueles... Y no hablemos de los apellidos. A todo recién nacido debieran adjudicarle simplemente un número. Con el tiempo, cuando ya se hubiese destacado su personalidad en cualquier sentido, habría llegado el momento de ponerle nombre: un nombre que fuese reflejo fiel de sus rasgos sobresalientes en el orden físico, moral o intelectual, y que le individualizase de verdad. Hoy, nuestras hojas parroquiales y civiles recogen una serie infinita de vulgares designaciones: José Pérez, Juan Fernández, Pedro Gómez, Antonio González, no dicen nada. La sociedad, con fina penetración, ha advertido ese divorcio que existe entre lo que nos llaman y lo que en realidad somos, y, para salvarlo, acude al apodo. El apodo, en suma, no es más que una rectificación inteligente del mecanismo rutinario del Registro. ¿Que en esa labor revisora la sociedad descubre a menudo intenciones desapiadadas? Convengamos también en que el mundo ofrece un enorme tanto por ciento de ridiculeces, bajezas y necedades: para lo selecto y delicado queda poco sitio. La sociedad se equivoca menos de lo que suponemos; en todo caso, frente a un error indiscutible se levantan millares de aciertos, indiscutibles también. Una prueba: abundan los motes espolvoreados de sal burlona; pues bien, yo no sé si con el uso pierden sus vetas mordaces, o si los interesados, obrando en conciencia, se convencen de su justicia: lo cierto es que acaban por recibirlos y tenerlos como válidos, en una forma de cuasi legitimación. Haga usted la experiencia: cuando pasen a su lado, nómbrereles usted por el alias, y observará usted que le contestan sin mostrar enojo. Ejemplo al canto. Viene hacia nosotros una rapaza menuda... ¿La ve usted? Siempre camina así: a pasitos cortos y rapidísimos; el repiqueteo de sus tacones la anuncia a distancia, como el silbato al tren. Ahora fíjese usted en el apodo: Tiquitiqui. ¡Onomatopéyico! Como si la oyese usted andar. Al nacer le pusieron Juliana... ¡Juliana! ¿No está mejor bautizada de Tiquitiqui?

En esto Juliana atravesó el Crucero, cerca del bar donde se habían sentado José Luis y Romeira.

-¡Adiós, Tiquitiqui! -dijo Romeira.

-¡Adiós, tolo! -respondió Juliana con una sonrisa.

-¿Y los Titos, Tanos, Litas y Totas que poseen ustedes para su particular provecho? -preguntó José Luis, que seguía regocijado las sutilezas de Romeira.

-¡Ah, eso responde a otro orden de principios! Las contracciones del nombre de pila, que todos empleamos, demuestran cómo influyen en la calle las intimidades del hogar. El lenguaje sufre graciosas averías en labios de los niños, que lo amoldan a su balbuceo: Antoñito se convierte en Tito; Micaelita, en Lita; Estanislao, en Tano. En la ciudad, el diminutivo cariñoso no va nunca más allá de la familia, pero en los pueblos la convivencia estrecha rompe la línea que separa lo de dentro y lo de fuera; así, la vida privada pasa al dominio público y el argot doméstico logra cierta consagración oficial.

En resumen, querido amigo: el apodo es centrípeta, y el diminutivo, centrífugo: el apodo nos lo adjudican los extraños: el diminutivo, los propios; con aquel nos zahieren; con este nos acarician, y del nombre que nos dio el cura, de ese no se acuerda nadie: nosotros somos los primeros en olvidarlo. Anote usted: a mí me llaman Romeira; ¿por qué? Sin duda, porque no faltó a ninguna romería. Han hallado en mi temperamento, como nota predominante, esa propensión mía al bullicio y al jolgorio. Y aquí me tiene usted, de Romeira para siempre; ¡aún he de agradecer a Dios que no me hayan asignado mote ridículo u oprobioso, pues, contra toda mi voluntad, habría de tolerarlo! Y ningún vecino se salva. La inventiva de la gente es formidable...

-Ahora me explico -le interrumpió José Luis- que los nombres que leo en el Eco de Ribanova suenen a desconocidos para mí...

-¡Claro! Mire usted; hojeemos un ejemplar del último Eco. Atención: «Han llegado: Don Antonio Vázquez Lavín». ¿Sabe usted quién es este don Antonio?: Cachelos... «Don Luis Baralla Sande»; atiende por Petaca... «Doña María del Pilar Nobre de Añón»; para nosotros, Mariuca de Rincaño... «Don Juan Enrique del Son»; en román paladino, Longueiró. ¿Ha visto usted el matrimonio grave, al que Dios no ha querido conceder descendencia, y que va siempre carretera arriba, en melancólicos paseos solitarios? Pues se titula la tristeza de dos en compañía. De D. Carlos Luis Tuñón de Rieira Gómez de Penalba y Castro Monariz, ya ha oído usted hablar: un hidalgo de largos pergaminos y onzas escasas, que luce con altivo empaque la heráldica letanía de sus apellidos: en nuestro registro, moito caldo e pouca sustancia. Siempre vivas les dicen a esas dos señoritas, ya en los cincuenta, solteronas a su pesar, que pollean como a los dieciocho. ¿Y doña Bárbara del Hierro, un coronel con refajo, que tiene empavorecidos a la hija y al yerno, que viven en su compañía, a las órdenes inmediatas de la suegra? A la familia la llamamos tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Y al marido...

-¡Basta, basta! -exclamó José Luis, llevándose las manos a la cabeza y riendo de buena gana-. No quiero que me coloque usted el padrón del pueblo. Supongo que yo no habré merecido todavía...

-Usted lo ha dicho: todavía no. Ahora estarán hablando de usted en muchos sitios. El día menos pensado, en un bote que cruce la ría, en un rincón de la Orden Tercera, en un banco del Parque, surgirá el apodo que ha de corresponderle, y don José Luis Alcaraz dejará de serlo para trocarse en... ¡cualquiera averigua en qué!

-Bueno, paciencia. En medio de todo, ese hábito clásicamente pueblerino ofrece un aspecto que no deja de agradarme. Vive uno en Madrid tan ignorado, tan inadvertido en medio del gentío inmenso, que consuela un poco el sabernos aquí objeto de la atención de los demás, aunque sea para recibir pinchazos agridulces. La crítica, acompaña.

-¡Ay, amigo mío, qué equivocado anda usted! La familiaridad de que usted habla nos mata. ¡Qué cierto es que no hay ningún hombre grande para el ayuda de cámara! Pues bien, en Ribanova tenemos de la vida ajena el conocimiento que los ayudas de cámara tienen de la de sus amos. Y esa visión de los prosaísmos inevitables decapita las cumbres hasta dejarlas al nivel usual, o acaso algo menos. Valores que en otro ambiente lograrían destacarse por su propia altura, dormitan en este entre la general indiferencia. El prestigio requiere, para mantener su fuero privilegiado, cierta perspectiva, una distancia respetuosa: que podamos imaginar la palabra del orador, la estrofa del poeta o el cuadro del artista como si la superioridad del talento colocase también al artista, al poeta y al orador por encima de las demás cosas en que coincidimos los mortales sin excepción alguna. Yo oí una vez estornudar al primero de nuestros parlamentarios, verbo insigne, pico de oro: padecía un fuerte constipado y la mucosa de su nariz destilaba igual que la de cualquiera de las canónigas que bajan a Puertoestrecho a tomar nueve baños en tres días... Y, ¡qué quiere usted!, me desilusioné. Lo selecto en los

hombres selectos constituye porción escasa de su persona; lo vulgar predomina de un modo abrumador, y en el angosto recinto ribeiriano la pesadumbre de lo vulgar veda, con su enorme masa, una apreciación fiel de lo selecto. Como las luciérnagas: desde lejos, en la maleza oscura, brillan con viva luz; de cerca desaparecen, y no resulta fácil el hallarlas. Diríase que las anima un vago sentimiento pudoroso, enemigo de intimidades descaradas. En la familiaridad hay siempre una comprensión de lo humano -lo humano es lo común; pero hay también una incomprensión de la jerarquía- la jerarquía es la excepción. Y la familia no puede tener sucursales. Ha de limitarse a su propio feudo: el hogar. Ya la sabiduría del pueblo llama viejos trastos a los vecinos al tronco, y aconseja que los separemos de nosotros: y aún son familia. Cuando en un círculo más amplio se da o se consiente el derecho de intervención, el trato de confianza, la franquicia de ceremonias, pierde la familiaridad su tono afectivo, desinteresado y discreto. ¡Avatar del Santo Oficio! Los familiares degeneran en inquisidores...

La Alameda

En la Plaza de Santa Ana, entre la carretera y la iglesia parroquial, está la Alameda. En sus tres naves, los estamentos nobiliario, democrático y teocrático ocupaban antaño, y muchos lo recuerdan todavía, el lugar que les había señalado una tradición respetable. En la nave del centro, espaciosa, con sus dos filas de bancos que ofrecen cómodo asiento al paseante, el quiosco de la música, que esconde su cúpula historiada entre el ramaje de los árboles, y las farolas de potentes focos, se daba cita el señorío; en la de la derecha, con menos bancos y menos luces, el brazo popular -modistillas, marineros, guardias civiles y domésticas-; en la de la izquierda, el brazo eclesiástico. El espíritu de clase, acusado entonces vigorosamente, no consentía extralimitaciones: la jurisdicción de cada una se mantenía dentro de sus límites propios, sin rebasarlos jamás.

Pero las corrientes igualitarias lograron imponerse, y el antiguo feudo del núcleo prócer acabó en patrimonio común del vecindario. Hidalgos y pecheros, damitas y criadas, el dependiente de ultramarinos y el primogénito linajudo deambulan hoy confundidos unos con otros, las tardes de domingo, a los acordes de la banda municipal.

Sólo la nave de la izquierda, el Campo de San Rosendo, conserva su pátina de siempre. ¡Campo de San Rosendo! Campo negro: a él acuden clérigos y enlutadas: los unos, porque el canon les prohíbe las distracciones del mundo; las otras, porque la ley del pueblo condena a soledad y apartamiento forzosos a los que perdieron un familiar.

¡Campo de San Rosendo! Allí se habla en voz baja, voz de confesionario y de murmuración; voz de los que cuentan sus propios pecados con dolor de penitente y de los que cuentan los pecados de los demás con regocijo de comadre. ¡Campo de San Rosendo, fielato de conductas, aduana de forasteros, fiscalía de viudos, registro de desavenencias conyugales, obrador de sastrería, horno donde se cuecen todos los cuentos, bolsa donde se cotizan todas las nupcias, fábrica donde se elaboran todos los motes, tribunal de vivos y muertos, inquisición permanente, que procesa y falla de modo inapelable!...

El nombre, procedencia, destino, edad, estado y condición de cuantos desconocidos llegan al pueblo; el porqué de la riña de Nito con su novia; los convidados que tuvo el alcalde el día de su santo; las tartas y los kilos de yemas que llevaron a casa del Registrador; lo que costó el traje nuevo de Lola y el sombrero de Clara; cómo nació el décimo retoño de Cande y de qué murió la abuela de Brandón; los síntomas de maternidad de Alicia, inequívocos ya a los ocho días escasos de su boda; el disgusto de la comandanta con la sobrina del señor cura... todo se sabe y todo se comenta, sin

olvidar punto ni coma, para particular satisfacción del que trae la noticia y regocijo de los que la escuchan. Como si las casas fuesen de cristal, y las personas de talco y no de carne y hueso, así se descubren los secretos familiares y las intenciones más ocultas, y nada permanece escondido a la avidez insaciable de los contertulios del Campo de San Rosendo.

La inmensa mayoría de los ribeirianos tiene cubiertas sus necesidades materiales. Hay pobreza, pero no miseria: el menos favorecido de la fortuna hallará siempre un techo y un pedazo de pan. Ribanova es caritativo, y a ninguno de sus hogares asomó jamás el rostro escuálido del hambre. La vida pública carece de interés. El pueblo ve pasar los años insensiblemente. La política local afecta a unos pocos, y sólo de tarde en tarde, en período de elecciones, sacude la perezosa indiferencia colectiva: la política general llega quintaesenciada a través de los someros resúmenes del diario de la provincia, y las grandes catástrofes, los movimientos revolucionarios, la lucha de ideas, encuentran apenas un eco apagado en este rincón gallego, donde reina la paz.

Así, falta de ideales, hundida en las aguas muertas del ocio, la actividad espiritual de los ribeirianos se concentra en las menudas incidencias pueblerinas, y son todos, a un tiempo, actores y espectadores de una comedia eternamente repetida. Los ribeirianos se ocupan los unos de los otros, y no se ocupan de nada más. La vida de cada uno va desfilando por el escenario, en rotación implacable, y como todos ejercen el derecho de fiscalizar al vecino, admiten de buen grado que el vecino les haga objeto de igual trato. Y esto un día, y otro día...

¡Qué tesoros de sutileza y aguda perspicacia supone la glosa puesta al margen de los vulgarísimos sucesos cotidianos! ¡Qué penetración tan honda para sorprender en la sonrisa medio esbozada, en la palabra que acaso no llegó a pronunciarse, en el gesto imperceptible y fugaz, un rincón de alma cuidadosamente abstraído al curioso! ¡Cuánto ingenio derrochado en dicacidades, y cómo se adivinan las debilidades ajenas, traducidas instantáneamente en un apodo intencionado y certero como un puñal!

Los ribeirianos son maestros en el arte de la caricatura: dos rasgos sobrios, y retrato hecho. Caricatura pocas veces benévola: psicólogos profundos, adiestrados en un constante ejercicio de sus facultades observadoras, el lado ridículo de las cosas hiere pronto su imaginación y lo recogen en un apunte cruel. No trazan figuras en el lienzo con pinceles suaves: esculpen con buril afilado, que deja en la carne heridas dolorosas...

Domingos en invierno, y domingos y jueves en verano, la banda municipal ameniza el paseo en la Alameda. Polkas, mazurcas y gaviotas del año ochenta figuran en su repertorio. Las abuelas sonríen recordando... Música sentimental, de rigodones y lanceros, de galanes barbudos y ceremoniosos y de damitas de talle encorsetado y falda opulenta y casta, que anotaban en un carnet diminuto los bailables comprometidos; música de saraos que concluían al filo de la madrugada, entre la piadosa salutación de los serenos cantores de las horas y el lejano cascabeleo de la diligencia; música mal avenida con esta juventud de hogaño que «mete» goals en lugar de escribir versos y que ha substituido la elegante solemnidad del vals por la bárbara epilepsia del charleston.

El paseo dura dos horas cumplidas. El último número del concierto es siempre un pasodoble. El estado llano lo aprovecha para danzar al aire libre, detrás del quiosco. ¡Qué seriedad tan sugestiva la de las parejas! No sonríen nunca. Ellos llevan fruncido el entrecejo y severa la mirada; ellas siguen el compás con grave recogimiento. El pasodoble se eleva a la categoría de rito trascendente. Cada bailarín tiene su estilo propio: los hay de brazo rígido y enhiesto como el bauprés de un bergantín; otros le imprimen un incansable movimiento de arriba abajo, a la manera del émbolo de una bomba; alguno lo inclina hacia el suelo, en la actitud del militar que abate la espada: todos guardan un silencio impresionante. El bailable les obsesiona hasta tal punto, que

van y vienen entre nubes de polvo, tropezando en los guijarros del suelo, recibiendo y dando pisotones, y no pierden jamás su hieratismo singular. Sus energías espirituales están concentradas en el oído, que recoge las cadencias armoniosas de la danza, y en el pie, que las traduce en el paso de rigor. Terminado el baile, las parejas se desunen: un ademán ha servido de invitación, y un gesto vale de despedida.

La calle de la Paz

La calle de la Paz va desde el muelle a la carretera, y es la más pina de las rúas ribeirianas. Por su arroyo, de adoquines desiguales y resbaladizos, las lluvias invernales se precipitan con fragor de torrente. La bajada produce vértigos de tobogán, la subida, emociones de alpinismo. Trazáronla en la falda del monte y a cordel, para no ahorrar fatigas al viandante. Tiene menos de camino que de plano inclinado; las losas de la acera dijéranse peldaños, y, desde lo alto, la dársena parece un pozo lleno de barquitos de juguete.

¿Por qué llaman «de la Paz» a calle tan inverosímil? Los ribeirianos refieren, a propósito de esto, una leyenda curiosa. Hace años, a últimos del pasado siglo, actuaba en Ribanova un juez de paz, célebre por su reciedumbre y por sus procedimientos conciliatorios. En veinte leguas a la redonda no había hombre tan forzado como él. Atleta y gigante a un tiempo -pasaba treinta centímetros de la talla-, entre la tenaza de sus dedos el hierro se humillaba con ductilidad de plomo: hundía clavos en la madera a puñetazos y los arrancaba de un tirón de sus mandíbulas de granito. Pero su sistema judicial llevó más lejos todavía la gloria de Pedreiro, que tal era el nombre del gran juez.

Cuando acudían al Juzgado dos litigantes reacios a la concordia, Pedreiro les citaba en el muelle, y, una vez allí, invitaba al demandante a que expusiera sus pretensiones; concedía luego la palabra al demandado y echaba a andar calle arriba, colocado en medio de entrambos contendientes, secretario a retaguardia. Durante los cinco primeros minutos cada una de las partes se esforzaba en demostrar, a gritos, la razón que respectivamente la asistía. Pedreiro, callado, pero con sonrisa socarrona, les dejaba hablar a su antojo y seguía su camino. Tres minutos después la cuesta empezaba a dejarse notar; la fatiga iba apagando las voces, y la necesidad de cobrar aliento abría forzosas pausas en la discusión. Pedreiro, implacable, apresuraba el paso. A los diez minutos, mediada apenas la pendiente, el juicio concluía, no por falta de razones, sino por falta de aliento. Pedreiro, en tono persuasivo, proponía entonces una fórmula amigable. Si hallaba alguna resistencia, el ambulante pleito continuaba, pero ya a gran velocidad, y, claro está, al ganar la carretera, ni el actor ni el demandado podían oponer peros al juez: hartos hacían con encontrar un soplo de aire que esponjase sus pulmones, sometidos a la tremenda presión de la endemoniada callecita. Pedreiro, entretanto, encendía un cigarrillo: para su vigor hercúleo no tenía importancia el tour de force que dejaba medio muertos a sus justiciables. Y como el silencio -un silencio interrumpido por ahogos de asfixia- acogía la propuesta de solución amistosa, el secretario levantaba acta, y pleito terminado. Alguna vez, muy pocas, o porque el negocio apasionaba mucho, o porque los interesados no se rendían al primer envite, había que repetir la suerte. Pedreiro, con su calma inalterable, bajaba de nuevo al muelle y volvía a emprender la subida, siempre presidiendo el debate, y no había nadie que llegase hasta el final de la «segunda instancia», como la llamaba el admirable juez. De ahí el nombre de la calle: calle de la Paz, porque llevaba la paz a los enemigos.

Casino y Cementerio

Están frente a frente, separados por el foso de la ría, el Gran Cementerio de Ribanova y el Gran Casino de Villasol. ¡Irónico contraste de las cosas! Cuando los villasolanos van a su Casino a divertirse, ven, en la orilla de enfrente, a los ribeirianos que no pueden divertirse ya. En las noches calladas el viento trae hasta el Gran Cementerio la rumorosa algazara del dominó: huesos sonoros sobre el mármol, que estremecen a los otros huesos dormidos bajo el mármol.

Villasol es un Casino con un pueblo alrededor; Ribanova, un cementerio con un pueblo detrás. En Villasol faltan socios para el Casino y en Ribanova huéspedes para el cementerio. La generosa previsión de los fundadores ha calculado mal, y la tertulia solitaria está más triste que el camposanto vacío. El Casino villasolano, rebajando cuotas y distribuyendo pródigamente credenciales de socio honorario, logró considerable número de inscripciones. Menos afortunada, Ribanova no ha encontrado todavía voluntarios en cantidad apreciable para su cementerio, y eso que no se regatean las comodidades: orientación sana, vistas espléndidas, exención de cédula y sitio sobrado para estirarse a gusto del más exigente.

Los ribeirianos han comprendido de un modo original el arte de fomento del turismo. Panoramas bellos, kursaales, corridas de toros y regatas son atractivos que están al alcance de cualquier playa veraniega; pero un cementerio nuevecito, casi sin estrenar, espacioso, bien ventilado, con su pórtico de piedra delicadamente esculpida y sus calles de reluciente asfalto, eso no lo hay en todas partes. Ribanova asegura al forastero, no sólo las vulgares exigencias del estómago, sino aquellas otras del más allá, y una habitación confortable para siempre no vale menos que el mejor dispuesto de los cuartos de hotel, que sólo hemos de ocupar durante breves días. Ribanova ofrece una sepultura cómoda: ningún sindicato de iniciativas llegó a tanto. A veces, los descontentos, que nunca faltan, ponen reparos a la ría, por sus banales de arena; al pueblo, por sus rúas empinadas; al teatro, por sus compañías mediocres; a la banda, por su reducido elenco. El perfecto ribeiriano se defiende heroicamente en sus trincheras, y cuando las ha perdido todas, esgrime el último argumento aplastante:

-Tiene usted razón; es cierto cuanto usted censura, y el amor a la patria chica no nos ciega hasta el punto de desconocer nuestros propios defectos; pero, ¿y el cementerio? ¿Qué me dice usted del cementerio? ¿Lo ha visto usted? ¿No le parece admirable? Podemos resistir la comparación con ciudades de primer orden. ¿Ha estado usted en la capital de la provincia? Allí al que muere se le inhuma difícilmente: escasea el sitio para nuevas fosas; las tumbas invaden los caminos, hartos menguados ya, y toda defunción plantea un problema de alojamiento. ¡Qué desorden, qué mescolanza, cuánto barullo! El menos quisquilloso de los fallecidos ha de sentirse desasosegado ante tamaña confusión. En cambio, pida usted holgura, y amplitudes, y confort, que aquí los hallará. En cada manzana hay terreno sobrado para un campo de football. Las sombras podrán platicar tranquilamente, libres de la muchedumbre amontonada, y darse sus paseítos higiénicos a la media noche, y hasta jugar a las cuatro esquinas si se les antojase. Reconozco que, en determinados aspectos de la vida, nos llevan ventaja otros pueblos; pero, créame usted, para que le entierren a uno, lo mejor del mundo es Ribanova.

El teatro

La Prensa local le llamaba «el coliseo de la calle de San Damián», aunque no había otro en la villa. Frente por frente, un farmacéutico previsor estableció su botica, vecindad bien agradecida de los malos cómicos. El «coliseo» era un salón pintado de blanco, con una docena de palcos en torno al patio de butacas y la galería en el primer piso. De modo que en el teatro de Ribanova había butacas, palcos y entrada general,

como en casi todos los teatros, no como en todos: el de Noguerras, verbigracia, carecía de asientos y cada espectador tenía que llevar el suyo; en Villasol ocurría cosa diferente. En Noguerras hacían falta sillas para el público; en Villasol, público para las sillas. Ribanova disfrutaba de ambos elementos.

Un artista ilustre pintó en el telón de boca la entrada de la ría.- «Es la única entrada segura», comentó un día un empresario perdidoso. Un trozo de riel colgado de una cadena servía de timbre anunciador. El traspunte de tanda lo golpeaba con un martillo. Así, las funciones empezaban a golpes; a veces, terminaban a golpes también.

Y empezaban, puntualmente, una hora después de la señalada. En Ribanova las distancias son nulas, pero siempre se llega tarde a lo que tenemos cerca. Y a menudo, encendidas ya las candilejas e iniciado el movimiento ascensional de la cortina, una voz exclamaba:

-¡Espera, tú, qu'inda non chegou don Arturo!

El electricista apagaba las luces y el pintado lienzo caía. Cinco minutos, diez minutos de pausa. La misma voz:

-¡Don Arturo dis que non pode vir porque ten a muller de parto! ¡Isa, rapás!

Y el rapaz izaba...

La presentación de las obras era causa de incidentes graciosos. El director de escena, forzado por penurias del atrezzo, tenía que echar mano del ajuar de las casas donde recibían hospedaje los artistas. Y como en Ribanova se sabe todo, el público adivinaba al instante, con golpe de vista infalible, la procedencia de cada uno de los accesorios del decorado:

-¿De quién é ese sofá?

-¡Ay, muller!, ¿e de quién ha ser? De doña Josefa. ¿Non ves o sete que lle fixo o ano pasado don Juan Tenorio?

-É verdá, pero aquela cómoda é nova...

-¡Nova com'a mín, que xa vou pra Vilavella! É a d'o comedor de Nicolás. O caixón d'arriba non se pode abrir, porque perderon a chave. Hoxe chamaron ó meu marido pra que fose a, arreglalo...

Ocurría también en comedias y dramas de muchos personajes que el escaso elenco de las compañías no daba abasto, y entonces se utilizaban los servicios de algunos muchachos, peritos ya en estos menesteres de complemento. ¡Qué alborozo el de las alturas cuando salía a escena cualquiera de los actores locales improvisados!

-¡Mira a Baltasar, qué barba leva! Agora sí que parece un Rey Mago.

Baltasar, en su grave papel de notario, sólo tenía que pronunciar breves palabras, dirigidas a la dama joven:

-Señora, el coche nos aguarda a la puerta: cuando gustéis.

-¡Ai, miña nai, Baltasar en coche! -comentaba una de sus amigas desde la cazuela.

-É un rastro de catro asentos.

-¡Quen che dera unha moza como esa!

Había aplausos y risas a granel, y Baltasar saludaba al respetable público.

Estaba el escenario casi a la altura del patio: un metro había entre la primera fila de butacas y la concha del apuntador. Por eso era difícil sostener la ilusión teatral. En los bastidores se contaban los brochazos, las puertas batían con ruido de papel, y el bigote postizo, el trazo negro de las arrugas, el bermellón de las mejillas, la peluca, en vez de caracterizar a los cómicos, les caricaturizaban: sin la perspectiva engañosa parecían máscaras. ¡Cuánto arte se necesitaba para sugestionar al espectador con el rudimentario artificio escénico! ¡Y cuánta buena fe, cuánta ingenuidad en el público para colocarse en el supuesto imaginario de la comedia, sobreponiéndose a la basta urdimbre, y admitir como salón de palacio la modesta casa de huéspedes, y como millonario emulador de

Brummel al pobre farandulero, que andaba siempre a caza de los puños perdidos en las mangas de una americana que estuvo de moda diez años atrás!

Entre los elementos decorativos había uno digno de nota: un busto de mujer sonriente, vaciado en escayola. Lo colocaban en un rincón, sobre un pie de madera, y era rara la obra en que no aparecía: interiores burgueses, cámaras señoriles, despacho de hombre de negocios, gabinete coquetón, para todo servía y a todo se acomodaba la risueña figurilla, que desde su pedestal de pintado pino presenció el desfile de las más variadas producciones: dramas mortíferos como una epidemia, folletines policíacos con cuatro docenas de revólveres y la imprescindible pipa humeante en labios del detective rasurado; la gracia convulsiva de las «astracanas» y el terror pánico del gran guignol. Si el busto pudiese hablar contara la historia del coliseo ribeiriano. Faltaría acaso la gente del pueblo, que se apretujaba en la delantera del paraíso, o las lindas muchachas de las plateas, pero no faltaría nunca la blanca fragilidad de escayola sobre el trípode oscuro.

Tres veces a la semana había función: miércoles, viernes y domingos. Sólo durante las fiestas se levantaba el telón a diario. Las compañías, para defenderse, tenían que simultanear el abono ribeiriano con representaciones en los próximos pueblos de la ría: los martes le tocaba a Villasol; los sábados, a Adegá. Al final de la temporada, y echando cuentas un poco por alto, los cómicos habían navegado centenares de millas, tantas como las que separan Ribanova de Buenos Aires. Volvían los buenos tiempos de la farándula...

El convento

Pulcra la estancia, con esa pulcritud minuciosa de los conventos monjiles. Frente a la puerta, una reja doble; detrás de la reja, una cortina; detrás de la cortina, las madres.

José Luis oyó primero un rumor de voces apagadas:

-¿Y sor Inés?

-¿No ha venido sor Inés?

Un minuto de silencio. La piadosa salutación:

-¡Ave María Purísima!

Contestó el visitante entre conmovido y curioso, descorrieron la cortina y apareció la comunidad en pleno. Estaban las monjitas sentadas en semicírculo: a uno de los lados de la reja, sor Inés. José Luis la conoció por aquellos sus ojos grandes y negros, que la albura de la toca hacía más oscuros todavía.

Le miraban todas a hurtadillas, como temerosas de que las sorprendieran, cruzadas de brazos. Vencido el primer momento de cortedad, sor Inés tomó la palabra:

-¡Alabado sea Dios, y cómo recuerda a su madre!

José Luis esbozó una sonrisa de asentimiento.

-¡La pobre! -continuó sor Inés-: Dios la tenga en su santa gloria.

-¡Amén! -respondió el coro unánime de las hermanas.

-Ya sé que se querían ustedes mucho -dijo José Luis-. Me habló tantas veces de usted...

¡Que si se querían! Con cariño de hermanas mejor que de amigas. Magdalena, la madre de José Luis, y la sor de hogaño, Maruja entonces, se criaron juntas. Nunca descubrió Maruja noviazgo ni cortejo, ni siquiera inclinación probada, pero muchos dieron en decir que le había sorbido el seso Leonardo Alcaraz, tío carnal de José Luis y banquero de oficio, el cual amontonó copiosa fortuna, más que para provecho propio, para descansada existencia del sobrino. Y no iban descaminados los murmuradores. Maruja amó como aman las feas que no ignoran que lo son: con tristeza y sin esperanza,

poniendo el alma entera en el afán imposible. Marchó tío Leonardo a la Argentina, de donde ya no había de volver, y Maruja vistió el hábito. Tal la historia que José Luis había aprendido de labios de sus padres y que recordara ahora, mientras la monjita hablaba de los tiempos idos de su mocedad y de la entrañable amiga:

-¡Y qué traviesa era Magdalena! -terminó sor Inés-. Un día nos metimos en la despensa del abuelo y no quedó tarro de mermelada que no probásemos. ¡Buena cachetina nos ganamos después!...

Las monjitas celebraron el cuento con risas discretas.

-¿Cuántos años hace que está usted en el convento? -se atrevió a preguntar José Luis.

-Treinta y dos muy cumplidos.

¡Treinta y dos años! La vida entera detrás de las celosías, envuelta en la gasa perfumada del incienso, entre toques de campana y rezos en el coro, blanco el pensamiento, iguales las horas como las cuentas del rosario, con monotonía rota apenas por suaves emociones religiosas -el manto nuevo de la Virgen, la visita del prelado, el sermón del predicador insigne. Y en la conciencia, libre de pesadumbres graves, el hormigueo de los escrúpulos devotos -pecado de paganía el de la hermana tornera, porque aspiró con deleite el aroma de los rosales; pecado de vanidad el de sor Ana de Belén, porque, limpiando reverente las bandejas de oro del altar mayor, contempló su semblante marchito en el pulido espejo de metal; pecado de presunción el de la hermana Clara del Sagrario, que un día halló sobre la almohada una hebra de plata y lloró de pena sin saber por qué...

-¿Y no salió usted nunca de esta santa casa? -inquirió José Luis.

-Una sola vez. A poco de ingresar en la Orden, me recomendaron unas aguas para el estómago. Una de las madres fue conmigo. Las aguas sabían tan mal que no pude tolerarlas; no las tomé más que el primer día, pero regresé completamente restablecida. El médico del balneario lo atribuyó a la virtud curativa del manantial, y yo no quise desengañarle.

Rieron otra vez las monjitas.

-¡Esta sor Inés, siempre de buen humor! -comentó con indulgencia la madre superiora.

-¿Viene por mucho tiempo a Ribanova? -curioseó la monjita.

-Por una temporada, sor Inés: a pasar el verano.

-Habrá traído la señora...

-¡Pero si soy soltero, hermana, y con pocos deseos de casarme! -protestó José Luis.

Aquello si que les hizo gracia a todas.

-Será lo que Dios quiera: Él dispone de nuestras vidas.

Hubo otra pausa. Las hermanas seguían con la vista fija en el suelo, cruzadas de brazos.

-¿Y cómo encuentra nuestro pueblín?

-Muy bonito.

-¡Ay, Dios, y qué va a decirnos! Feo es, pero, vamos, algunas cosas tiene que merecen verse. ¿Anduvo ya de zalea?

-Sí que anduve; la ría me entusiasma.

-Eso no lo hay en Madrid. Y ponga cuidado, porque la corriente tira mucho y suelen ocurrir desgracias. ¿Y la Alameda?

-Al obscurecer, cuando la gente va de paseo, se anima muy agradablemente.

El convento estaba cerca de la Alameda, y la música de las tardes de domingo les parecía a las monjas tan triste, tan triste... José Luis había advertido ya esa sensación de extraña melancolía que producen las bandas de pueblo cuando se oyen a distancia. Algunas veces, en sus caminatas solitarias hacia Villavieja, le trajo el viento lejanos ecos de romería: al otro lado del Nova, en Villasol o en Adegá, una música cualquiera

interpretaba un vals o una polka. Y había algo quejumbroso en el acento del cornetín y en las escalas del clarinete. José Luis imaginaba al director conteniendo los suspiros y al hombre del bombo tragándose las lágrimas.

Una interpretación filosófica se le ofrecía en primer término: toda alegría esconde un fondo de dolor; el placer sólo está por fuera. Más allá del ambiente contagioso de la fiesta y el baile, la verdad se impone... Así el cristal de la ría, como un filtro milagroso, tamizaba las ondas sonoras para quitarles su disfraz risueño -mascarada de penas vestidas de pierrots. Otras veces, José Luis pensaba que la desgracia había clavado sus garras en el hogar de todos los concertistas, y que el instrumento les servía de desahogo. Los medios expresivos de la emoción no tienen límites: el bombardino solloza y el corno inglés gime; canta el poeta sus duelos en estrofas, y la trompa en sostenidos...

José Luis supo conquistar la simpatía de las hermanas enderezando la plática por senderos muy del gusto de la comunidad. Se dolió del tono mundano que revisten a veces las ceremonias religiosas en la Corte, de las misas y los templos de moda, de la devoción aparente y la indiferencia real, y tuvo la fortuna de recordar un sermón que, poco tiempo antes, en San José, pronunciara uno de los más famosos oradores sagrados...

-El ocho de septiembre, fiesta de la Virgen -dijo entonces sor Inés- predicará en Ribanova el canónigo magistral de Augusta, bien conocido por su elocuencia. Cuando él sube al púlpito se llena la iglesia y hasta vienen a escucharle los descreídos, tanto gusta su palabra.

-Ese día -observó José Luis- es muy señalado para mí. El ocho de septiembre de mil novecientos veinte murió mi tío Leonardo, a quien debo cuanto soy y cuanto poseo...

Un segundo de silencio.

-¡Alabado sea Dios! -suspiró sor Inés.

José Luis habría jurado que en la voz de la monja hubo un vago aleteo tembloroso.

Las playas

La caseta

Un tiempo, ya lejano, Ribanova disfrutó de una playa sui géneris. Más allá del muelle, el mar había socavado en la costa un estrecho abrigo: su lecho era de piedras, que pulieron las olas; las paredes, cortadas a pico; de punta a punta, una cuerda, sujeta a un barril pintado de rojo, ofrecía un asidero salvador a los nadadores incipientes, y, en lo hondo del tajo, la cueva, con su dosel de hiedra trepadora, traía a la memoria el recuerdo de Lourdes. Un industrial emprendedor construyó en este fiordo en miniatura un rústico balneario, sobre recias pilastras que lo tenían a cubierto de las grandes mareas, y montó un servicio de baños calientes y medicinales. Además, la clientela amiga del agua salada al natural disponía de media docena de cuartuchos para desnudarse y vestirse. Un balcón corrido a lo largo de la caseta completaba la instalación.

Tiempo después, en uno de los cabos del abrigo levantaron un templete, que recibió un nombre muy de circunstancias entonces: «Gurugú». Desde el Gurugú se dominaba un bello paisaje: Villasol, como un buque de alto bordo, hundiéndose en la ría su proa tajante; Nogueras, con su caserío escalonado en los peldaños del monte y sus chalets pintorescos; la torre de San Gundián, el santo de las aguas milagrosas; el cargadero de mineral, atrevida obra de ingeniería; el viejo castillo en ruinas, del tiempo de la francesada; la dársena diminuta, piscina donde los rapaces acometían proezas de natación y buceo; Fontanela, playa en boceto, y, a lo lejos, en la línea divisoria de las dos provincias, Adegá, oculta entre la bruma. Panorama de maravilla, siempre igual y

siempre nuevo, con esa inagotable riqueza de matices propia de la tierra galaica, que deja a cada poso el ánimo suspenso y la mirada absorta.

Algo más se veía desde el Gurugú, ¡ay!, en poder de los moros: los moros eran los muchachos que acudían a admirar a las bañistas. Vive Dios que el más rígido de los censores no podría poner peros a los trajes de baño femeninos: manga hasta la muñeca, pantalón casi hasta el tobillo, chaqueta tan larga como el pantalón y ceñida al cuello. Sin embargo, en Ribanova imperaba una moral severísima, y la presencia del elemento varonil despertó escrúpulos en algunas conciencias timoratas. Los cánones de la sociedad ribeiriana no autorizaban ese recreo de los ojos, descarado cuando no pecaminoso. Y se inició la cruzada contra los moros del Gurugú.

Hubo primero que resolver una peliaguda cuestión jurídica: ¿a quién correspondería adoptar las medidas que el caso exigiese? Romeira, solicitado por sus amigos, pronunció en el Casino un brillantísimo informe acerca del particular:

-Se trata, señores, de inferir un ultraje a nuestras prerrogativas viriles. ¡Y pensar que nuestros abuelos dieron su sangre generosa en defensa de los derechos del hombre! Pues, ¿dónde hallar derecho tan privativo del hombre como el de mirar a las mujeres? Desgraciadamente, dictarán el temido ukase y todos lo acataremos como reclusas: nuestra sensibilidad, endurecida en el servilismo más abyecto, tolera sin rubor ese y otros desmanes. Lo que no comprendo es qué autoridad se creará capacitada para dictarlo. Tres órdenes de poderes tenemos en Ribanova: el poder civil, representado por el juez, el alcalde, el notario y el registrador; el poder militar, que ejercen las Comandancias de Carabineros y Guardia Civil y la Ayudantía de Marina, y el eclesiástico, encarnado en nuestro párroco-arcipreste. Descartemos, desde luego, los dignatarios clerical, municipal, hipotecario y notarial, que parecen los menos llamados a decidir el problema. Nos quedan el elemento armado y la autoridad judicial: ellos son, indudablemente, los únicos que deben intervenir en el litigio. En efecto, todo induce a pensar que nuestras bellas amiguitas poseen encantos fingidos, gracias artificiales, atractivos de quitaipón, que el indumento cotidiano disimula y que la sumaria tenue de baño no consiente: he ahí un contrabando que a diario circula por nuestras calles y paseos, y que debe ser perseguido, descubierto y castigado. Además, ¿qué se pretende conseguir? Que nuestros incautos célibes caigan en las redes que les tienden las mamás con niñas casaderas. Digámoslo francamente: en la medida anunciada late un profundo miedo a la verdad; a la verdad, que en la caseta recobra sus fueros, desconocidos en el tocador, porque frente al mar y en el mar no hay afeite que resista ni corsé posible. ¡Sutil arte de pesca, que consiste en mantener un cebo mentiroso para que piquen los pececillos ingenuos! Y, en fin, y que los señores togados me perdonen si invado su jurisdicción, ¿no nos hallamos delante de una figura jurídica muy clara? ¿No es eso que intentaban arrebatar nos una servidumbre de vistas impuesta al predio sirviente -sexo femenino- en beneficio del dominante -sexo masculino-, servidumbre que cuenta, por poca, seis mil años largos de constante ejercicio, sin enojos, antes al contrario, con patente complacencia de unos y otras? Pues título de clase tal no cabe desconocerlo a mansalva, y los códigos nos ampararán si fuésemos expropiados. He ahí, en conclusión, fallado el incidente de competencia: al juez, al ayudante de Marina y al comandante de Carabineros toca, dentro de sus facultades, decidir el conflicto que nos preocupa.

Y los moros perdieron el pleito, con costas. El dueño del balneario, en virtud de órdenes superiores, dispuso que hasta las doce de la mañana quedaba prohibida, para lo sucesivo, la entrada y permanencia de los hombres, así en la caseta como en el Gurugú; a partir de esa hora desaparecía el veto.

-¡Ay! -suspiraba Romeira-. Los que hemos hecho promesa de celibato encontrábamos en el Gurugú una deliciosa compensación. La mujer es la forma; mujer significa vaso de

carne, vacío casi siempre, pero siempre armonioso. En la caseta, bajo el dosel de hiedra, nosotros paladeábamos el bocado exquisito de la línea femenina, esfumada en curvas delicadamente sugestivas. ¡Y eran nuestras, nuestras en lo más sutil de sus encantos, en la esencia de su gracia milagrosa e imperecedera: nuestras en la forma!

Aquella noche, Romeira, que había sido nombrado por aclamación caído del Gurugú, fue con su mehalla a despedirse del «sagrado templete», y al pie de sus muros lloró como Boabdil. Dormían las aguas de la ría. A la entrada del fiordo el barrilete de señal se balanceaba muellemente. Nogueras y Villasol, con sus luces escalonadas, parecían altares erigidos a una gigantesca divinidad. De las rompientes lejanas traía el viento la bronca sinfonía del mar. Romeira, inspiradísimo, tuvo al final de su discurso un párrafo muy sentido:

-¡Adiós -dijo entre sollozos-, adiós para siempre! Me atraían ellas, nuestras dulces enemigas, pero también me atraías tú, barril cachazudo y orondo, que te contoneas en la cuerda floja. ¡Ah, tú eras para mí un símbolo! Los nadadores te veían como meta de su esfuerzo; así yo también veo un barril como remate y término de mis afanes diarios...

No acabaron en esto los quebrantos de la legión moruna. Hecha la ley, hecha la trampa, y los muchachos, que habían sido expulsados del Gurugú por haber cometido perdonable pecado de curiosidad, discurrieron, después de hondas cavilaciones, el modo de evadir la severa ordenanza del ayudante. En efecto, al otro día, tripulando tres o cuatro canoas, arrojaron el ancla frente a la Caseta, y durante dos horas cumplidas ejercieron desde el mar el derecho que en tierra les habían negado.

La protesta de las señoras se oyó en Augusta. Aquello, era una burla intolerable. ¡Qué indecencia! Porque en su nuevo observatorio los harkeños hallaron perspectivas más interesantes... Sobre el claro fondo, la luz del sol recortaba con limpios trazos la silueta de las bañistas, difuminada en la transparente tonalidad verdosa del agua. El traje de baño, ceñido al cuerpo, modelaba implacable las curvas apetecibles. Nadadoras atrevidas alcanzaban a los botes: la mano que emergía de las ondas y hacía presa en la borda inspiraba encendidos madrigales...

-¡Un pulpo, un pulpo! -mentía uno de los remeros con fingido espanto.

Y las nenas chillaban, temerosas.

-Os remolcamos -ofrecía otro.

Y, aferradas al timón, alejábanse mar adentro, mientras Romeira, destocado, juraba por todos sus ascendientes que jamás nave alguna trazara estela de hermosura tanta...

-He aquí, camaradas, una demostración práctica del poderío de la mujer. Mirad cómo la barquichuela que nos conduce cede a la dulce presión de unos dedos finos y sonrosados que amenazan dar al traste con nuestro equilibrio. Pues en la vida no sucede cosa diferente, y el barco de nuestros días, chalano o barlote, esquife ligero o ventruda gabarra, camina seguro mientras sabe huir de la suave tenaza femenina. Muchos de nuestros compañeros corren peligro de volver la quilla al sol: son los enamorados. Lancemos cabos a las sirenas ribeirianas, y, por una vez, forjémonos la ilusión de que van detrás de nosotros. De hecho nos arrastran ellas, y no hay fuerza humana capaz de desatar el nudo que manos tan sutiles trenzan para siempre.

Llegaba hasta los muchachos el eco de las prudentes advertencias maternas:

-¡Cuidado, Maruja, que ahí te cubre!

-¡Niñas, a vestiros, que lleváis media hora de baño!

Y la tradicional consulta sobre el temple del agua:

-¿Estaba muy fría, Carmela?

-No; muy agradable. ¡Anímate, mujer!

Las imperitas en natación se mantenían asidas a la cuerda amparadora, a un metro de la orilla, sentadas casi en las piedras que pavimentaban el cauce desigual. Cuando una

ola mansa las salpicaba la cabeza, el espanto de morir ahogadas abría sus labios en una exclamación de angustia, y acababan riéndose del propio miedo inmotivado. A la salida luchaban, pudorosas, contra esa indiscreta tenacidad que la ropa mojada pone en adherirse al cuerpo, como si quisiera vengarse del papel de cómplice y encubridora que el arte modisteril la asigna en el indumento cotidiano enjuto.

Dominando la rumorosa sinfonía playera se oía el griterío de las mujeres. Las mujeres sienten la virilidad del mar. Hay en el contacto de sus ondas algo de abrazo. Diríase que el viejo Neptuno, con energías sin cesar renovadas, posee la carne joven y prieta que se le ofrece en el áureo lecho arenoso de todas las playas del mundo.

Más allá de la Caseta, Romeira y sus adictos hacían parada en Portobán. A Portobán iban las «canónigas» a tomar nueve baños en tres días, fórmula singular de hidroterapia económica. La bata que vestían en sus abluciones no siempre ocultaba lo que debe quedar escondido. Y la muchachada, que conocía por experiencia las singularidades de los maillots aldeanos, aprovechaba la ocasión. Los remeros y las «canónigas» sostenían diálogos no muy versallescos...

-¡Ay, Manoela, qué boa estás! Non sabía eu que tiñas tantas cousas...

-¡Mira o señoritingo d'a fame! Anda, vaill'o contar a túa nai.

A veces, a las palabras sucedían las piedras, y las «carabelas» tenían que forzar el remo para huir de la tormenta.

Bogaban luego hacia Noguerras, caían más tarde en Fontanela y tornaban a recalar en el Gurugú. El humorismo de los ribeirianos había bautizado con nombres evocadores los bocetos de playa del Nova: una era «la Concha»; otra, «el Sardinero»; otra, «Biarritz». En Fontanela pululaba la chiquillería; la colonia veraniega se citaba en Noguerras, y a la Caseta acudían ciudadanos graves, canónigos de Monteleo y señores curas de las parroquias del contorno, ganosos de hallar alivio para el reuma en las termas del balneario.

La animación duraba hasta la una y media, y entretanto la harka no perdía el tiempo, bien colocada en los botes, «palcos a remo», como decía Romeira, desde donde contemplaba un espectáculo sobrado atrayente. Pero un día el cónclave del Campo de San Rosendo lanzó su anatema «contra el mocerío deshonesto, que, con escándalo de las buenas costumbres y enojo de las personas dignas, venía dando un ejemplo vergonzoso, entregado a indecentes diversiones...» Pocos minutos después la autoridad de Marina publicaba un nuevo bando: «Prohibición absoluta de detenerse delante del Gurugú, Fontanela y la Caseta. Circulación obligatoria de los botes, pena de multa...»

¡La que se armó entonces! Hubo asamblea extraordinaria en el bar Romeo.

Pronunciáronse discursos indignados.

-¡El mar es libre! -bramaba Romeira-. ¿Por qué ha de parecer lícito que un ciudadano permanezca horas enteras parado en plena ría para pescar calamares, y no ha de merecer trato igual el que arroje el ancla para todo lo demás que se pesque? Hubo un siglo, ya lejano, en el que un hombre, insigne aunque vio la luz en el país de los quesos, defendió lo mismo que ahora defendemos nosotros: Hugo Grocio. Y Grocio decía...

Y vertió sobre el auditorio una documentadísima conferencia de Derecho internacional. Terminada la asamblea, los reunidos recorrieron el pueblo a altas horas de la noche, en medio de una tempestad de vivas, mueras y aplausos:

-¡Viva la libertad del mar! ¡Viva!

-¡Vivan los derechos del hombre!

-¡Vivan!

-¡Viva Grocio!

-¡Vivaaa!...

Los vecinos, asustados, se asomaron a los balcones. Y el alcalde, más asustado todavía, dirigió al gobernador un telegrama concebido en estos términos: «Grupos numerosos recorren calles profiriendo gritos subversivos. Óyense la mar vivas y aplausos Grocio, sin duda sindicalista peligroso. Serenos movilizados pie de guerra. Envíe refuerzos Guardia civil.»

Fontanela

En Fontanela desembocaba la alcantarilla del pueblo. Las aguas sucias caían desde lo alto en artística cascada, y gotas que no se distinguían por lo transparentes quedaban festoneando la hiedra que crecía entre las rocas del acantilado. Ribanova había hecho coincidir en el mismo lugar la higiene colectiva y la higiene individual de los ribeirianos. El turbio regato hundía en el mar su espesa corriente, zigzagueando entre las piedrecillas del suelo y los pies de los bañistas. A veces, los niños que jugaban en la arena hacían peregrinos descubrimientos.

-¡Uy, el bisoñé de papá Juan!

En efecto, un bisoñé abandonado por viejo navegaba hacia el Nova confundido con mil detritos: parecía un cuero cabelludo arrancado bárbaramente, a filo de tomahaw de piel roja, en razzia de rostros pálidos.

Otras veces, peines rotos, añadidos, algodones indiscretos, suerte de intimidades expuestas a la voracidad pública. La ría, generosa, abría para todos su seno maternal. Y en la eterna rotación del mundo volvía a operarse el vital proceso...

-¡Hola, hola! -se decían unos a otros los microorganismos invisibles y flotantes en las inmediaciones de Fontanela, al hallarse de pronto dentro de la boca de un nadador imperito que no supo cerrarla a tiempo e ingirió a su pesar buchecillos amargos-. Nosotros conocemos ya este camino: no hace veinticuatro horas que lo hemos dejado.

Constituíamos entonces el más tierno de los panecillos. ¡Qué mal nos recibió el zaguanete de las mazas de hueso! Caímos después en un pozo oscuro, medio asfixiados, y el pozo terminó en hirviente caldera. Luego nos aventuramos por un tubo que se enroscaba como los anillos de una serpiente boa, y al cabo salimos a la luz. Pero he aquí que ahora empezamos de nuevo el calvario sufrido ya. ¡Paciencia, hermanos! Mañana volveremos a encontrarnos. ¡Os esperamos frente al Tesón!

-¡Allí está! -murmuraban, dirigiéndose a una señora bañista, los restos desfigurados de un «pito», reunidos al azar en uno de los remansos de la playa-. ¡Allí está nuestro verdugo! ¡Tú nos descuartizaste con cruel maestría, después de habernos sometido al inhumano suplicio de la cazuela! ¡Cómo relumbraron tus ojillos legañosos cuando nos viste en la fuente, protegidos por un doble muro de patatas asadas, y cómo se relamieron tus labios glotonos! ¡Lávate, que aún se te nota en la barbilla el goteo de la grasa y aún llevas hilachas de pechuga entre las escasas piezas de tu dentadura desportillada! No nos duele nuestro sacrificio, porque hemos pertenecido a una ponedora de buena familia y sabemos que nuestra obligación consiste en servirnos de alimento a los hombres; pero sí nos enoja el haber caído en manos groseras. ¡Hasta para comer pollo hace falta educación! Un hermano nuestro pereció anteayer en el horno de la Casa Grande, y acabamos de encontrarle, encantado y orgulloso. «¡Qué maneras tan finas -nos decía-, qué soltura en el manejo del tenedor y con qué elegancia hundieron el cuchillo en mi carne!» ¡Así da gusto morir, y no entre los dedos bastos de una vieja gorda! ¡Límpiate, límpiate bien, tía cochina!...

La moribunda ondulación de una ola derribó la débil defensa del remanso, y las minúsculas partículas del «pito» hablador desaparecieron, arrastradas por la corriente.

Había en Fontanela un langostino, vecino antiguo de la playa. Durante el día contemplaba con filosófico sosiego el retozar de los bañistas y saludaba a los amigos que en el convoy interminable de la alcantarilla seguían viaje hacia el mar. Por la noche reunía a sus relaciones y comentaba reposadamente los sucesos cotidianos.

-Amigos míos -dijo en cierta ocasión el grupo de sardinas, percebes, cabalas, panchos y almejas que había acudido a la tertulia-, agradeced al cielo el haber nacido en Ribanova. Vosotros, que sois jóvenes todavía, no conocéis la ingratitud humana. El hombre, que nos persigue, que nos adora, que guarda para nosotros zalemas y cumplimientos en la mesa, nos olvida apenas nuestro zumo alimenticio ha regalado su paladar. Y no sólo nos olvida: nos desprecia y procura apartarse de lo que queda de nosotros después de una serie de transformaciones químicas que convierten en innoble amasijo nuestra pulpa delicada. Los ribeirianos no proceden así. Conviven con nosotros en el yantar y vuelven a convivir con nosotras en el baño. Si alguno de vosotros, en la cocina, en el comedor o ya en el plato, encuentra una rapaza amable o linda, tenga la certeza de que la verá de nuevo al otro día en Fontanela. Nada nos hiere tanto como el trato fugaz, el temor de que nunca tornarán a nuestro lado los labios que se humedecieron, golosos, en nuestro jugo, o las manitas que nos pinzaron alegremente. Pues bien, en Ribanova disfrutamos de tan envidiable privilegio, negado a nuestros camaradas de las grandes poblaciones. Reconoced conmigo que los habitantes de nuestro pueblo adolecerán de otros defectos, pero no son ingratos, y alabad como se merece su exquisita cortesía.

El tesón

Al lado de Fontanela, Ribanova enseñaba con orgullo la más limpia y original de las playas: la del Tesón.

El Tesón era un banco que en la baja mar quedaba al descubierto. Parecía, desde lejos, el lomo gigante de algún monstruo marino. Cada doce horas la ría, con hacendosa diligencia de ama de casa, se entregaba a su barrido, hasta dejarlo reluciente y pulcro, y, llena de coquetería, rizaba en largas ondulaciones la dorada cabellera arenosa.

El baño en el Tesón tenía encantadoras inquietudes. Había que conocer exactamente la pauta para no verse sorprendido por la marea. La Concha donostiarra ofrece una tranquila seguridad burguesa. El mar, bien educado, no rebasa nunca los límites de su jurisdicción, y el más previsor de los veraneantes debe desechar todo recelo: a cierta altura las olas se detendrán, respetuosas, y la costa permanecerá siempre a sus espaldas como un refugio inviolable. Pero en el Tesón, islote sujeto a las intermitencias del flujo y el reflujo, tan pronto en seco como anegado, había una grata sensación de peligro. Y una virginidad sin cesar renovada. El pie se hunde con voluptuosa complacencia en el fino tapiz por nadie hollado antes que nosotros. Involuntariamente llevamos un vago egoísmo nupcial a la arena de la playa y a la nieve del camino: queremos ser los primeros en pisarlas y nos desilusiona el hallazgo de huellas reveladoras de que otros nos han precedido. Así el Tesón, dos veces cada día, recobrada su prístina pureza en el jordán del Nova y emergía de las aguas libre de esos sucios relieves que son como certificados de viudez playera -cascos de botellas, pedazos de periódicos manchados de grasa, latas de conservas...

Leiro

¡El pobre Leiro! Allí estaba, en su rincón del cafetucho, la boina sobre los ojos, pegada la colilla al labio belfo, un gesto estúpido en la boca sin dientes. El rostro desaparecía detrás de la pelambrea intonsa. A través del cuero roto de los zapatos asomaba el pie desnudo. Casposo espolvoreo en las solapas del chaquetón, lleno de lamparones y zurcidos. Olía a miseria y andaba encorvado, apoyándose en un bastón que hería los guijos del arroyo con vacilante palpar de palo de ciego. A veces se detenía, alzaba la mano hasta la frente y permanecía inmóvil unos segundos, como si quisiera retener una imagen fugitiva. Después seguía su camino, balanceando la cabeza humillada.

A su paso, los ribeirianos quemaban un incienso de piedad:

-¡Pobre Leiro!

-¡Quién que le hubiese visto le conociera ahora!

-¡Ay, mujeres, mujeres!...

Leiro erguía el busto decrepito y esbozaba una sonrisa, sonrisa sin luz, que entenebrecía aún más el semblante marchito.

Al filo de la madrugada, todas las noches, huía de su choza, y, atravesando el pueblo dormido, iba carretera adelante, hacia Monteledo. Cual si el silencio y la hora le diesen ánimos, corría, corría con ardoroso afán. Una voz amiga sonaba en su corazón, llamándole allá lejos, y Leiro acudía a la llamada. Pero el esfuerzo duraba poco. A doscientos metros de los Canapés caía al suelo, rendido. Los mercaderes madrugadores le recogían, y en el fondo de un carro, como una masa inerte, tornaba a Ribanova. Así un día, y otro día...

Veinte años atrás, Leiro, recién salido de las aulas con su título de abogado, hacía suspirar a las ribeirianas solteritas. En Compostela ganó glorioso renombre: ¡qué memoria la suya! De milagro, porque cuanto leía o escuchaba, impreso le quedaba para siempre. Sus amigos, maravillados, oíanle repetir, sin olvidar punto ni coma, el artículo de fondo de un periódico, levemente ojeado momentos antes. Sabía de la cruz a la fecha los códigos y las leyes procesales. Los compañeros le consultaban, como a un Medina y Marañón andariego, y Leiro satisfacía en el acto la curiosidad o resolvía la duda del preguntante: jamás se equivocaba.

Auguráronle fama y fortuna. ¿Quién podría ponerse frente a él? La cátedra, la notaría, el registro, le esperaban: sería el número uno. ¿Cómo luchar con un archivo ambulante, biblioteca siempre a mano, índice de continuo abierto, clasificador de todo lo clasificable? Pues si la política le atrajese, ¡qué diputado de oposición haría, sacándole los colores a la cara al ministro veleidoso que cambió de partido por gracia de la cartera, y cogiéndole en flagrantes contradicciones entre sus discursos pasados y presentes!

Arma inmensa la de una retentiva fiel: don divino, porque, a despecho de los años, presta mediante el recuerdo vida actual a lo que fue y mantiene frescos los colores desvahídos y fragante el aroma evaporado ya; suerte de inmortalidad, donde la lima del tiempo rompe sus dientes insaciables; sésamo milagroso, que exhuma las sombras pretéritas y las proyecta en la pantalla de la memoria, como si todavía el tictac del corazón animase la osamenta descarnada...

Leiro renunció al porvenir que le prometían sus peregrinas facultades. Había heredado muchas fanegas de tierra y un pazo regio -lo suficiente para pensar en el mañana sin temores, y aun para desenvolverse con lujosa opulencia-, y, terminados sus estudios, volvió a Ribanova a enterrarse en el pueblo que le vio nacer y que debía verle morir.

¿A enterrarse solo? No, acompañado. Leiro amaba con amor que había sido juego de niños primero, vanidad de mozo después; finalmente, honda devoción de hombre. Leiro amaba a Carmiña, rapazuca tan adornada de piedras preciosas -zafiro en los ojos, reflejos de onix en las trenzas, rubíes en los labios- que hasta tenía el corazón tallado en

brillante, porque el cariño de Leiro, que, como un rayo de sol, encendía sus facetas en una llamarada, no calentó nunca la fría entraña de cristal. Mentir de las joyas: parecen focos de luz y sólo son espejos helados.

Así la infinita ternura del novio resbalaba sobre Carmiña, sin penetrarla ni conmoverla. Carmiña se dejó querer. Sus relaciones fueron un monólogo más que un diálogo. Para Carmiña, hija de un artesano pobre, Leiro significaba señorío, fausto, lucir sombrero, oírse tratar de «doña» y tener relación de igual con las damas linajudas que se exhibían en las plateas del teatro y la miraban ahora, orgullosas, a través de las ventanillas del coche. Un afecto generoso movía a Leiro y una ambición interesada a Carmiña. Leiro se daba: Carmiña se vendía. El único tesoro de ella era el de su hermosura. Le había señalado un precio y estaba dispuesta a adjudicarlo al mejor postor. Sencilla regla mercantil: tanto valgo, tanto pido.

Pero, ¿y el alma de Carmiña? Muchas noches, desvelada, la moza se estremecía pensando en la ruta que había elegido, y un vago temor la sobresaltaba. Sus sentimientos actuales no le ofrecían dudas: Leiro no le inspiraba amor ninguno. Bien. Aquello lo había arreglado fácilmente consigo misma. Para el negocio matrimonial en proyecto el amor no hacía falta. Mas, ¿cuáles serían sus sentimientos futuros? Al llegar aquí, las cavilaciones de Carmiña topaban en una incógnita de solución difícil. Había dos problemas distintos. Primer problema: mujer de Leiro y no enamorada de Leiro, ¿alcanzaría la felicidad apetecida? ¿Estaba segura, completamente segura, de que las comodidades y el regalo bastarían para llenar sus horas, y de que en tan muelle cárcel no advertiría un vacío doloroso? Carmiña creía que sí. Al lado de Leiro, aunque no le amara, sabría cumplir con pasiva entrega sus deberes de esposa. Segundo problema: ella, que se dejaba querer porque no quería a nadie, ¿querría alguna vez? Si el corazón embotado despertaba y era Leiro el que sacudía su modorra, miel sobre hojuelas. ¿Y si fuese otro hombre? ¿Cómo responder de un porvenir incierto? Un día, próximo o lejano, sonaría el llamador de su puerta. ¿Y entonces? Carmiña apelaba a su dignidad de casada. No, no engañaría nunca a Leiro, y, sin embargo... ¿No le había engañado ya, no alimentaba cotidianamente la mentira sosteniendo el artificio de su noviazgo? ¿Por qué no descubría los bajos fondos de su pensamiento, cara a cara? Pues quien con perversa naturalidad manejaba el fraude, defraudaría también cuando una mano viril, la mano de «él», del posible amado, oprimiese las suyas... En la novia había doblez; en la esposa habría traición. Carmiña rechazaba esta hipótesis, a la que la conducía una lógica rotunda. ¡Oh, ella se prometía mantener incólume el honor de Leiro! Comerció, pero de buena fe. El tiempo quedaba de testigo...

Transcurrieron tres años. Llevaban dos y medio de matrimonio. No tuvieron hijos. Carmiña había logrado realizar sus ilusiones de soltera. El pazo venerable, rejuvenecido, tomó aires de chalet. Lo más selecto de Ribanova acudía, durante las largas veladas invernales, a la tertulia de los señores de Leiro. Carmiña desempeñaba su papel de ama de casa con amable sonrisa acogedora. Tenían los caballeros su partida de tresillo; las damas, en un gabinete coquetón, formaban corro aparte, dedicadas a menudas labores de curiosear y punto de lana. Carmiña presidía varias Asociaciones piadosas. Su nombre figuraba a la cabeza de todas las listas de donativos: los íntimos del pazo acariciaban la idea de pedir una recompensa honorífica para sus desvelos humanitarios -¡por Dios no me ruboricen ustedes, que no he hecho cosa que lo merezca!- Logró conquistar la simpatía de las señoras rancias pidiéndoles consejo siempre, como cumple a una novicia en cuestiones de etiqueta, y mostrarse agradecida al favor que la dispensaban recibéndola y dándole trato de par. Y conservó también el afecto de los suyos, de los de su clase: les atendía con sencilla llaneza y protestaba, entre graciosos mohínes de enojo, cuando la decían «doña Carmen».

-Soy Carmiña, nada más que Carmiña; ¡si fuimos juntas a la escuela y no perdíamos baile los días de música en el Campo de San Rosendo!

La mujer del pueblo, vendedora de pescado o de fruta, doméstica o modistilla, se iba encantada, pregonando a los cuatro vientos la modestia de Carmiña, «que no era como otras, que tienen menos motivos y la miran a una como princesas de sangre real...»

¿Y Leiro? ¡Ah, Leiro vivía feliz! Deslumbrado por la hoguera de su amor, no advirtió nunca que el alma de la hembra estaba ausente cuando ceñía su cuerpo con ansias febriles. Lo que otros ojos hubieran visto no lo vieron los suyos, nacidos sólo para recrearse en la flor de hermosura que le sorbía el seso.

Y pasaron cinco años más. Andaba Carmiña al filo de los treinta. Y un día sonó en su puerta el temido aldabonazo. ¿Quién tuvo la fortuna de interesarla? Un mocito jaque, hijo de uno de los colonos de Leiro, Brummel, pueblerino, que lucía en su agenda a lo tenorio una larga serie de fregonas sentimentales cautivadas. ¿Belleza varonil, labia ingeniosa, apellido ilustre? Nada. Un hombre vulgar. Y delante de este hombre humilló Carmiña su altivez... Por vez primera vibraron sus nervios, y un anhelo, una inquietud desconocida vino a romper la mansa cantilena de sus horas. Ella, toda egoísmo, ofreció cuanto poseía, honra y dinero, al galán aprovechado; ella, toda frialdad, ardía en las llamas de una pasión torpe, y la mujer calculadora, que había preso con grilletas de codicia las alas del corazón, se entregó a la enervante dulzura de un abandono ciego, y caminaba hacia el abismo, llena de vehemencias devoradoras la carne enardecida, rotos los frenos...

Leiro les sorprendió una noche. No había llegado hasta su oído el murmurar del vecindario. Y he aquí que de pronto, como un hachazo, la horrible certeza de su desventura aparecía ante él, que no quería, que no podía conceder crédito a la infamia, harto elocuente. Temblaron los adúlteros. La venganza se cernía sobre ellos, y esperaban, inmóviles y mudos de espanto, el golpe mortal. Leiro dio un paso, alzaronse sus puños amenazadores y se desplomó, herido del rayo de su infortunio, gritando con voz ronca:

-¡Canallas!

Huyeron los amantes mientras el mísero caía en el lecho, delirando, abrasado en fiebre altísima que le tuvo a pique de perecer. Dos meses largos duró la enfermedad, entre bruscas alternativas. Vencido el mal, amigos leales llevaronle lejos de Ribanova, a una playa francesa, para que olvidara... Y entonces, a medida que el organismo iba recobrando sus fuerzas y volvía al rostro exangüe el color de la salud y el pensamiento a sus funciones directoras, Leiro descubrió, empavorecido, que su retentiva portentosa, velada desde la noche negra, resurgía más fuerte, más pujante que nunca. Y allí empezó su calvario.

Leiro recordaba todas las escenas de su vida conyugal. Los recuerdos tenían la precisión de placas fotográficas, y una a una comenzaron su desfile por la pantalla del cerebro. Nada había escapado al implacable objetivo. En las misteriosas circunvoluciones quedaron indeleblemente impresas las imágenes del pasado, que había muerto y que, sin embargo, pugnaba de nuevo por tornar a la vida. Era una resurrección cruel -la crueldad de la gota de agua que va horadando el cráneo con lento ritmo imperturbable y cae siempre, siempre, sin que la mueva a compasión el martirio del prisionero-; también la memoria de Leiro reproducía las páginas de su matrimonio día a día, hora a hora, minuto a minuto, con lento ritmo imperturbable, como la gota de agua, sin sentir piedad de la víctima, que suplicaba clemencia entre sollozos.

Leiro oía el metal de la voz engañadora, el repiqueteo airoso de los pies menudos sobre la madera del piso, la charla alegre de las tertulias del pazo. Veía a Carmiña pasear por el jardín y detenerse un segundo para aspirar el aroma de un clavel o prender

una rosa en el busto espléndido. El viento le traía su perfume favorito, y aquel minué que le gustaba tanto, y las antiguas danzas del Nova, que entonaron a dúo, de regreso de las romerías. -«Soy pobre y no valgo nada: usted merece mucho más», le había dicho en la Alameda, cerca del quiosco, cuando vino él de Santiago con su título flamante y la requirió de amores. -«Yo no te quiero como tú me quieres, pero, a mi modo, te quiero», confesara poco antes de la boda, a instancias del novio, celoso sin saber por qué. -«Las mujeres que engañan a sus maridos debían morir», comentó un día leyendo en un periódico la noticia de un adulterio innoble.

Cuadros apacibles del hogar deshecho le perseguían tenaces. ¡La galería adornada de maceteros, su rincón predilecto a la hora de la siesta, donde la envolvía en suave nimbo la luz que tamizaban las persianas corridas! ¡El gabinetito azul, el de las amigas de confianza, que fue muchos inviernos obrador de ropas de vestir para los niños pobres! ¡El gran salón de los espejos, que se lanzaban unos a otros la grácil silueta y que hacían más golosas las caricias, porque un solo beso, repetido cien veces en las lunas colocadas frente a frente, valía cien besos!...

¿Cómo destruir a un enemigo que se escondía detrás de sus mismas sienes? ¿Qué maldición pesaba sobre él, condenado al peor de los suplicios? ¿Por qué la calentura que le abocó al sepulcro había respetado este su gozo de antes, su llaga de ahora, que centuplicaba la tristeza del abandono presente con la obsesión del paraíso perdido?

Leiro viajó mucho... ¡remedio ineficaz para su dolencia! En la rápida visita a lejanos países cambiaba constantemente el paisaje exterior, las personas y las cosas de afuera que contemplan los ojos materiales, pero no cambiaba el panorama interior, las cosas y las personas que miran los ojos del espíritu. Hasta su forzosa soledad de desterrado en medio de gentes y costumbres exóticas, contribuía a encerrarle dentro de sí mismo, y en el aislamiento aguzaba sus dardos la amargura.

La muerte le tentó: no tuvo el valor de afrontarla. Hizo entonces un frío examen de su situación. El recuerdo acrecía su pesadumbre angustiada: había que matarlo. Por una íntima delicadeza, en sus andanzas errabundas no conoció mujer: la mujer y el alcohol le darían el ansiado sosiego. Y se hundió en la crápula. No le movía el goce momentáneo de los sentidos: aquello era un medio, no un fin. Quería destruir sus energías cerebrales. «Evite usted los excesos; de otro modo, durará poco esa memoria extraordinaria», advirtiéronle los médicos. Pues bien: ahora se entregaría al vicio en cuerpo y alma, para ahogar la lumbré desapiadada que ardía en su cabeza. Vive la carne sin el soplo inteligente; algunos seres conservan sólo la forma humana... No sienten y no sufren. Leiro buscó la amencia como una salvación. Fue el suyo un envilecimiento deliberado. En plenitud de conciencia apetecía la inconsciencia y con una entereza aterradora pensaba en el modo de no pensar...

Los venenos iniciaron su labor de zapa. Primero, blanca neblina tendió su velo transparente: un rayo de sol bastaba para deshacerla, pero ya eran más suaves los colores, menos rudos los contrastes, y moría el eco entre la bruma mansa. Se espesaron luego sus vellones y densas sombras lo envolvieron todo: penumbra de obscurecer. La mirada descubre aún, con esfuerzo, los contornos de las cosas, y adivina en el horizonte la estela del ocaso. Congojas de agonía atenacean el pecho -miedo a lo desconocido, que nos empavorece porque no sabemos lo que se oculta detrás del silencio que avanza. ¡Ay, quién pudiera retroceder! Quizás todavía... ¡demasiado tarde! Ha caído la noche: noche negra, sin estrellas en el cielo, sin resplandores en la tierra. Al tímpano no llega más que el latir del propio corazón: ya no hay sonidos. La retina avizora en vano el abismo insondable: ya no hay colores. Un viento de locura ha volado bajo la bóveda craneana: ya no hay entendimiento. Y roto el enlace de las redes sutiles, los músculos se rebelan: ya no hay voliciones...

Leiro se propuso anular una de las tres facultades espirituales con la ayuda de las otras dos. Creyó que la inteligencia y la voluntad serían cómplices gustosas del fratricidio. No comprendía que esa trinidad anímica descansa en vínculos tan estrechos, que la muerte de uno de los poderes llevaría consigo la de todos. Y así aconteció: a medida que el cristal de la memoria perdía el azogue, se aflojaban los resortes del albedrío y el intelecto iba apagando su fanal.

Y Leiro no fue feliz, porque olvidó sin darse cuenta de que olvidaba. Había abrigado la ilusión de asistir, íntegras las potencias, al desplome de su retentiva, y, cuando con el horrible desgaste de una existencia degenerada, se borraron las estampas del recuerdo, ya no tenía la noción de sí mismo: era un guiñapo reblandecido, un inconsciente. Le quedaba sólo, en las remotas profundidades del alma, algún trazo impreciso, una nubecilla tenue, una forma fantasmal y fugitiva, rastro impalpable de su desventura, imán invisible que extraía de las tinieblas cerebrales algo como un atisbo de comprensión balbuciente y que le arrastraba hacia Monteledo, por la carretera que veinte años atrás siguieron los amantes...

Al verle pasar ahora, encorvado, apoyándose en un bastón que hierde los guijos del arroyo con vacilante palpar de palo de ciego, la boina sobre los ojos y un gesto estúpido en la boca sin dientes, andrajoso, miserable, los vecinos queman un incienso de piedad.

-¡El pobre Leiro!

-¡Quién que le conoció le conociera!

-¡Ay, mujeres, mujeres!...

La Prensa

Para el Eco de Ribanova, los amigos eran siempre queridos; los abogados, cultos; los militares, pundonorosos; los médicos, ilustrados; los maestros, competentes; los industriales, activos; los escritores, brillantes; los funcionarios de Hacienda, probos; los jueces, dignos; los comerciantes, acreditados; los concejales, diligentes; los sacerdotes, virtuosos; los propietarios, acaudalados, y cuando algún ribeiriano carecía de título u ocupación conocida, entonces le llamaban «prestigioso convecino».

El difícil arte del periodismo descansaba en Ribanova en la discreta distribución de los adjetivos. Más de un suscriptor se dio de baja porque no le habían aplicado el correspondiente a su condición y categoría. El Eco era, en ese sentido, el almanaque Gotha del pueblo, que clasificaba a todos los vecinos según riguroso orden.

El Eco se convirtió en diario durante unas famosas elecciones, que dejaron imborrable recuerdo. ¡Qué maravillosa destreza la del director para llenar todos los días cuatro páginas! La sección socorrida fue la de Sociedad. De Ribanova partía por la mañana, a las siete, el tren correo de Puertocid, y regresaba a las nueve de la noche -noticia al canto:

«VIAJEROS. Han salido: para Puertocid, D. Luis Reboredo, ilustrado maquinista; D. Cándido Sendino, competente fogonero; D. Antonio Troncoso, activo interventor de la Compañía Ribanova-Puertocid, y D. Juan Tejón, celoso funcionario del Cuerpo de Correos. Les deseamos feliz viaje.»

A continuación: «Han llegado: de Puertocid, D. Luis Reboredo, D. Cándido Sendino y D. Antonio Troncoso, diligentes empleados de la Compañía del ferrocarril Ribanova-Puertocid, y D. Juan Tejón, digno oficial de esta Administración postal. Sean bienvenidos».

Claro que el maquinista y el fogonero, el interventor y el ambulante eran los del tren correo que circulaba diariamente entre Ribanova y Puertocid.

Otras veces, las gacetillas recogían sucesos interesantes de la vida local. Por ejemplo:

«Nuestro querido amigo, el acaudalado industrial D. Fermín Porto, ha adquirido un hermoso ejemplar de perro "terranova", que está siendo muy admirado. Le felicitamos por su adquisición, y celebraríamos que la famosa raza canina lograra mejorar nuestros acreditados canes d'o palleiro.»

«Ayer se retrataron, vestidas de gallegas, en el estudio del distinguido fotógrafo D. Ángel Pérez Díaz, nuestro querido amigo, las bellas señoritas Pilar y Teresa Leal, recientemente puestas de largo. Nos aseguran que el fotógrafo ha realizado una verdadera obra de arte. Por anticipado, reciban nuestra enhorabuena el retratista y las retratadas.»

«El insigne cirujano D. Arturo Bellón ha extirpado, con su acostumbrada maestría, un doloroso forúnculo que venía padeciendo en el cuello nuestro particular amigo y concejal, don Sergio Muñiz. Deseamos el pronto restablecimiento del paciente, y ya sabe el ilustre galeno que sus triunfos los consideramos como propios.»

Frente al Eco de Ribanova, que durante medio siglo ejerció el monopolio de la Prensa ribeiriana, apareció un día La Voz de Ribanova, hebdomadario también. Entre las dos publicaciones mediaban profundas diferencias: el Eco era conservador-liberal, y La Voz, liberal-conservadora; el Eco se publicaba los sábados por la tarde, y La Voz los sábados por la noche; el Eco lo leían los amigos de don Juan, y La Voz los amigos de don Pedro; los suscriptores del Eco pagaban cuatro pesetas al trimestre, y los de La Voz, doce pesetas al año. Coincidían en tres cosas: en el formato, en el establecimiento editorial donde se imprimían y en la profesión de fe: «Semnario independiente, defensor de los intereses de Ribanova», decía el Eco; «Semnario independiente, defensor de los intereses de Ribanova», decía La Voz.

La comunidad de rotativa produjo, en cierta ocasión, una peripecia graciosa. Por descuido del regente, hubo un trueque de artículos de fondo: el destinado al Eco se titulaba Carroña putrefacta; el escrito para La Voz, Cloaca pestilente. Compuestos ya ambos periódicos, advirtieron en la imprenta que en la primera plana del Eco aparecía el editorial de La Voz, y en la primera plana de La Voz el editorial del Eco. No había tiempo para deshacer el lapsus. Juanistas y pedristas seguían con apasionamiento la polémica entablada, y el público esperaba ansioso la salida de los semanarios. El regente tuvo una idea genial. Los dos trabajos abundaban en insidias y palabras gruesas, pero, como suele acontecer en casos tales, una hábil prudencia había guiado la pluma de los autores respectivos, y no había un solo nombre, ni una mención directa que permitiese descubrir la persona a quien iba dirigido el golpe. El fondo de La Voz y el del Eco hablaban de «ellos». «Ellos» eran los contrarios, aludidos siempre con cauta vaguedad. Y el regente no hizo otra cosa que cambiar los títulos: puso Carroña putrefacta encima del texto de Cloaca pestilente, y Cloaca pestilente sobre la maciza prosa de Carroña putrefacta. Los directores descubrieron el engaño; los lectores, no. Tanto parecido había entre los adictos al Eco y los fieles de La Voz, que, sin quitar punto ni coma, pudo aplicarse a la clientela de don Pedro la diatriba preparada contra la hueste de don Juan, y viceversa.

La Voz de Ribanova vino al palenque periodístico «lanza en ristre y alzada la visera», según declaró en su primer número, para sostener una vigorosa campaña, que envenenó los ánimos y fue el motivo determinante de tres desafíos y media docena de banquetes. Todavía la recordaban los ribeirianos, con malévola fruición.

El Eco insinuó la conveniencia de abrir una calle desde la Alameda hasta la Estación, pasando por el muelle. La Voz se permitió opinar que nada urgía tanto como la construcción de una calle, que, pasando por el muelle, uniese la Estación con la Alameda. Quedaron así definidas las actitudes de los dos bandos: la calle debía empezar en la Alameda y terminar en la Estación -tesis del Eco-; la calle debía empezar en la

Estación y terminar en la Alameda -tesis de La Voz-. Se inició entonces un debate empeñadísimo, porfiado, que durante tres años abrumó las columnas de los dos semanarios. El Eco llegó a decir que había más distancia de la Estación a la Alameda que de la Alameda a la Estación. La Voz se atrevió a asegurar que, dada la diferencia de nivel entre la Estación y la Alameda, costaría menos iniciar la calle en la Estación, cuesta abajo, que en la Alameda, cuesta arriba. «Hay que facilitar a los vecinos el pronto acceso al ferrocarril, porque el tren no espera -clamaba el Eco-: ¡la calle debe empezar en la Alameda!» «No -replicaba La Voz-; es al viajero, que trae la fatiga del camino, a quien debe atenderse antes, ofreciéndole una vía que le lleve rápidamente al pueblo: ¡la calle debe empezar en la Estación!

Ribanova se dividió en dos sectores: los partidarios de «calle arriba», a un lado; a otro lado, los partidarios de «calle abajo»; en abreviatura fácil: «arriberos» y «bajeros». Organizáronse sendos comités, encargados de realizar actos de propaganda. Hubo mítines, conferencias, manifestaciones públicas; la Guardia Civil intervino más de una vez para separar a los contendientes. Amalia, dueña de la confitería, centro de reunión de los amigos del Eco, elaboró unos pasteles de hojaldre que recibieron el nombre de guerra de los juanistas: «arriberos». Los juanistas, en holocausto a sus convicciones, injerían a diario enormes cantidades de «arriberos», y los tomaban en plena calle, con glotonas aspavientos, para provocar al enemigo. Los devotos de La Voz, a su vez, consagraron en el Bar Romeo, donde tenían la tertulia, un refresco original, a base de grelos y azúcar, que fue bautizado con el título de «bajero». Los pedristas fervorosos lo bebían a toda hora, y paseaban luego por la Alameda, retadores, exhibiendo en la boca la paja con que sorbían la agradable mixtura.

El abusivo consumo de pasteles ocasionó en la mesnada juanista una forma de atonía intestinal; por el contrario, la naranjada aligeró con exceso el vientre de los pedristas. Unos y otros soportaron, llenos de un alto espíritu de sacrificio, las molestias digestivas consiguientes. Sin embargo, al poco tiempo hubo de iniciarse una vergonzosa claudicación. A media noche, los juanistas, uno a uno, ganaban silenciosos, a hurto de serenos, amparados en la sombra, el Bar Romeo, y pedían en voz baja un vaso del laxante refresco; y los pedristas, con idéntico sigilo, llamaban a la puerta de Amalia, y, entre sofocos y angustias de verse descubiertos, deglutían apresurados media docena de pastelillos astringentes.

Entretanto, la calle continuaba sin construir, y los ciudadanos imparciales se dolían de tamaño abandono. La muerte de un juanista, a consecuencia del cólico miserere que le produjo el hojaldre de Amalia, puso tregua a la lucha. Los dos bandos asistieron en masa a la conducción del cadáver; ante la tumba abierta, el jefe de los pedristas pronunció sentidas palabras en elogio del soldado que dio su sangre por el ideal, y el jefe de los juanistas afirmó que aquel hombre había merecido bien de la patria. Después, los caudillos se abrazaron, mientras el féretro desaparecía entre docenas de pastelillos y de tubos de paja, trofeos de la enconada guerra que durante tantos días había perturbado la vida de Ribanova.

El Ayuntamiento, reunido en sesión extraordinaria, encontró, al fin, tras de ocho horas de sesión, la fórmula de arreglo: en vez de una sola calle, se abrirían dos: una, de la Alameda al muelle; otra, de la Estación al muelle. La primera llevaría el nombre de «Calle de Arriba»; la segunda, el de «Calle de Abajo». Las obras comenzarían simultáneamente en la Alameda y en la Estación. El proyecto de la calle de Arriba lo redactó un ingeniero juanista; el de la calle de Abajo, un ingeniero pedrista: el presupuesto de ejecución de ambas vías ascendió, exactamente, al doble del calculado para la vía única. Cuando, a los diecisiete meses de colocada la primera piedra, se encontraron en el muelle los trabajadores que venían de la Estación con los que salieron

de la Alameda, hubo una semana de festejos públicos, verbenas, regatas, partidos de football y solemne Tedeum. Un pequeño detalle enturbió la general alegría: por error de cálculo, explicable en empresa de tanta monta, entre los dos trozos concluidos ya se apreció una diferencia de nivel de más de cuatro metros. Hubo que deshacer gran parte de lo hecho. Corregidos los planos, a los quince años justos de haber lanzado el Eco su feliz iniciativa, quedó acabada la espléndida rúa, que ofrecía a los ribeirianos fácil acceso a la Estación y a los viajeros cómodo arribo al pueblo. Dos meses antes, la Compañía propietaria del ferrocarril, agotado el filón carbonífero, había resuelto suspender definitivamente el tráfico.

Primo Juan y prima Luz

En el decurso de los días, los casados llegan a semejarse físicamente. La vida en común crea entre marido y mujer, al lado de la afinidad espiritual, una cuasi afinidad fisonómica. Así como los caracteres, en los casos de connubio venturoso, pulen sus asperezas y liman sus aristas, fundiéndolas en una unidad de temperamento, así también en el rostro, en los hábitos, en las menudas facetas cotidianas, se opera una síntesis. Esos matrimonios viejos, quizás más unidos en el ocaso que en el alba, proyectan sobre nosotros, no la silueta individualizada del marido y de la mujer, sino la silueta colectiva, resultante de los dos: la tercera persona derivada del vínculo, mero artificio ideal, acaba expresándose en una realidad sensible. El análisis es impotente para explicar este hecho, pero el hecho existe: tal el caso de primo Juan y prima Luz.

Primo Juan y prima Luz eran iguales en el gesto y en la sonrisa. La nariz recta de primo Juan había iniciado una curva para aproximarse a la nariz respingona de prima Luz, y al parpadeo nervioso de prima Luz respondía el guiso de los ojos de primo Juan. Conservaban uno y otro la boca fresca e intacta la dentadura, y hablaban siempre en primera persona del plural:

-Nos hemos constipado -decía prima Luz. Y, en efecto, estornudaban a dúo. Coincidían hasta en las pequeñas indisposiciones: primo Juan injería tabletas de aspirina cuando le dolía la cabeza a prima Luz, y prima Luz sudaba a chorros para aliviar el enfriamiento de primo Juan.

Andaban ambos próximos al siglo. Veinte años antes, el tiempo había detenido su obra devastadora: los cuatro lustros transcurridos no hicieron mella en la anciana pareja. ¡Juegos de la vejez, que unas veces precipita su marcha y traza arrugas seniles bajo el cabello negro todavía, y otras veces la retrasa y se complace en que florezcan rosas de juventud al abrigo de la nieve! Cronos olvidó a primo Juan y prima Luz; ¡tiene tantas cosas en qué ocuparse! Porque olvido parecía el verles salvar invierno tras invierno, sin cambio alguno en el semblante, ágil el pie y despierta la mirada.

-¡Ah, diablo! -debe exclamar el Venerable, dándose una palmada en la frente, cuando, al hojear el Libro Negro, descubre que ha quedado inadvertido un nombre en un rincón de las páginas fatales. Entonces, con el ansia de ganar lo perdido, convierte su piadosa lentitud acostumbrada en tajo brutal. Cronos deja de roer y esgrime el hacha. De la noche a la mañana, el árbol se derrumba: hay que rematar en unas horas, a bárbaro galope, lo que debió ser labor de muchas jornadas y sosegado camino.

Primo Juan y prima Luz alentaban porque falló un momento la memoria del implacable relojero: ¡ay de ellos el día que sorprendiera el error padecido!

Primo Juan llevaba la voz cantante en el matrimonio; prima Luz, la segunda voz. Cuando primo Juan narraba un hecho, a cargo de prima Luz corrían las acotaciones. Y como vivían de añoranzas, en el último tercio del siglo XIX, y en su plática había una perenne lección de Historia, el papel de prima Luz adquiriría considerable relieve. ¿No

recordáis esos volúmenes llenos de citas y llamadas que completan y aclaran el relato? Tal el cometido de prima Luz. Primo Juan era el texto; prima Luz, la nota.

-Cuando viniste aquí de pequeño -decía primo Juan, acariciando la mejilla de José Luis-, aún ibas en brazos del ama.

-Tu ama -observaba prima Luz- nació cerca de Ribanova, en Dacón. Se llamaba Ana; ¡buena moza! Y en América está, cargada de hijos.

-Un día -continuaba primo Juan- invitamos a comer a tus padres. ¡Cómo se reía tu madre con las ocurrencias de Fanelo!

-¿No sabes quién es Fanelo? -intervenía prima Luz-. Todavía renquea por ahí, muy acabado ya. Fanelo, médico retirado hoy de la profesión, asistió siempre a los de nuestra familia; a ti te curó un golpe que te diste en la frente. ¡Qué travieso eras!

-Pocos quedan ya de aquellos tiempos, meu neniño -proseguía primo Juan con melancólico acento-. ¡Quién conocería esta casa si la vieses ahora! Todos van abandonándonos. Hace dos meses murió Tina Terán.

-Tina Terán -explicaba prima Luz-, una sobrina segunda nuestra, que nos quería mucho. ¡Dios la tenga en su gloria!

Prima Luz dominaba la red complicadísima de los parentescos, y con agilidad maravillosa recorría el árbol genealógico desde las raíces lejanas hasta los brotes recientes. Como los impedimentos matrimoniales, su competencia llegaba, en la línea recta, hasta el infinito, y en la colateral, hasta el cuarto grado. ¡Oh, podrían desaparecer el Registro civil y el canónico: prima Luz se bastaría para reconstituir el tronco florecido en trescientas ramas!

¡Qué endomingarse el del matrimonio los días grandes, en trance devoto de procesiones o en ocasión etiquetera de visitas de cumplido! Salían entonces, del fondo de la cómoda donde se guardaban, las prendas de ceremonia, milagrosamente conservadas entre bolas de naftalina, sin un cosido ni una mancha: prendas que atravesaron las angustias del 68; el alborozo del 75 y la malaventura colonial. Poníase primo Juan el sombrero de media copa, camisa almidonada, botonadura de oro, regalo de boda, y la levita venerable, de largos faldones, y sacaba el bastón de caña de Indias con puño de plata, en el que se leían sus iniciales. Prima Luz vestía el traje de seda negro, zapatos de charol, pendientes de filigrana, alfiler de complicada factura semieclesiástica, porque tenía en el centro una birreta cardenalicia atravesada por una espada, y la cadena de oro del abanico.

Y se iban los dos del bracero, satisfechos el uno del otro, contoneándose primo Juan como en sus tiempos de juventud, cuando el báculo de ahora era flexible junco donairoso, y entregada prima Luz a un incesante abaniqueo que no rendía sus manos seniles.

Les preocupaba la iglesia más que la casa propia y la cuidaban con celo parroquial:

-¿Te has fijado en la gotera de la capilla de la Virgen? Hemos de avisar al señor cura.

-Los candeleros del altar mayor están muy sucios: debían limpiarlos.

-La puerta del atrio chirría y distrae a los fieles: necesita una buena mano de aceite.

Vivían con limpia modestia, en una casuca próxima al Campo de San Rosendo: portal empedrado de grandes losas, llamador de campanilla, junto a la imagen del Sagrado Corazón; despacho diminuto -dos docenas de libros religiosos y varios tomos de una antigua revista ilustrada colocados en un armario de roble, escribanía de antigua loza de Sargadelos, reloj de nogal obscuro y timbre grave, un San Antonio sobre la mesa-; sala solemne, con su sillería tapizada de terciopelo rojo, retratos, amarillentos ya, dispuestos en esterillas colgadas a entrambos lados -del espejo, florones de nácar y concha en sus fanales de cristal, y un cuadro de la Virgen del Carmen coronando el tresillo; dormitorio

casi monástico, de paredes blanqueadas, amplio lecho de matrimonio, bajo dosel, y un crucifijo de ébano a la cabecera...

Detrás de la casa, el huerto, donde crecían matas de rosas y claveles: al fondo, un cenador, y cerca del pozo, en una gruta artificial, un Lourdes en boceto, iluminado constantemente por una lamparilla.

En labios de primo Juan y prima Luz abundaba una exclamación bien avenida con la pátina melancólica de sus pensamientos:

-¡Ay, Dios!

Para ellos se habían hecho las oraciones cristianas

-No nos dejes caer en la tentación...

-Danos el pan nuestro de cada día...

Los dos pedían siempre por los dos.

Abrigaban, ¡a sus ochenta cumplidos!, el temor de sobrevivirse mucho tiempo el uno al otro.

-¡Bah!, no te inquietes -decía primo Juan-. Si muero yo antes que tú, te prepararé un buen sitio allá arriba, cerca de mí...

Y la dulce esperanza de encontrarle pronto alumbraba una sonrisa suave en el rostro de prima Luz.

-¡Si Dios nos hubiera dado hijos! -suspiraba a veces prima Luz.

-Pues yo no he perdido la esperanza todavía -picardeaba primo Juan.

-¡Tonto! -reñía prima Luz con risueño enfado.

Y la inocente broma teñía de rubores sus mejillas.

Todas las noches, al acostarse, y antes de apagar la luz, se despedían, mirándose con cariño:

-¡Hasta mañana, si Dios quiere!

-Hasta mañana.

A obscuras ya, le sobrecogía a primo Juan la angustia de que no despertase nunca prima Luz, y a prima Luz el miedo de no volver a ver más a primo Juan. Entonces inventaban un pretexto cualquiera y encendían de nuevo:

-¿Llamabas?

-No, pero me pareció oír pasos en el jardín...

Ponían los dos el oído atento, y, entretanto, se contemplaban. Primo Juan sabía de sobra que nadie había llamado, prima Luz no había oído nada en el huerto, pero jamás se descubrían el secreto de la infantil comedia que representaban: el único secreto en sesenta años de matrimonio.

-Aprensiones tuyas, mujer: todo está en silencio.

-Más vale así. Perdona, y hasta mañana, si Dios quiere.

-Hasta mañana.

Y primo Juan oprimía el interruptor, fijos siempre los ojos en prima Luz.

Lita

Lita era menuda de cuerpo, chatilla, graciosa, de ojos claros y alegres, linda la boca y grato el timbre de la voz. Cuando reía -y reía mucho-, su piel, sonrosada sin afeites, se hundía en dos hoyuelos coquetones junto a la comisura de los labios. Manojos de nervios siempre en tensión, iba y venía y hablaba por los codos, poseída de una inquietud que constituía acaso el mayor de sus atractivos. Abundan estos tipos diminutos, de una

expresiva vivacidad: el vaso corporal que les fue avaramente regateado resulta estrecha cárcel para el alma, y el alma se revuelve dentro de su incómoda vestidura perecedera, pugnando por asomarse al exterior, y comunica al organismo todo un desasosiego de ave enjaulada. En los Grandes Almacenes Celestiales sólo hay una medida para el espíritu que ha de venir a reanimar la carne, y unas veces le adjudican dominios tan extensos que puede apenas alumbrarlos con su llama divina, y otras veces la ínsula es tan menguada que más parece prisión: tal el caso de Lita.

Lita tenía una especialidad: la de los funcionarios forasteros. Cuantos jueces, notarios y registradores pasaron por Ribanova en dos lustros muy cumplidos, conocieron a Lita. Lita adquirió así una notable competencia en mil pequeños detalles, preocupación del empleado en la luna de miel de su destino:

-¿Ha comprado usted ya la toga? -le preguntaba al nuevo juez-. Hágasela usted de seda mejor que de paño; y pida usted que le borden la placa, porque las de metal desgarran el tejido.

Al nuevo notario le aconsejaba:

-No falte usted los viernes al despacho; como día de mercado, acuden labradores y comerciantes de los pueblos vecinos, y sobra trabajo.

Y al nuevo registrador:

-¿Por qué no ejerce usted? En Ribanova escasean los abogados. A menudo, los clientes confían sus asuntos a letrados de otros partidos. Abra usted bufete, que no le irá mal.

Lita llegó a suscribirse a una revista de Derecho privado; ¡qué famosa la discusión que sostuvo sobre la naturaleza de la enfiteusis con un notario recién salido del horno de las oposiciones! Y más de un fallo hubo de someterse previamente a su examen: el secretario judicial aseguraba que en algunos borradores de sentencias había encontrado tachaduras y enmiendas en letra de mujer: la letra de Lita, sin duda.

Con el trato de la gente togada, no sólo dominaba ya todas las honduras del escalafón, categorías, posibilidades de ascenso, haberes de entrada, etc., etc., sino que había enriquecido su léxico impregnándolo en las puras esencias del tecnicismo forense. Llena de una naturalidad encantadora, Lita aplicaba a los vulgares sucesos de la vida los giros y la nomenclatura que, en quince años de tentativas nupciales fracasadas, había aprendido de media docena de fedatarios públicos, de dos asentadores de hipotecas y de tres señorías justicieros. Para ella, el noviazgo era una simple «anotación preventiva»; la respuesta a una carta petitoria de relaciones, la «contestación a la demanda»; «recurso de reposición» la insistencia del pretendiente desairado; y cuando un novio celoso reñía con el pretendido rival, decía que había interpuesto un «interdicto de retener».

Era piadosa, pero con piedad intermitente y tornadiza. Se la veía a temporadas meterse en la iglesia mañana y noche, siempre de negro, y recorrer uno a uno los altares, entregada a letanías sin fin. No había entonces novena ni procesión ni solemnidad religiosa que no la contase entre sus fieles más puntuales, y huía de la Alameda y del teatro como si la hubiese arrebatado una súbita vocación monjil, nunca sospechada. Sus amigas, que la conocían bien, comentaban con incrédula sonrisa aquellas fogaratas de misticismo:

-¡Bah! Igual que hace años; ahora le ha dado la ventolera rezadora. Pronto cambiará.

Y, efectivamente, cuando caía en Ribanova un varón soltero y en estado de merecer, Lita «colgaba los hábitos», escondía la ropa de luto y el velo y se lanzaba a la Alameda, encendida en ansias matrimoniales que las horas de recogimiento habían avivado.

-Mujer, no sé cómo te quieren los santos -le decía una de sus compañeras de celibato forzoso-, porque, en cuanto hay novio en perspectiva, le vuelves la espalda. Si yo fuese San José, te pegaba con la vara en la cabeza.

Pero Lita, consagrada a su nuevo amor, no escuchaba ni atendía a nadie, y ponía ahora en embellecer su figura y cautivar al galán de tanda el mismo fuego que poco antes había puesto en convencer a sus celestiales patronos de que ella era una oveja del Señor, rosa conventual, nacida para marchitar su perfume entre celosías y unir su voz al gangoso concierto de las madres en el coro.

Trataba a las imágenes de su devoción con una pintoresca familiaridad:

-San Blas es muy guapo. ¡Qué bien le sienta aquella barba florida, y qué majestad la de su mano en alto para bendecir! En cambio, a San Cosme, el pobre, le ha vestido el diablo. Siempre que paso por delante de su altar le digo en voz baja, al santiguarme: - «¡Eres demasiado bueno, San Cosme, porque consientes que te lleven de esa manera, y no andas a cachetes con el sacristán! ¡Que Dios me perdone, pero de perfil te pareces a Paizoco, el guardia municipal!»

Había en el temperamento de Lita bruscas alternativas de optimismo y desmayo, de escrúpulos supersticiosos y desenfados atrevidos. Y estas sus facetas desconcertantes no respondían, en el fondo, más que a una cosa: a las ganas que tenía de marido. ¿Ganas? Hambre devoradora. Lita deseaba casarse, y, como la viudita del cantar infantil, no hallaba con quién. Había puesto sus ilusiones en un Lohengrin que llegase, blanco también, pero del polvo del camino, jinete en la berlina de un coche, cisne de los caballeros ribeirianos, y decidido a emprender la heroica aventura de pedir su mano breve. Entre tanto, Lita desesperaba viendo transcurrir los años.

Un día circuló por Ribanova la noticia de que iban a suprimir el Juzgado. ¡Hubo que oír a Lita! Tiempo después recibía el Ministerio una instancia conmovedora. La incógnita firmante, «Una soltera», decía que los jueces tienen el deber de administrar justicia, pero la justicia no sólo se administra en los Tribunales, resolviendo litigios: existe una justicia social que exige que todo hombre con medios pecuniarios decorosos saque de penas a un corazoncito de mujer. Y el juez de entrada que aprecie en algo la propia dignidad debe contraer matrimonio antes de que corra un bienio desde su ingreso en el escalafón. «Hasta ahora, señor Ministro -añadía la instancia-, la judicatura española, confesado sea en su honor, ha sabido quedar a la altura de este deber. Cada doce meses, cincuenta o sesenta muchachitas entonan un fervoroso himno a la carrera judicial, que trae para ellas una pulsera de pedida entre los pliegues de la toga. Y el nuevo juez es siempre recibido, agasajado y mimado por las niñas sin colocación, como nunca lo soñaron ni Lanzarote ni don Alonso Quijano. Pues eso, que redunde en prestigio, consideración y fama de los magistrados, va a malograrse si prosperan los proyectos de Vucencia. ¡Herodes fue menos feroz, porque no hay crueldad comparable con la de quitarnos la cabeza del partido, aquí donde, para pescar un partido, andamos las mujeres de cabeza! ¡Déjenos el Juzgado, señor Ministro! Lo agradecerán eternamente unas pobres chicas que han puesto en él su última esperanza. ¡Vucencia ignora que estamos muy mal de «proporciones» masculinas! El próximo ascenso del actual juez nos tiene ya desasosegadas. ¿Cómo será el que ha de venir a sucederle, rubio o moreno, afeitado a la americana o con recios bigotes cosquilleantes a la española? Desde luego que a buen mozo pocos le ganarán... No sé si la gazuza de varón que padecemos nos engaña, o si el Ministerio impone a los opositores, como el cuartel a los soldados, determinada estatura, pero el caso es que todo nuevo juez soltero nos parece tan interesante, tan seductor... Luego, cuando pide relaciones a cualquiera de nuestras amigas, desmerece mucho de tipo, y si llega a casarse, cosa perdida; pero mientras no «elige», ¡nos gusta de una manera! Y la emoción de no saber quién ha de cautivarle, la habilidad de atraerle sin infringir las leyes del recato, con miradas insinuantes y sonrisas prometedoras, la gloria de rendir plaza que asedian veinte enemigas sutiles y tenaces - ¡ay, ríase Vucencia de las oposiciones que hacen los hombres al lado de las que hemos

de hacer nosotras!-, y, finalmente, una noche, la entrada triunfal en la Alameda, del brazo de nuestro maridito, entre la rabia de algunas y la envidia de las demás... ¡Déjenos el Juzgado, señor Ministro!»

En Ribanova, como en muchas partes, escaseaban los hombres «disponibles». Por cada uno decidido al matrimonio había media docena de muchachas «en expectativa de destino».

«¡Claro, -comentaba Lita en sus momentos de amargura-, a nosotras nos aburren ellos, y a ellos no les inspiramos ningún interés! Nos conocemos demasiado. La forzosa familiaridad en que vivimos rompe el encanto de la perspectiva. Los que viajan y pasan algún tiempo lejos de Ribanova, nos miran de otro modo cuando regresan. El Ayuntamiento debía conceder a los muchachos becas para el extranjero: se fomentarían así los estímulos nupciales, tan débiles ahora. ¿Qué podremos decirles o qué podrán contarnos que no lo hayamos oído cien veces? El tedio satura nuestras pláticas: hoy como ayer, mañana como hoy. Nos une una amistosa indiferencia, y vamos envejeciendo juntos. Ya corren por la Alameda los chiquillos de las amigas que tuvieron la suerte de casarse pronto, y les acariciamos entre mal disimulados suspiros de tía solterona: ¡pensar que alguno de ellos pudo ser nuestro! Todos los años bajamos a Fontanela cuando empieza agosto, bostezamos en el cine durante las veladas de invierno, lucimos nuestros trajes de fiesta las tardes de domingo, compramos avellanas en San Tirso el día de Santiago, peras en Padronde el día de San Cristóbal, churros en Adegá el día de la Virgen... Y, a diario, la estúpida noria de la Alameda, con sus tres farolas de amarillenta llama, blandones funerarios que alumbran el túmulo donde yacen nuestras ilusiones... ¡Ay, el pueblo, el pueblo! Y lo peor es que se le quiere, y que no cesamos de recordarlo si nos llevan a otro, y que nuestra ría nos parece la más hermosa, y nuestro paseo el más animado, y nuestros aires los más puros, y que somos capaces de arrancar el moño a la que se atreva a ponerle defectos... Contrasentidos inexplicables, como el de la enamorada que besa la mano del guapo que la hiere, y le ama por eso, precisamente por eso...»

De todos sus novios, ninguno logró impresionarla tanto como el tercero, Enrique Marcén, un rapaz serrote, de pocas palabras y gesto duro. Iba de ordinario solo, la pipa humeante en los labios, al aire el cabello en rebeldes mechones, abstraída la mirada detrás del cristal de las gafas de concha. Lita, tentadora y parladora, puso en juego los mil recursos de su sapiencia femenina, ganosa de conquistar al huraño juez. Marcén la oía hablar, clavados en ella los ojos con fijeza extraña, y una tarde, camino del Faro...

Moría el diálogo. Silencios cada vez más difíciles lo interrumpían, y temas de conversación socorridos siempre florecían un segundo para acabar pronto en glosas banales. El pensamiento navegaba, rumbo hacia remotas tierras todavía escondidas bajo brumas de incertidumbre. ¿Vendría un rayo de luz a descorder el velo? El oído experimentado de Lita comprendía que aquellos eran los preludios de una confesión, y esperaba, esperaba, conteniendo su alborozo.

-Lita, yo no puedo casarme...

El asombro de Lita no tuvo límites. Marcén empezaba por donde los demás, ¡ay!, habían terminado. Hasta entonces sólo había habido entre los dos inofensivos escauceos, y he aquí que Marcén, de pronto, a boca de jarro, prescindiendo de los trámites que un uso inmemorial ha establecido, colocaba sobre el tapete la cuestión del matrimonio cuando aún no se había discutido el problema previo del noviazgo. Lita pidió explicaciones. ¿Qué clase de compromisos cohibían la libertad de Marcén? ¿Acaso otra mujer?...

No. No había otra mujer -Lita respiró-. Marcén no había hipotecado el corazón -¡oh, y qué bella encontró Lita la imagen jurídica traída tan a cuento!-. Era un propósito firme,

nacido de una convicción arraigada: mejor que imposibilidad real, imposibilidad espiritual. No podía casarse... porque no debía casarse. Marcén temía y deseaba que llegase el momento de decir la verdad. Al lado de Lita sintió resquebrajada su entereza. Salvado el peligro -Lita ahogó un suspiro-, su conciencia le obligaba a ser sincero. Y venía dispuesto a serlo.

Marcén recordó su condición social: un título vulgar de funcionario se leía junto a su nombre. El cargo le condenaba al paladeo de la pestilente prosa jurídica: vivía entre artículos de Códigos y alegatos forenses. Su actividad estaba severamente reglamentada: unos legisladores implacables habían previsto todos los delitos que pueden cometer los hombres malos y todas las travesuras que pueden inventar los hombres listos. Fallaba ahora, fallaría siempre, de manera casi mecánica: no las horas, pero sí los días y los meses de castigo que merece una infracción, los tenía catalogados en unas tablas, y había de sentenciar al modo del farmacéutico que despacha una receta: tantos gramos de hurto, tantos gramos de prisión, agítese y notifíquese a las partes; o bien: tómense granos de demanda y réplica y polvos de contestación y dúplica, mézclense y distribúyanse a iguales dosis en media docena de considerandos... Pues la carrera no le ofrecía mayores atractivos. Era un número en el escalafón, una rúbrica en la nómina. «Alcanzaré la Audiencia con las primeras punzadas del reuma; cuando el asma torture mis noches, serán conmigo las poltronas del Supremo.» Eslabón de una cadena, ascendería detrás de los que iban delante de él, como él, a su vez, arrastraba consigo a los que le seguían. «Entretanto, a cobrar la paga, a sacar brillo a la toga en el terciopelo de los estrados, a dormir apaciblemente mientras se desgañitan los voceros de tanda...» Por cobardía prefirió la miseria del sueldo seguro a la posible holgura del bufete, y se amarró con irrompibles esposas al banco de la Administración...

-Lejos de todo eso, que es cárcel vil y embrutecedora, donde el cerebro más escogido acaba criando moho -continuó Marcén-, quedan el amor y la mujer: dos cosas distintas, una sola belleza. Quiero consagrarles mis horas libres de la pesadumbre burocrática, y soñar un poco. Antes de trasponer sus umbrales limpiaré mis zapatos en el felpudo para desprenderme del lodo oficinesco. Por eso no me caso.

Lita, que le escuchaba atenta, mirándole de cuando en cuando con el rabillo del ojo, no se dio por vencida. Había varias cuestiones diferentes: una, su disgusto de la carrera -luego hablarían de ello; otra, la serie de razonamientos que le inclinaban a renunciar al matrimonio: esto era lo inmediato y lo esencial. Y Lita no compartía, ¡qué había de compartir!, el criterio de Enrique. ¿De modo que el amor está reñido con el casorio? Un hombre selecto no podía caer en tamaña vulgaridad. ¿Cuántos maridos hay que, cargados ya de hijos, alientan todavía una ilusión que para sí desean algunos jóvenes y solteros?...

-No lo niego, Lita, no lo niego -contestó Marcén-. Sin duda me he expresado mal. El amor no es incompatible con el matrimonio; pero el matrimonio es incompatible con el concepto que yo he formado del amor. Matrimonio significa amor reglamentado, ¿comprende usted?, ¡reglamentado! Tiene su estatuto en cien preceptos legales que llevan su impudicia hasta el último rincón del tálamo y cuentan por días y meses la legitimidad del hijo o el luto de la viudez, y señalan los derechos y deberes de los cónyuges, igual que las facultades y obligaciones de los contratantes en el censo consignativo o en el comodato. Yo, que estoy harto de ordenamientos y pragmáticas, que necesito una atmósfera de libertad para moverme por espontáneo impulso, sin sentir sobre mí el peso de la ley, me espanto cuando pienso que dentro del hogar permanecería, como en la Audiencia, sujeto a la soberana voluntad del Estado, y que hasta mis afecciones más caras serían, simplemente, el cumplimiento de un mandato de las Cortes. ¿Defender a nuestra esposa de todo cuanto pueda herirla en el cuerpo o en el

alma? Eso lo dispone el artículo 57 del Código Civil. ¿Guardarla a nuestro lado, porque es carne de nuestra carne y sin ella no sabríamos estar a gusto? Así lo ordena el artículo 56... ¡Horror de los horrores, el Derecho, siempre el Derecho esclavizándonos entre sus mallas odiosas!

Marcén se explicaba con inaudito ardor. ¿Y era aquél el hombre de hielo, sin calor de alma, «soso perdido», al decir de sus amiguitas? Pues Lita le oía abrumada, y por vez primera en su vida, no sabía qué responder.

-Es este un momento solemne para los dos -prosiguió Marcén, después de una pausa breve-. Una mujer como usted, inteligente y discreta, no debe detenerse ante las vallas convencionales con que los ñoños al uso acotan el terreno de la educación femenina. Quiero que vea usted en mis palabras la honrada sinceridad de un hombre digno. Pues bien: el matrimonio es ahora, ha sido siempre, una función pública, y los cónyuges, funcionarios. El matrimonio lo ha organizado la ley como un servicio del Estado, que persigue la conservación de la especie. ¿Cree usted que el amor constituye un fin en sí mismo, y que los que se aman deben encontrar, en el recíproco encanto de hallarse juntos, el único porqué de su unión? Pues se equivoca usted: el amor no es un fin, sino un medio -¡pásmese usted!- para lograr un fin práctico. Las flores nupciales esconden bajo sus pétalos una idea de utilidad, como el tendero que envuelve sus artículos en la página arrancada de un tomo de poesías. ¡Detrás de las dulces efusiones conyugales, cuando una ilusión de juventud y de belleza enciende los sentidos y transporta el alma a un plano ideal, y hay un batir de alas en la mano que acaricia, y fragancia de rosas en el labio que besa, y todo lo demás parece bajo, mezquino y grosero, el Estado sonríe, porque piensa que se avecina un nuevo ciudadano para el censo, un nuevo contribuyente para el Erario, un nuevo recluta para el cuartel, u otro seno fecundo de madre, y se felicita de contar en su territorio con tan diligentes proveedores!... Y yo, que batallo todos los días entre intereses codiciosos, no quiero marchitar el amor con prosaísmos utilitarios, y como odio la función pública, no quiero tampoco empequeñecerlo en la rutina de un menester administrativo.

Calló Marcén, quedose Lita silenciosa y allí acabó el palique. Ya de vuelta en su casa, Lita puso la memoria en juego para recordar punto por punto cuanto aprendiera aquella tarde. Las «cosas» de Marcén le parecían muy raras. Ninguno de sus pasados amoríos tenía con el de ahora la menor semejanza: era un caso nuevo en su «jurisprudencia».

Eso sí: su dignidad femenina había salido ilesa. Marcén no la amaba, pero tampoco amaba a otra, y hasta aquel peligro de que hablara, dándolo desde luego por salvado, habíala envanecido...

-¡Ya veremos! Todavía no nos hemos dicho la última palabra. Todos nos equivocamos, y los hombres más que las mujeres, y en achaques de cariño nadie ha acertado nunca...

Y Lita abrigaba contra el viento pesimista de su experiencia la débil lucecilla de esperanza que su buen deseo encendía.

Las disquisiciones sobre el matrimonio la dejaron boquiabierta. Algunas no llegó a entenderlas; alguna la entendió demasiado. Pero quizá no imaginara Marcén que el discurso enfervorizaría sus anhelos conyugales. Después de escucharle, el casorio se la aparecía rodeado del prestigio de la función pública: atractivo no escaso, que podía apreciar en su alto valor quien, como Lita, contaba diez años de servicios novieros con otros tantos agentes de la Administración. Visos de cargo, empleo o destino tenía, en efecto, por lo difícil que era el conseguirlo: ¡pocas plazas y cientos de solteritas a caza de las vacantes! ¡Ay, y qué no haría ella para lograr puesto fijo de plantilla; ella, que venía padeciendo tantas temporerías volanderas!...

Cuestiones de etiqueta

-Amigo José Luis -dijo Romeira encendiendo un cigarro-, necesita usted dominar al detalle la etiqueta pueblerina. ¡No sonría usted! Viene usted acostumbrado a las grandes poblaciones, donde, afortunadamente, la vida de relación se inspira en criterios de tolerante amplitud; pero aquí, no sé si por fortuna o por desgracia, continúa en vigor el más severo de los códigos, y ¡ay del que olvide sus preceptos imperativos! Un ejemplo: ¿qué cree usted que es lo primero que hace falta para tener novia?

-¡Hombre, vaya una pregunta! -contestó José Luis-. Lo primero que hace falta es que nos guste una muchacha y que la elegida no nos mire con desagrado.

-¿Lo ve usted, cándido polluelo? -replicó Romeira-. ¡Ignorancia atrevida! Pues no, señor, está usted completamente equivocado. Eso ocurrirá en Madrid, y hasta en Guadalajara, si usted quiere, pero en Ribanova, no. En Ribanova, para tener novia, lo primero que hace falta es... un amigo que tenga novia. Si no cuenta usted con eso, tiempo perdido.

José Luis pidió explicaciones. Le sorprendía un poco la afirmación de Romeira. Un momento estuvo tentado de tomarla a broma, pero eran las siete de la tarde y a aquella hora Romeira hablaba siempre en serio. Y Romeira aclaró el jeroglífico:

-En Ribanova, amigo José Luis, las muchachas carecen de libertad. En este escenario tan reducido, donde todos nos conocemos de sobra y donde nuestras cosas no son un secreto para nadie, la que hemos convenido en llamar buena sociedad sujeta los noviazgos a normas muy estrechas. ¿A quién podría escandalizar que los novios paseasen solos por la Alameda? ¿Qué mejor compañía que la de los doscientos vecinos que, como ellos, dan vueltas de farola a farola oyendo la música, y qué mayor vigilancia que la de los cuatrocientos ojos llenos de curiosidad, que observan sin que ni una palabra ni un gesto escapen inadvertidos? ¿Dónde hallar pareja tan insensata que, en este medio de publicidad, con luz y taquígrafos, se atreviese a infringir las reglas del decoro, entregada a carantoñas deshonestas? Ribanova tiene en sí misma las máximas garantías de recato. Pero la costumbre, inflexible como la ley, prohíbe noviazgos manumisos: han de ir, cuando menos, dos parejas juntas. Una pareja aislada estaría indefensa frente al asalto de la murmuración.

-¿Y no pueden las amigas prestar ese servicio?

-¡Tatata, las amigas! ¿De dónde sale usted, que tales absurdos piensa y dice? Hoy es usted un forastero: le halagan a usted, le sonríen. Se han enterado ya de sus condiciones personales: familia, carrera, antecedentes penitenciarios... Constituye usted «una posibilidad» nada despreciable, un partido: pavonéese y no me lo agradezca, porque no se merece. Mientras continúe usted en turno de mariposeo, todo irá como sobre ruedas; ¡desgraciado de usted el día en que se decida a hacer el amor a una rapaza! Sin previo ultimátum, quedará decretada contra usted implacable guerra. A su amor le mentirán que usted tiene relaciones formales con otra mujer y sólo pretende pasar un verano divertido; a usted le descubrirán los defectos de ella, falsos o verdaderos. Recibirán ustedes anónimos. Le atribuirán a usted frases despectivas para su novia y a su novia comentarios mortificantes para usted. El cuento y la insidia formarán alrededor de entrambos una atmósfera irrespirable. Si la elegida no posee una varonil entereza de alma, acabará por recelar de usted, y si usted no logra desembarazarse de las redes que han de tenderle, espíará su sonrisa y sus miradas, deseoso y temeroso a un tiempo de confirmar la especie artera vertida en los oídos de usted. En la Alameda, las buenas amiguitas la colocarán en medio del grupo para que usted se vea precisado a sostener con todas una insulsa conversación frívola, y muy de tarde en tarde, y a regañadientes, conseguirá usted un segundo reservado y confidencial. Finalmente, ella, aburrída, se

meterá en casa, y usted, desesperado, habrá de resignarse a guardar su calle y valerse del clásico telégrafo digital. En estas condiciones, el amor dura poco, y ahí está la clave. Disponga usted, en cambio, de otra pareja, y no habrá cuestión. ¿Recuerda usted la parábola del ciego y el paralítico? Pues aplíquela al caso. Excuso ponderarle la firmeza del vínculo de solidaridad que une los dos noviazgos. Un recíproco provecho lo sostiene.

-Sociedad de socorros mutuos se llama esa figura -comentó José Luis.

-Usted lo ha dicho: de socorros mutuos, ¡y a qué extremos de abnegación han llegado alguna vez los mutualistas! Hubo un tiempo en el que en Ribanova paseaban únicamente dos parejas de novios: Luis y Juana, Antonio y Rosa. Enfermó Luis gravemente, y Antonio se convirtió en su enfermero: le velaba día y noche; trajo, a costa de su bolsillo, un especialista de Santiago, que practicó una operación delicada; ofreció su sangre para reanimar el cansado corazón del doliente..., todo inútil: Luis se moría. Veinticuatro horas antes de expirar recobró el conocimiento, obscurecido hasta entonces por altísima fiebre: «-Siento dejarte -murmuró entre congojas-; ¿qué va a ser de vosotros sin nuestra compañía?» «-Cierto -le contestó Antonio-; ¡lástima que no puedas aguardar siquiera seis meses! Nosotros nos habríamos casado ya, y tú te irías al otro mundo con la tranquila conciencia del deber cumplido.» Hubo una pausa, interrumpida apenas por el estertor del moribundo: «-¡Oh! -suspiró al fin-. Créeme, Antonio, que nadie me aventaja en el ansia de vivir. Sé leal conmigo y convendrás en que, cuando menos, tengo tanto interés como tú en salir bien de este horrible trance.» «-Nunca lo he dudado, pobre amigo -le respondió Luis estrechando su mano abrasadora-. Me atrevo a asegurar que, si de ti dependiera, no nos abandonarías: ¡Dios te bendiga!» Ido Luis para siempre, Antonio no logró substituirle. No había en Ribanova otro noviazgo. Al principio utilizó el correo para comunicarse con Rosa: le cansó tanta correspondencia. Después aprendió a hablar por los dedos, y entre la humedad y el frío contrajo un reuma articular que inmovilizó dolorosamente sus falanges. Veía a su novia una vez a la semana, en la iglesia, desde lejos: llevaba cuatro meses sin la música de su voz. Un día desapareció. Tras de incesantes pesquisas hallaron su cadáver pendiente de un árbol del Parque. En uno de los bolsillos de la americana descubrieron un papel arrugado. El papel decía así: «¿Por qué es preciso que se quieran cuatro para que puedan quererse dos?»

Calló Romeira: la sombra de Antonio, víctima de un suplicio más cruel que el de Tántalo, puso en su frente una arruga dolorosa.

-Ha habido otra historia menos sombría que esa que le acabo de contar a usted -prosiguió-. ¿Ha oído usted hablar de Penelón? Vino a Ribanova hace algunos años. Era el hijo único de Andrés Penelón, hombre cien veces millonario, quizá la mayor fortuna de Buenos Aires en aquella época. Pues bien, Penelón, después de recorrer toda Galicia, se detuvo en Ribanova casualmente -una avería en el auto, que le obligó a hacer noche entre nosotros-, conoció en el hotel a Josefina, la más linda rapaza de todo el partido judicial, y aun de la provincia, si me apura usted, y con la vehemencia de los veintidós mayos inició el asedio de la plaza, cubierto aún del polvo del camino. ¡Cómo cayó la noticia en Ribanova! ¡Penelón, el ricacho Penelón, dueño de cien mil cabezas de ganado y de haciendas vastas como un reino, enamorado de una ribeiriana! Pero la mala suerte nos perseguía: cuando ocurrían estas cosas, en Ribanova no había ni un noviazgo para muestra. Dijérase que una plaga había devastado nuestra flora sentimental. Y el problema se presentó con apremiantes caracteres. No era sólo el interés particular de los enamorados el que sufría notorio perjuicio: era el interés del pueblo, el de Ribanova entera. En los Códigos, la mujer sigue al marido; en la realidad, el marido sigue a la mujer. Penelón, casado con una mujer de Ribanova, equivalía a asegurar a Ribanova la

tutela generosa de Penelón. Ribanova confiaba en que la amante solicitud de Josefina haría llover sobre la villa abundantes donativos. Aquella montaña de pesos iría poco a poco repartiéndose en escuelas, en hospitales, en la iglesia parroquial, en caminos... Había que lograr a toda costa que las relaciones iniciadas continuasen sin el menor tropiezo; más todavía: había que estimularlas. La Corporación municipal se reunió en sesión secreta. Los concejales comprobaron que Ribanova no disponía de ninguna pareja útil para menesteres de complemento. ¿Habría alguna muchacha dispuesta, por el bien comunal, al sacrificio de llevarle la cesta a Josefina? Con la reserva de rigor, el Ayuntamiento hubo de insinuar la posibilidad de que servicios tan valiosos recibiesen, como recompensa, un título de hija adoptiva y una pensión vitalicia: la gestión fracasó. ¿Y no sería conveniente tender un cable conciliador entre Alfonso y Teresa, novios desde pequeños, que riñeron sin motivo justificado, y que, según informes fidedignos procedentes del Campo de San Rosendo, se habían sonreído dos veces la noche de San Juan? El primer teniente de alcalde obtuvo amplios poderes para intentar el arreglo. Exploró primero a Teresa, a Alfonso después. Les citó en su casa, les obsequió espléndido: les dio de beber algo más de la cuenta..., tiempo perdido: Alfonso y Teresa habían roto definitivamente sus relaciones. Y los días pasaban, y Penelón, rabioso, hablaba de tomar el auto y huir a otras tierras menos esquivas... El Ayuntamiento había hecho cuanto estaba en su mano: pavimentó de nuevo la acera frente al balcón de Josefina, para mayor comodidad del galán; prohibió, bajo severas sanciones, el tránsito rodado por la calle de San Pedro, donde vivía ella, de siete a nueve y de doce a dos, horas que Penelón dedicaba a su amor; trasladó a otro paraje un farol del alumbrado público, cuya luz indiscreta podía molestar a los novios; contrató una rondalla especializada en aires argentinos, que a la hora de la cena desgranaba las notas quejumbrosas del pericón, tan gratas para el adinerado mozo... Pero Penelón quería acompañar a Josefina, y Josefina no salía a la Alameda porque sus amigas la dejaban sola. El Ayuntamiento se declaró vencido, y una mañana, cuando ya había abandonado la esperanza de resolver el pavoroso conflicto, el alcalde supo que en Hoz, villa próxima a Ribanova, había una pareja muy amartelada... Inmediatamente, en unión de dos concejales, se trasladó a Hoz, conferenció con su colega hocense, llamaron a los novios, el alcalde de Ribanova les ofreció gratis viaje de ida y vuelta en coche particular, estancia en Ribanova en las mejores habitaciones del mejor hotel y una suma respetable con cargo al capítulo de imprevistos. Aceptaron los novios, vinieron a Ribanova, abandonó Josefina su forzada clausura, se casó medio año después, y ahí tiene usted nuestros cuatro grupos de escuelas, nuestro hospital prontas a terminarse las obras, nuestro desembarcadero en Dobre, debido todo a la munificencia de Penelón, hijo adoptivo de esta villa. El Ayuntamiento no olvidó las amarguras pasadas, y a fin de evitarlas en lo sucesivo adoptó dos acuerdos interesantes: uno, el de pedir la exención del recargo de soltería en la cédula para los muchachos que sostengan noviazgo oficialmente autorizado; otro, el de conceder a las parejas el disfrute gratuito de las sillas municipales que se colocan en la Alameda los días de música...

Romeira comentó luego tres pragmáticas vigentes sobre urbanidad deambulatoria: la de los varones graves, la de las niñas y la de los pollitos y pollitas en estado de merecer. Practicábanse en el paseo y entre los paseantes. Aplicaban la primera a los grupos de más de tres personas, y consistía en que el puesto preferente fuese ocupándose por turno riguroso; esto hacía precisos una serie de movimientos, esbozo de instrucción militar, vueltas a la derecha y a la izquierda, variaciones, avances y retrocesos calculados con arte exquisito, a fin de que la presidencia correspondiera, matemáticamente, al vocal de tanda. Sistema democrático, en el que recibíase esa cuasi magistratura popular según criterios de igualdad estricta, y que sólo suele imperar en los pueblos pequeños, donde

la reducida longitud del Cantón o la Alameda impone un constante ir y venir. Había, sin embargo, dos excepciones: una, la de los prohombres de prestigio, en especial forasteros, a quienes por atención obligada se defería siempre el lugar de en medio; otra, la de los que mantenían el peso de la plática o contaban algo que los demás oían con interés; en ambos casos quedaba en suspenso la rotación de costumbre. Y era frecuente las tardes de domingo, después de terminada la música, el ver desplomados en los bancos de la Alameda media docena de señorones que llevaban impresas en el rostro las angustias de un profundo trastorno estomacal, víctimas del inevitable mareo que producía la rigurosa etiqueta ribeiriana. Un farmacéutico inteligente inventó unas píldoras muy adecuadas al padecimiento. Las vendía en cajitas coquetonas, que ostentaban este título: «Gotas de cortesía», e hizo un gran negocio.

El sexo femenino gozaba de fuero privilegiado. Las muchachas, en grupos numerosos, que a veces cubrían el frente del paseo, y cogidas del brazo, no cambiaban nunca de puesto en la línea. Entre las mujeres de una misma clase adviértese, en ese sentido, la ausencia de jerarquías: las únicas que podrían invocarse, la de la belleza o la de la elegancia, son precisamente las únicas que no se reconocen. A pesar de las hipótesis de matriarcado original, todo induce a suponer que las ideas de mando y autoridad han nacido en cabeza masculina -parece excusado añadir que en la glosa política puso Romeira sus pecadoras manos.

La buena crianza deambulatoria, que en los varones graves descansaba en exigencias de rango social, en la relación de muchachas con muchachos obedecía a motivos muy diferentes. El galán que acompañase a Luisa, Juana, Antonia y Mercedes, si daba la primera vuelta al lado de Luisa, había de dar la segunda al lado de Mercedes; la tercera, junto a Luisa; la cuarta, cerca de Mercedes, y así sucesivamente, para no acusar nunca preferencias que colocaran a las otras nenas en situación de preferidas. El derecho de acompañar sólo a una era correlativo del deber de acompañar a una sola también. Ley de indiferencia y trato igual: mariposeo forzoso. De ahí el tremendo problema de los trámites preliminares del noviazgo, zona imprecisa donde la amistad empieza a obscurecerse y amanece el amor. El pretendiente, sujeto a la tortura del cambio, hilvana una conversación cortada cada cinco minutos y más parecida a un carteo que a un diálogo. Van del bracerero Luisa, Juana, Antonia, Mercedes, Concha y Maruja.

Al vidrio, Julián, aspirante a la linda mano de Maruja.

Primera vuelta: Julián, inmediato a Maruja, pondera con frase apasionada los sentimientos que le animan:

-Créeme, vidiña, que te quiero de veras. Nunca mujer alguna me ha llegado tan adentro como tú. Acreditan mi constancia...

Segunda vuelta: Julián ha tenido que mudar de compañera, le ha tocado en suerte Luisa. ¿Y qué le dice a Luisa? Habla del tiempo, de la música...

Tercera vuelta: Julián reanuda la plática:

-... acreditan mi constancia los hechos. ¿Cuántos años hace que vengo detrás de ti, Maruja? Eres muy desconfiada y nada justifica tus temores.

-Todos los hombres sois lo mismo, Julián. Pienso que...

Cuarta vuelta: otra vez Luisa. Variaciones sobre la banda y sobre el nordeste que sopla. Julián jura para sus adentros como un condenado.

Quinta vuelta: Maruja vacila antes de dar una contestación. Un poco de paciencia. ¿Qué prisa le corre el saber si...?

Sexta vuelta: ¡siempre Luisa!

Et sic de caeteris. Cuando el paseo acaba, Julián, en tres horas largas de acompañamiento, no ha logrado pelar la pava con Maruja cinco minutos seguidos.

En Ribanova los opositores a novios habían de educar sus nervios para saltar bruscamente desde la emoción intensa de un momento cálido que interesaba a una, hasta la insulsez de un comentario anodino que aburría a seis. Pero era sabia la costumbre del pueblo, porque aquellas preguntas y respuestas, interrumpidas en cada extremo de la Alameda, acrecentaban en los varones el anhelo del diálogo aparte y permanente. El que sufriese el noviciado sin desmayar ofrecía sobradas seguridades de firmeza.

-En fin -concluyó Romeira-, habrá visto usted que entre nosotros cuenta ya con secuaces el hábito estival de ir descubiertos. Sólo la muchachada ha jurado la nueva ordenanza: las personas mayores, fieles a la tradición, no salen a la calle sin sombrero. La línea divisoria del pasado y el presente comienza en los casados jóvenes, en quienes la seriedad del estado cohíbe un poco el desembarazo de la edad. Importaron la moda unos veraneantes, que acaso la aprendieron en la sierra castellana. Del señorío descendió pronto a las clases mercantiles, y del comercio al estado llano; sin embargo, el «demos» hállase todavía en período de evolución: aun no se ha aclimatado, y echa algo de menos la boina o el flexible. Claro, la inclinación ha venido a substituir al destocamiento, pero es difícil trazar una reverencia, curva atenta que debe andar tan lejos de la tiesura presumida como del rendimiento servil. Y advertirá usted, entre los dependientes y los obrerillos modernizados, el engorro del trance: dicen adiós, bosquejan un principio de saludo... y la mano, vencida por la fuerza de la costumbre, se eleva hasta la frente en un gesto semimilitar. ¡Qué quiere usted! No en balde hemos pasado siglos enteros creyendo que la educación exige que cuando dos personas conocidas se encuentran deben enseñarse la testa, en prenda de recíproca estimación y amistad. Aciertan, pues, los que opinan que la forma de las instituciones sociales debe operarse lentamente, siguiendo etapas graduadas. De hecho, durante el verano, en los pueblos de la costa, donde el sol no ofende, el cubrecabezas sirve sólo, por paradójico contraste, para descubrirse la cabeza. Sus dos finalidades, la útil y la protocolaria, abrigo y cortesía, quedan reducidas a una. El sombrero se lleva, sencillamente, para poderlo quitar.

En casa del coadjutor

Como todos los años, Pedroso, el coadjutor de Villasol, celebraba con un banquete la fiesta de Santiago, patrono del pueblo. Habían sido invitados el señor arcipreste, el señor cura de la Braña, el señor abad de Nobre, Juanón, Sueiro y José Luis.

Joven, coloradito, carirredondo, parapetados los ojos inquietos detrás de las gafas de oro, pulcro el traje talar, bien rasurada la mejilla, Pedroso atendía a los comensales con obsequiosa solicitud. Estaba la mesa dispuesta en el despacho, que abría sus balcones sobre la huerta de Norte. Dos centenares de volúmenes ponderaban el buen gusto del coadjutor. Coronando la librería, media docena de postales de Monteleido, donde el presbítero vallisolano había seguido sus estudios -el viejo maestro de Teología rodeado de sus discípulos predilectos, un grupo de escolares del segundo de Latín... Al lado de los recuerdos canónicos, algunos profanos: un retrato de Maura hablaba de antiguos fervores políticos; un tomo de semblanzas parlamentarias exhibía sus titulares llamativos; el lomo severo de los Ejercicios de San Ignacio era como un de profundis entre el pentagrama sonoro de las obras de Rubén, acaso más cerca de la mano que el Catecismo de San Pío V...

Vivía Pedrosa satisfecho de su señorío espiritual. A veces, en sus paseos solitarios a lo largo del muelle, permanecía horas enteras inmóvil, abstraído en la contemplación del pueblo. Villasol le ofrecía sus pardas casucas amontonadas. Dijérase que, constreñidas por la penuria del solar, se encaramaban unas sobre otras para mirarse mejor en el

espejo de la ría. Montecarlo silencioso y honesto, la mole del Gran Casino tendía sobre la villa su sombra tutelar... Pues todo aquello era suyo. La fuerza ata el derecho de ir y venir, el médico llega hasta la entraña, el afecto ahonda en el corazón, pero quedan siempre rincones escondidos, penumbras vergonzosas, escoria del alma, que sólo se criba en la rejilla del confesionario, cedazo de las conciencias.

Pedroso manejaba la pluma muy lindamente. Corresponsal y confesor a un tiempo, ejercía una doble jurisdicción de paradoja: la de la vanidad, que busca resonancias en la letra de molde, y la de la penitencia, que descansa en el sigilo sacramental; la de las cosas que queremos que sepan todos y la de las que no querríamos que supiera nadie...

Había terminado el yantar: paella monstruo, langosta después; finalmente, el clásico pastel de hojaldre, elaborado según fórmula culinaria que se transmitía de generación en generación y que el gremio de las cocineras villasolanas guardaba cuidadoso, bajo juramento nunca infringido, para admiración y envidia de los pueblos ribereños del Nova.

-¿Qué dice la milicia? -preguntó Sueiro cuando encendieron los cigarros.

-La milicia no dice nada -respondió Juanón-, y mientras no diga nada viviréis tranquilos.

-Cierto, señor capitán; desgraciadamente cierto -asintió Sueiro.

-¿Desgraciadamente? -hubo de protestar Juanón-. Por nosotros cobráis las rentas.

-Por nosotros cobráis el sueldo -replicó Sueiro.

-¡Ay de la tierra si el sable no ampara al labrador!

-¡Ay del cuartel si el surco no le da el pan!

Era la eterna disputa. Sueiro, propietario rural aficionado a la lectura, defendía tesis antimilitaristas, acaso más que por convicción sincera, porque, con ánimo avieso, se complacía en sacar de sus casillas a Juanón, viejo capitán retirado, entusiasta del ejército y fácil a la ira. En la Alameda, en el Casino, en la rebotica de Gala, no pasaba día sin que discutieran, entre bromas y pullas que degeneraban pronto en polémica ardorosa, y en más de una ocasión hubo que separarles. Cuando el tuteo acostumbrado, hijo del antiguo afecto que les enlazaba, cedía sitio al «usted» ceremonioso, los amigos, que sabían que el cambio de tratamiento precedía a la borrasca como el relámpago al trueno, preparaban la bandera del armisticio. Juanón y Sueiro se apreciaban de tú y se injuriaban de usted.

Aquella tarde Sueiro traía propósitos conciliadores. Iba a razonar. No quería que sus palabras fuesen lanza de torneo, sino blando instrumento de controversia. La presencia de José Luis era un estímulo y un freno.

-Los militares -empezó diciendo- hacéis las cosas mal desde un principio. A los dieciocho, a los veinte años, cuando todavía la ley común no os concede capacidad para gobernar vuestra propia vida, ponen en vuestras manos cincuenta vidas. El uniforme es un distintivo de clase propicio al engreimiento. Las estrellas dan harta publicidad al mando. Las categorías civiles, aun en la cumbre, son modestas: un catedrático, un magistrado, un médico, pasan inadvertidos en la calle: nada descubre su condición. Un oficial luce siempre en la bocamanga el signo de su grado. Los milites a sus órdenes le saludan, y esa manifestación externa y visible de poderío, que sólo a vosotros os está reservada, y que se traduce en el gesto obediente de la mano que sube hasta la boina o el ros, fortifica a diario vuestra íntima convicción de superioridad. Los paisanos os hemos en parte imitado, ¡lástima grande!: también nuestros uniformes llevan el aditamento de un arma. Las profesiones más pacíficas han creído indispensable, para prestigio del traje de ceremonia, la empuñadura de oro del sable o el espadín... Sólo dos autoridades han encontrado en sí mismas su propia fuerza, sin tangibles símbolos de coacción: el clero y la magistratura, el señorío del derecho y el señorío de la fe. Bien lo habéis comprendido

vosotros: vuestra familia no estuvo completa hasta el día en que organizasteis cuerpos mixtos, que esconden la tonsura debajo del casco y cuelgan un código del tahalí.

Juanón oía y callaba. Las teorías de Sueiro le cogían un poco de nuevas. Al combate de siempre, a base de artillería gruesa, había sucedido esta otra suerte de esgrima académica, florete demasiado fino para el viejo capitán.

-Vuestra jerarquía es de un materialismo deplorable -continuó Sueiro-. Depende del número: no de la calidad, sino de la cantidad prosaica. El capitán manda más hombres que el teniente, y el coronel más que el capitán. En vuestras filas desaparecen los matices: todos los soldados son iguales, con la semejanza externa del uniforme, con la interior semejanza de la disciplina. El espíritu castrense se expresa en una unidad seguida de muchos ceros: el espíritu civil quiere que haya muchas unidades independientes unas de otras, y estimular sus rasgos privativos, sus notas peculiares. A la voz del jefe, los regimientos marchan como un aparato de relojería, y el ciudadano, convertido en la pieza numerada de un organismo, adelanta y retrocede, apunta y dispara ciegamente, maquinalmente... Militarizar equivale a podar. Vuestras tijeras implacables van cortando ramas y brotes, hasta que la fronda varia y poliforme queda reducida a un tipo único, y los troncos pierden su calor de vida para adquirir la frialdad de una columnata de piedra. El bosque militar no tiene el perfume de los tallos en flor ni el regalo de la sombra...

Suspendió Sueiro la plática un segundo y humedeció sus labios en la copa de coñac. Pedroso hizo un expresivo guiño de ojos a José Luis. El coadjutor sentía como propias las glorias locales. «-Vea usted, señor madrileño, parecía decirle, que en este rincón de España también sabemos discurrir. ¿Qué creía usted? Pues espere, que todavía ha de escuchar cosas mejores.» Los curas convidados asistían al debate con una reposada suficiencia de tribunal. Ellos representaban una fuerza distinta de las dos en lucha. Su autoridad la traían de lo más remoto y de lo más alto...

-¡Qué satisfacción la vuestra -prosiguió Sueiro- cuando pensáis que sois los primeros servidores del Estado! ¿Y por qué los primeros? ¿Por qué arriesgáis la vida? Muchos la arriesgan: el médico, a la cabecera del enfermo; el químico, en el laboratorio; el minero, en la entraña del pozo... Cada uno a su manera, y dentro de su oficio, compromete la propia existencia, y en él la deja a menudo. El pelear diario no ocasiona menos bajas al ejército civil que a la milicia la guerra. Mas no podéis comprenderlo. En vuestras aulas respiráis un ambiente de gesta. Para vosotros, el pasado es un eco de aventuras gigantes, lejana sinfonía de clarines y tambores, y la Historia de España, la Historia de las Batallas de España, encuadrada en marco tejido con lanzas y escudos, arcabuces, cascos empenachados... A través del brillante aparato bélico que deslumbra los ojos y atruena los oídos, apenas advertís el ritmo fecundo y silencioso del trabajo civil. Inflamados en un fervor marcial, añoráis hazañas quiméricas que se fueron para no volver. Ningún servicio os parece comparable en dignidad y nobleza al servicio de las armas. Surge así la noción del honor militar, superior al honor de las otras clases, y representativo del decoro nacional. Las profesiones intelectuales, y mucho más las actividades mercantiles, ocupan un peldaño subalterno. Pero, ¿por qué ha de estar la patria simbolizada en el cuartel mejor que en la cátedra o en la Audiencia? La cotidiana abnegación escondida del paisanaje se aviene mal con vuestro temperamento. Los hombres que cifran su ilusión en la gallardía de un minuto temerario, en la fortuna de un arranque atrevido, en el denuedo, en el arrojo valiente, no sienten, no pueden sentir la gloria de nuestra pacífica laboriosidad obscura, horra de cruces y entorchados. ¡Oh, la paradoja de la paz armada! Como las guerras constituyen, afortunadamente, casos de excepción en la vida de los pueblos, la familia castrense ha de permanecer durante largos periodos en forzoso paro. Y cuando, sentados junto a la garita, en las horas

eternas de la guardia, presenciáis el desfile de los ciudadanos que acuden a la oficina, el comercio o la fábrica, en vuestros labios se dibuja una altiva sonrisa: «Nuestra aparente pasividad engaña -parecéis decirnos-. Con sólo existir obramos ya. No vale menos que nuestra actuación directa la certeza de que podemos actuar. Id y venid, dedicáos tranquilamente a vuestros menesteres burgueses; nosotros velamos». Y tendéis el amparo de vuestra mano protectora sobre el gentío que viste americana...

Al llegar aquí Sueiro, Juanón, que a duras penas se había contenido, le interrumpió con destempladas voces. ¿Qué insensateces eran aquellas y cómo habían hallado cobijo en un entendimiento equilibrado? Hay cosas que no se pueden discutir...

-La milicia entera habla así -le atajó Sueiro-: «hay cosas que no se pueden discutir». Como no debéis discutir las órdenes que os dan, no toleráis que discutan las que de vosotros parten. «¡Atrás, paisano!», gritan los centinelas. Tiempo perdido el del que intentase convencerles: son brazo y ejecutan. -«¡Atrás, paisano!» La bayoneta calada subraya, con expresivo gesto, la intimación...

-Pero, amigo Sueiro -dijo entonces Juanón, ansioso ya de poner los puntos sobre las íes-, olvidas que dentro y fuera del país existen factores de desorden, con los que ha de contar la más elemental previsión. Nadie está libre de una ofensa o un ataque injusto, y conviene prepararse a fin de que el momento de la lucha no nos coja inermes. El incendio de una casa es una contingencia poco apetecible: si sería inhumano el desearla, criminal sería también que, por juzgarla remota, nos cruzáramos de brazos y aguardásemos tranquilamente el siniestro para adoptar entonces las medidas propias del caso. Los vecinos que viesan destruidos sus ajuares y amenazadas sus vidas, ¿qué pensarían de las autoridades impotentes por abandono para socanalillo? ¿Y aun hay insensatos y envidiosos que contraería el Gobierno que dejase desguarnecidas las fronteras, a merced del primer invasor?

-Esperaba la objeción, señor capitán -contestó Sueiro-. El miedo al enemigo nos llevó a organizaros a vosotros; el miedo subsiste, y, además, un nuevo temor ha venido a unirse al que ya abrigáramos: el temor de vosotros. El enemigo interior o exterior constituye una posibilidad que acaso no llegue nunca: vosotros sois una realidad. Y vaya por el símil de los bomberos... ¿Quieres que admita que estáis llamados a apagar el fuego de la revolución o la guerra? Admitido; pero dime si cometido de esa naturaleza debe ocupar puesto preferente, o ha de amoldarse a su condición secundaria. ¿Qué juzgaríamos del Municipio que invirtiera la mejor parte de sus recursos en la adquisición de bombas y escalas de salvamento, con daño de los menesteres de instrucción y asistencia, agua y mercados, y luz e higiene, y que colocara los jefes de parque por encima de los maestros, los médicos, los ingenieros y los letrados municipales? Pues aplícate el cuento.

-El honor de los pueblos exige sacrificios...

-Indudablemente; lo que importa es señalar dónde radica el verdadero honor. Yo nunca he reñido con nadie. No abrigo ánimo de pelea. La miseria, la incultura, la ignorancia de mis derechos y deberes ciudadanos, me avergonzarían: mi flaqueza física no tiene por qué avergonzarme. A puñetazos cualquiera podría conmigo; pero, ¡pobre de mí si hiciese yo descansar en la fuerza bruta mi propia dignidad! Vale más cultivar la inteligencia y educar los sentimientos que robustecer el bíceps...

-Muy bonito -saltó Juanón-, y si mañana ultrajan nuestra bandera o nos arrebatan una zona de nuestro territorio, contestaremos al ataque con trozos escogidos de literatura o máximas de moral.

-Nada de eso; nos defenderemos como se defendería un hombre pacífico víctima de un atentado a su persona o bienes; nos defenderíamos como pueblo, que hoy son los pueblos, no los ejércitos, los que guerrear.

-E improvisaríais todo: desde la instrucción militar a los carros de asalto, desde los toques de corneta a las fábricas de municiones, y de la noche a la mañana, en veinticuatro horas, por arte de birlibirloque...

-¡Qué tontería! Sobre los cuadros formados ya.

-¡Ah, de modo que reconoces la conveniencia de una organización militar permanente donde vaya forjándose el ejército!...

-La reconozco, pero como un mal menor. Por eso quiero reducirlo, en cantidad, al mínimo compatible con nuestras necesidades, bien menguadas, y en categoría, a su rango accesorio. Por eso me duele que absorba nuestra savia mejor y reciba ese año de privilegio. Por eso, y porque creo que sus modos y su temperamento constituyen un contrasentido en el siglo de ahora, apetezco otros tiempos en los cuales podamos vernos libres de su pesadumbre, y, entretanto, transigiré siempre que le sepa subordinado y advertido de su significación verdadera.

Tocole entonces el turno a Juanón y fue recogiendo los alegatos de Sueiro. ¡La igualdad! Acaso era el primero de los valores militares. Ninguna democracia comparable con la del servicio obligatorio; acaban allí todas las diferencias de clase: el millonario arriesga la piel como el desheredado de la fortuna, come el mismo pan y se pudre en el campo de batalla debajo de una cruz de madera que sólo recuerda un nombre o una cifra, cuando no le sepultan en el montón anónimo de los ignorados, sin mármoles ni bronces. ¡Demasiado jóvenes los oficiales! La milicia pide carne temprana, porque es dama ardiente, y soltería, porque es celosa. Los hombres maduros no podrían resistir sus caricias agotadoras, ni sienten la generosidad del sacrificio, que se hospeda mejor en un corazón de veinte años que en los que han doblado ya la pendiente de la vida. ¡Monopolio del decoro nacional! No; representación legítima y autorizada. Los cañones siguen siendo el último porqué de los príncipes: Juanón lo sabía decir en latín, pero no se atrevía delante de los curas. El más sabio, el más noble, el más respetable de los varones, si no repele por la fuerza una agresión injusta, sufre en su dignidad. La tradición caballeresca del honor perdura todavía: también los paisanos, para dirimir sus enojos, acuden al duelo. Llega un momento en el que las palabras no borran las palabras, ni los Tribunales alivian el dolor de una ofensa: sólo la sangre lava... Pues si así obran los individuos, cosa análoga han de practicar las naciones, que no son más que grupos humanos, y la suprema encarnación del prestigio y la buena fama públicos descansará en el elemento armado, al que en definitiva corresponde vengar los agravios que se nos infieran. ¡Inerme la iglesia! ¿Y qué pena podría codearse con la del fuego eterno? ¡Inerme la justicia! ¿Qué sería de sus fallos si el ejército no le guardase las espaldas? Además, Juanón, que había sido jurado, había oído hablar muchas veces de la espada de la ley...

-¡Jerarquías materializadas! Como las vuestras, señor mío, como las vuestras -resoplaba el capitán, enrojecido por el esfuerzo oratorio, de pie ya, en alto los puños amenazadores-. El gobernador manda más hombres que el alcalde y el ministro más que el gobernador; con obispos y curas pasados cuartos de lo mismo. Y eso de que nosotros nos complacemos en podar... ¡qué hemos de podar! Muy al contrario, injertamos estímulos de superación, recordamos a los ciudadanos que son iguales todos, porque todos son hijos de la misma patria, les imbuimos la noción del deber abnegado, les hacemos copartícipes de la gloria común. ¡Que no trabajamos los militares! ¿Y qué trabajan los chupatintas de los Ministerios? ¿Y qué trabaja usted, señor propietario -al oír el «usted», Pedroso y los curas se miraron con inquietud-, qué hace usted sino pasear, darse buena vida, dormir la siesta reposadamente, fumar ricos habanos y perder las horas en el Casino jugando al tute? ¿Y por qué ha de atribuirse «usted» -y Juanón recalcó el tratamiento como si fuese una injuria- mejor derecho que nosotros al

descanso? ¡Ignorancia atrevida! Sólo los que han estado en el cuartel conocen los múltiples cuidados que exige un organismo tan complejo. ¡Ah, ingratos, cien veces ingratos! Será falsa nuestra estructura, como aseguran ustedes, los intelectuales de ría adentro, pero anda, que la de los propietarios... Al fin y al cabo, nosotros poseemos la fuerza, base bien sólida, y vosotros sólo tenéis un pedazo de papel que se rompe en dos pedazos, y sanseacabó. Nosotros, mientras nos mantengamos en guardia, atentos a defender el orden y la paz, no causamos daño a nadie, mientras que vosotros, con existir nada más, ya suponéis una tremenda injusticia: la injusticia del que triunfa a costa del sudor ajeno. El monopolio intolerable es el vuestro, el de la tierra, que transmitís de generación en generación por la magia artificiosa de cuatro palabras dichas ante un notario...

El debate duró aún media hora larga, y ya había habido escaramuzas serias -«¡tenga usted cuidado con lo que habla!», «¡eso no se lo consiento!», «¡como siga usted por ese camino, acabaremos mal!»- y hasta disparos de grueso calibre -«¡militarote!», «¡palurdo!»- cuando se oyó una voz de mujer en la calle:

-¡Señor Sueiro, señor Sueiro!

-¿Qué pasa? -respondió el aludido asomándose al balcón.

-Que don Arturo le llama.

Sueiro se despidió apresuradamente de los contertulios, dirigió a Juanón un despreciativo encogimiento de hombros, y emprendió a paso ligero el camino de su casa. Le siguieron todos, disuelta la reunión, que Dios sabe cómo habría terminado sin el oportuno mutis de uno de los rivales.

Minutos después bajaba José Luis al muelle, en compañía de Pedroso. José Luis pidió detalles de Sueiro: había asistido a la controversia con sincero interés, y acaso sus ideas se hallaban más próximas a las de Sueiro que a las de Juanón. Pedroso satisfizo cumplidamente la curiosidad del forastero. Luis Sueiro habitaba el palacio de Landrove, la mejor finca en muchas lenguas a la redonda. Perteneía a una de las familias más rancias del país, a la que las guerras coloniales dejaron malparadas, y, por fueros de su mocedad arrogante y de sus blasones, había cautivado a Mariuca Sor, linda rapaza dueña de medio pueblo. Sueiro alcanzó el bienestar que había apetecido, pero acaso no era feliz. Una sombra se cernía sobre el matrimonio: la del suegro, setentón de carácter irascible, que ejercía una autoridad despótica sobre cuantos le rodeaban y que tenía en sus manos el máximo argumento para Sueiro: la llave de la gaveta.

-¿Y quién es el suegro?

-Don Arturo Sor, coronel retirado de caballería.

Rivalidades

Carretera arriba, hacia Monteleido, orilla del mar, el Club Ribeiriano tenía su campo de deportes. ¡Qué fiebre futbolística la de los primeros años! El pueblo en masa iba a los partidos, se discutían apasionadamente los tantos y cada jugador contaba con un grupo de incondicionales, que le animaba en la pelea y aplaudía el ataque afortunado o la defensa eficaz.

De Cavia, de Barca, de Adegá, de Augusta, de todas las villas y lugares enclavados en cien kilómetros a la redonda, acudían teams de amateurs a disputarse la copa ribeiriana, y, acompañando a los equipos, parientes, amigos y partidarios. No luchaban el Cavia F. C. y el Ribanova F. C.: luchaba Cavia contra Ribanova. Para las viejas rivalidades pueblerinas, el match era un argumento, y el arma litigiosa -la patada- propia cual otra ninguna. La prensa local supo recoger estado de opinión tan unánime, y semanalmente dedicaba columnas de maciza prosa a comentar las incidencias del noble deporte.

Así surgieron nuevos grados en el escalafón de la juventud masculina -guardametas, delanteros, jueces de campo-, y esas extremidades del cuerpo humano que empiezan en la rodilla y acaban en el pie, y que antes sólo padecían callos, sabañones y servidumbre de limpieza, suponían ahora una incalculable suma de valores materiales y espirituales. La avería de un peroné desvelaba a dos mil almas, y para remediar las consecuencias de una fractura de rótula se reunía el Ayuntamiento en pleno en sesión extraordinaria. También Ribanova, muy chapada a la antigua, muy tradicional, levantó altares a la bárbara diosa, y, sin duda por preceptos de reciprocidad, las muchachas empezaron a devolver a los muchachos el culto que los hombres vienen rindiéndolas desde la época lejana de Eva curiosa y Adán condescendiente: el culto a las pantorrillas.

El tecnicismo del balompié sufría graciosas metamorfosis en labios de los rapaces aspirantes a jugadores. La pelota lanzada a orillas del Tamesis llegaba a las del Nova tan desteñida y arrugada por la larga travesía, que ni sus propios padres la conocieran. Jerigonza original, mezcla de inglés y gallego, que a Shakespeare le daría espanto y «nox» a Curros Enríquez:

-Metéronlle catro goles, e si non lles fixeron mais, foi porqu'o referi non quixo...
¡Cómo chutaron os nosos dianteiros! Y eso que o xuez pitou un corne indebidamente...

Las nuevas costumbres pedían nuevos lugares de reunión. Hasta entonces, la rebotica y el casino habían sido el centro de los grupos locales, y entre chasquidos de bolas de billar y manipulaciones de mancebos de farmacia se ventilaban los grandes problemas. Pero el football trajo aires de modernismo. Juego al aire libre, hubo de repugnar la atmósfera de la tertulia, impregnada de humo de tabaco, y el vaho enfermizo de las drogas medicinales, y pronto un bar abrió sus puertas, en plena Alameda, frente al Cantón solitario.

¡Un bar en Ribanova, un bar para consumir de prisa y corriendo la cerveza o el moka, allí, donde todo el mundo anda despacio! ¡Un bar, que dice movimiento, vida agitada, actividad, allí, donde la apatía tomó carta de naturaleza! Pues a tanto se atreviera un ribeiriano insigne: Romeo.

Romeo era chato y malicioso. Tenía el rostro encendido de color, grande la boca y llena de burlas, un nombre sentimental, como una veta de romanticismo en su espíritu práctico, y una imaginación ardiente de innovador: acaso por eso servía los refrescos templados. El bar mereció un título sugerente: Quitapesares. El hombre y el establecimiento se completaban: en los dos había tienda, trastienda, almacén y sótano.

Como el calor dilata los cuerpos, durante el verano el bar extendía fuera de los soportales las avanzadas de sus mesillas de hierro y mármol y sus sillones de mimbre, forma de imperialismo que distingue al gremio y que se traduce en una progresión lenta pero continua de su zona de influencia.

El bar hubo de olvidar pronto su dinamismo racial para entumecerse en la pereza cafeteril. Fue algo más que café y algo menos que casino: un casino de socios transeúntes, unidos apenas por la consumición; un café sin los clásicos divanes, sin los eternos parroquianos inamovibles. Bajo su techo buscó refugio el «once» ribeiriano.

Ni Villasol ni Nogueiras disponían de equipo propio; Adegas, sí, y el recelo secular con que se miraban Adegas y Ribanova encontró un aliciente considerable en la pugna deportiva. Alguna vez la Guardia Civil hubo de poner paz entre los dos bandos, que acostumbraban echar mano de los puños para decidir en apelación lo que dejaron pendiente los pies en primera instancia.

El bar hervía de aficionados las tardes de partido. Horas antes de la señalada, comenzaba la peregrinación hacia el campo. Una docena de autos particulares, índice de la riqueza de Ribanova, iban y venían, muy atareados en el trajín del acarreo. Pasaban los coches de línea, pesados, trepidantes, envueltos en nubes de polvo, haciendo sonar la

sirena. Las mamás, poco amigas del sport, veían desde los balcones el ruidoso desfile. El pueblo quedaba más triste, más callado que nunca, con el recuerdo del bullicio que durante unos minutos alegró las rúas muertas.

Los jugadores locales recibían alientos del público amigo:

-¡O qué é hoxe non van facer nin medio gol!

- Tú, «Correcás», abre o ollo, que levas enfrente a Prietín.

-¡Xa podes darlle ben ás pernas, Manoel!

El gritar de las mujeres delataba las incidencias del juego -el chillido penetrante de los momentos de apuro, cuando la pelota caía cerca de la red; el «¡anda, rapás, qué pra ti!», cuando un delantero local amagaba la puerta indefensa del contrario; el alborozo con que se coreaba cada uno de los tantos de ventaja; el silencio lleno de emoción que precedía a las jugadas decisivas...

Apenas terminado el segundo tiempo, en los casos venturosos, coches y bicicletas transmitían al pueblo el resultado.

-¡Tres a uno! -voceaban sin detenerse los veloces noticieros a cuantos pedían detalles.

-¡Tres a uno, les hemos ganado por tres a uno! -repetían los vecinos. La noticia subía hasta las cúpulas rosadas del Palacio de la Alameda y bajaba hasta el puerto, donde la esperaban los carabineros y los hombres de mar, sentados en el muelle, con los pies colgando sobre el agua. El estampido de una docena de bombas de palenque la trasladaba a Adegá, el pueblo rival, y la ría entera, desde las Carrayas al Puente, sabía a los cinco minutos el éxito ribeiriano. Luego, el baile en la Tertulia, y la despedida de los vencidos, que marchaban foscos, abrumados por la derrota, y que, aun antes de salir de Ribanova, ya empezaban a echarse en cara unos a otros la culpa del fracaso y discutían a gritos dentro del auto que les conducía, convertido en ambulante salón de sesiones.

Durante largos meses, el triunfo logrado envolvía, como una aureola invisible, a los jugadores locales. Al paso de «Cativo», as de las defensas ribeirianas, los chiquillos aprendices de balompié comentaban:

-Ese foi o que lles fixo os tres goles seguidos.

-¡Non home, non, que foi Roberto!

-¡Qué Roberto! «Cativo», e nada mais que «Cativo», que pode él solo tanto como todos xuntos.

Y contemplaban con admiración devota el robusto pie y la pantorrilla valiente, firmes cimientos del honor ribeiriano...

Adegá, perdidosa siempre, halló pronto un consuelo de sus reveses deportivos y un motivo más de codeo con Ribanova: el teléfono urbano.

En las grandes poblaciones, el teléfono se usa para salvar las distancias; en Adegá se usaba para todo lo contrario: para «crear» distancias. Adegá cabía en la palma de la mano, y esta su pequeñez lastimaba el orgullo local. Los adagueños querían que el pueblo en que nacieron superase en magnitud a las primeras capitales del reino, y que contara por centenares de miles sus moradores y su perímetro por docenas de kilómetros. Y mientras no lograban trocar en realidades sus sueños, hablan buscado en el teléfono un alivio. La voz próxima parece lejana en el micrófono. Hablad a vuestro vecino y juraréis que os contesta desde un remoto paraje. Así, cuando los adagueños hacían girar la manivela, para ponerse en comunicación con un abonado, creían firmemente que les separaban de él veinte barrios y treinta plazas, y que sólo gracias al maravilloso invento podían escucharle. Y esta creencia puramente imaginativa, esta ilusión de dimensiones que únicamente existían en el buen deseo, les llenaba de gozo.

A veces, por encima del tácito convencionalismo, la verdad imponía sus fueros...

-¡Carmiña, Carmiña! -gritaba Maruja, asomada al balcón de su casa del muelle.

-¿Qué quieres? -respondía Carmiña abriendo sus ventanas en el Cantón, al extremo opuesto de Adegá.

-Que estés al cuidado, porque voy a llamarte al teléfono.

Don Juan Manuel Nogueiras, ilustre adegueño, lo utilizaba a toda hora. Frente a su palacio, en el callejón de las Ánimas, que no medía arriba de dos metros de anchura, vivía su hermano Pedro. A don Juan Manuel jamás se le ocurrió dirigirle la palabra de ventana a ventana. Bien que se proceda de tal modo en las aldeíllas y en las ciudades de poco más o menos, pero ¡en Adegá! En Adegá, no. La dignidad de Adegá exigía otra conducta. Y don Juan Manuel, con la naturalidad del habitante de un centro populoso, daba vueltas al manubrio avisador y pedía:

-Señorita, el siete, tenga la bondad...

Diez minutos después:

-Oye, Pedro, como ya sabes que me gusta aprovechar el tiempo, te telefono para decirte... Don Juan Manuel era aquel claro varón que enfocaba del revés los anteojos de largo alcance. Así, en vez de acercar las imágenes, las veía muy lontanas, empequeñecidas por la inversión del mecanismo óptico:

-¡Qué hermosura de ría! -exclamaba, contemplando la del Nova, reducida en Adegá a modesto aseguran que de Vigo es mayor... ¡Sí, sí, mayor! Pues cuidado que afino los gemelos y, sin embargo, nunca consigo apreciar bien lo que sucede en la otra orilla...

Don Juan Manuel fue nombrado hijo predilecto de Adegá.

La superioridad de Ribanova, harto elocuente, hería susceptibilidades siempre despiertas. Sede de dignatarios civiles, fiscales, militares y eclesiásticos, cabeza de ferrocarril, puerto de importancia, consolidaba, además, el rango de Ribanova una costumbre, de luengos años practicada. El día de Santiago, patrono de Villasol; el día de la Virgen de Agosto, patrona de Adegá, y el día de San Román, patrono de Nogueiras, Ribanova entero se trasladaba a Nogueiras, Adegá y Villasol, respectivamente, y hacía la fiesta y ocupaba el paseo, que le dejaban libre los villasolanos, los adegueños y los noguerenses. ¿Cortesía para el forastero? No, mejor acaso, homenaje debido al gran señor...

¿Cómo no habían de mantenerse en perenne rivalidad? Poned cuatro ciudades mirándose frente a frente a toda hora, y acabarán odiándose. Los pueblos, igual que los hombres, son menos malos cuando viven solos. Vecindad equivale a enemistad.

Ribanova y Nogueiras, Adegá y Villasol llevan así una docena de siglos, separados que no unidos por el Nova. Y no se quieren. Si la ría supiera hablar nos contaría sus peleas continuas, y la lluvia de improperios que se lanzan de torre a torre y que rizan levemente las aguas, como un viento de cólera...

LA TORRE DE RIBANOVA.- ¡Eh, tú, vieja, que nos vas a quitar el sueño! Vaya un concierto de campana. Y que suena a cascajo que es un gusto.

LA TORRE DE NOGUERAS.- Cada uno toca lo que le pide el cuerpo, ¿estamos? ¡Que suena a cascajo la campana mía! ¿Y de qué presumes tú, jorobeta?

LA TORRE DE RIBANOVA.- Yo tengo un reloj que da las horas, las medias y los cuartos: el reloj más bonito de la ría.

LA TORRE DE VILLASOL.- Ya vino la orgullosa a restregarnos por las narices su reloj. ¡Habrás visto tontería igual! Y qué molesto es que le digan a uno, cada quince minutos: ¡la una!; ¡la una y cuarto!; ¡la una y media!; ¡las dos menos cuarto!... Y que se lo digan a uno a voz en grito para que se entere... ¡A mí qué me importa la hora en que vivo! Guárdate tu despertador, que no nos hace maldita la falta.

LA TORRE DE RIBANOVA.- ¡Ah! Pero, ¿nos escuchabas tú? Como te pasas durmiendo los doce meses del año... Buenas noches, ¿has descansado bien? ¿Y qué tal te va con los zapatos nuevos?

LA TORRE DE VILLASOL.- Búrlate, pero ya querrías tú disfrutar de un muelle parecido al mío.

LA TORRE DE NOGUERAS.- ¡Taday con tu muelle! No lleva dos años de uso, y ya le entra la humedad por la suela. Dentro de poco habrá que llamar al ingeniero para que te componga el calzado.

LA TORRE DE VILLASOL.- ¡Mira quién habla, la alpargatera! Yo no pido lujos, pero decoro, sí; y eso de ir enseñando las uñas de los pies como algunas señoritingas...

LA TORRE DE ADEGA.- ¡Vamos, vamos, que no vale la pena de reñir! Reparen vuestras mercedes un segundo en este rinconcito, y aprendan.

LA TORRE DE NOGUERAS.- ¡Hasta los gatos!... Oye, niña, respeta a las personas mayores, y no chilles tanto, que no somos sordas. ¿Te has lavado la cara? Andas siempre con tanta escasez de agua...

LA TORRE DE ADEGA.- ¡Escasa de agua! Pues, ¿y de dónde viene la que tú bebes, si no de mí? ¿Y qué sería de vosotros si yo un día me incomodase?

LA TORRE DE VILLASOL.- ¡Cotorras, más que cotorras! La culpa es mía. Un hombre como yo no ha debido acercarse al lado de tres porteras ineducadas. ¡Todas las mujeres sois iguales!

LA TORRE DE RIBANOVA.- Iguales, no, señor Villasol. Existen ciertas preferencias... Ya nos hemos enterado... Que sea enhorabuena...

LA TORRE DE VILLASOL.- ¡Qué preferencias, ni qué ocho cuartos! ¿Y de qué te has enterado tú, mala lengua?

LA TORRE DE RIBANOVA.- Nos hemos enterado de los escándalos que ocurren, señor mío. ¿Dónde ha dejado usted la vergüenza? ¿Cree usted que no sabemos que por las noches, cuando falta la luna, busca usted con el pie, debajo del agua, la alpargata de Nogueras, y se arrullan ustedes, muy quietecitos y poniendo cara de infelices?

LA TORRE DE NOGUERAS.- ¡Envidiosa!

LA TORRE DE VILLASOL.- ¡Calumnia infame! Yo soy un hombre formal, y no salgo nunca después de cenar, porque el reuma no me lo permite.

LA TORRE DE NOGUERAS.- ¡Envidia, siempre la envidia, que te quita el sueño!

LA TORRE DE RIBANOVA.- La verdad, la verdad pura, y al que le pique, que se rasque.

LA RÍA.- ¡Otra, y van!... Y pensar que mi corriente tiene fama de murmuradora... ¡Ea, se acabó! Si no guardan ustedes silencio...

LA TORRE DE RIBANOVA.- ¿Quién te ha dado vela en este entierro? Anda, límpiame la dársena, que está bastante sucia.

LA TORRE DE VILLASOL.- Tú, a llevar a cuestras barcos y botes, que es tu obligación, y a callar.

LA TORRE DE NOGUERAS.- ¡La atrevida esta! Una mujer soltera como tú, que recibe en su casa al mar, y públicamente, dos veces cada día...

LA RÍA.- ¿Insultos ahora, eh? Pero cuando se me hinchan las narices y os sacudo un par de golpes, bien suavécitas os ponéis.

LA TORRE DE RIBANOVA.- ¡Anda, trae la escoba, y a barrer, barrendera!

LA TORRE DE VILLASOL.- ¡Hala, hala, carga con ese barlote mío, y a trabajar!

LA TORRE DE NOGUERAS.- ¡Cochina!

LA RÍA.- ¡Rayas y centellas, ya os diría yo si no temiera perder el curso! ¿No hay quien asegure el orden aquí? ¡Serenol! ¡Serenooo!!

EL PARO.- (Con voz lejana, desde la entrada del puerto.) ¡Allá voy!...

El ferrocarril que murió

Están los rieles enmohecidos. Las máquinas duermen en el depósito, extintos los fuegos, sin aliento la garganta sonora del silbato, laxo el bíceps de las bielas. Las taquillas del despacho de billetes abren sus bocas en un bostezo interminable. Rosarios de vagonetas aguardan en vano que vuelva el mineral a ennegrecer sus tolvas. La lluvia ha desteñido los letreros indicadores: «Jefe», «Telégrafo», «Intervención». En la sala de espera no espera nadie... Al soplo del nordeste, la campana del andén vibra en largos tañidos, como si tocase a muerto. Las traviesas desaparecen debajo de una alfombra de verdor que festonea el balasto. En el disco de señales, detrás de los vidrios verde y rojo, gafas que usa la estación para otear la línea, hizo un pájaro su nido: temblor de alas en las cuencas vacías. «Horas de llegada y salida de los trenes», se lee en un encerado; y ningún tren llega, y ningún tren sale... Soledad y silencio de camposanto. Nichos parecen las ventanillas de los coches de viajeros. Y una cruz el semáforo.

En una vía apartada han quedado tres vagones: uno de primera; otro de segunda, y otro de tercera. Son los que formaron el último convoy que circuló entre Ribanova y Puertocid. Los tres conversan animadamente: el «primera» lleva la voz cantante, por motivos fáciles de comprender. Un rígido criterio de categoría ha presidido siempre el escalafón ferroviario: ¡allí sí que hay clases! El rápido tiene para el correo una sonrisa desdeñosa, y el correo se burla del mercancías mirándole por encima del furgón de cola. Dentro de cada tren los coches mantienen con rigor grande las distancias de etiqueta: ningún protocolo iguala en severidad al del camino de hierro. No han faltado intentos de concordia; verbigracia, los coches mixtos de primera y tercera; pero no han sido eficaces. Los «terceras» les llaman amarillos; los «primeras», populacheros. Algo análogo dicen que les ha ocurrido a los sindicatos mixtos de obreros y patronos...

Y a nuestro asunto. El «primera», en cesantía forzosa por paralización del servicio, es demócrata y trata con llaneza a sus inferiores. Oigámosles. Hablan unos vagones viejos, que saben mucho porque han rodado mucho. Plática llena de la melancolía del recuerdo...

-¡Ay, los años de nuestra juventud! -suspira el «primera»-. Yo estrené entonces mi traje de terciopelo rojo.

-Y yo mi capa de paño azul -dice el «segunda».

-Y yo mis asientos de barnizado pino -añade el «tercera».

-¡Qué alegres nuestras mañanas, camino de Puertocid! -prosigue el «primera»-. Como plata brillaban los carriles al beso del sol. El paisaje nos brindaba el milagro de su hermosura, renovada sin cesar. ¡Qué bello cuadro el de Villavieja!

-¡Y el túnel de Gomar!

-¡Y el puente sobre el Nova!

-Nos daba Villavieja el verdor de sus prados florecidos.

-¡Montaña de Gomar, llorosa siempre! A través de la bóveda del túnel, sus lágrimas caían gota a gota. Lloraban sin consuelo el bien perdido, su doncellez de roca inmaculada que los hombres, impúdicos, rasgaron...

-Y el puente sobre el Nova, abiertas las pupilas de granito, nos vio pasar mil veces: tal una boa negra de ruidosos anillos ondulantes...

(En la penumbra de los departamentos el pasado se proyecta con cegadora luz. Los vagones se sienten estremecidos por una ilusión de vida; vuelven a girar veloces las ruedas que el moho agarrotó, tiemblan los vidrios en sus marcos inseguros y ondean las cortinillas al viento de la marcha, como una banderola...)

-¡Aquella máquina! -exclama el «primera», después de un silencio.

¿La «Concha»? -inquire el «segunda».

-Sí, la «Concha». Nunca ojos de vagón enamoradizo pudieron admirar otra más guapa. ¡Qué formas tan elegantes las de su cuerpo y qué clamor el de su sirena, que despertaba los ecos dormidos! Era fuerte y ágil. El gozo de correr le reventaba por las nervaduras de la caldera, y corría, corría, envuelta en blanco velo de vapor, su velo de novia, despeinada la melena de humo... Tuve la suerte de que me pusieran a su lado. Tope con tope, llegaba hasta mí el fuego de su carne, el jadear de su robusto pecho, la gigante energía de sus cilindros. Cadena de flores me pareció la de hierro que nos enlazaba y música la de sus eslabones, que en el vaivén del convoy batían unos contra otros. Hasta que una noche, por mirarse vanidosa en el espejo de la ría, dio un salto loco y se lanzó al abismo. Rotos los enganches, quedé yo a caballo en el pretil, vencido ya del juego delantero. Quise seguirla; vosotros me lo impedisteis. Y la vi morir. Hubo un hervor de ondas sobre las planchas al rojo, un silbo de agonía hendió los aires. Después, nada: las aguas reanudaron su curso; en lo hondo, cubierta de fango, inmóvil para siempre, yace mi amada desde entonces. Ribanova nos mandó un tren de socorro. Los hombres se pusieron a la obra y fue difícil el encajarme de nuevo en los rieles... - ¡Diablo de coche, cómo le tira el mar! -dijo uno de los obreros, secándose la frente sudorosa... El primer rayo de sol hirió mis cristales: un vaho de humedad los cubría. -¡El relente de la noche! -explicó alguien. No, no era el relente: eran lágrimas.

Calló el «primera», y sus camaradas callaron también, conmovidos.

-¡Cosas del mundo! -comentó el «segunda»-. ¡Animo, señor «primera», ánimo! Todos hemos sufrido nuestras penas. Nuestro destino de vagones consiste en enamorarnos de las locomotoras. Los hombres aseguran gravemente que las mujeres les arrastran..., ¡qué saben ellos de eso! Que nos lo pregunten a nosotros... Y menos mal cuando los hijos no se malogran. ¡Cuántos disgustos me han dado los míos! Por ahí anda una de mis vagonetas, una desvergonzada, que se escapó con un furgón de equipajes y que todavía no ha vuelto. He de matarla a golpes. ¡Si su abuelo se entera!...

-¿Pero aún vive el abuelo? -preguntó el «tercera».

-Sí, está -de «vagón-restaurant», en el sudexpreso. Es baturro de nacimiento, y a mucha honra, y le molesta llevar un nombre de extranjis. «Escribidme siempre: "Coche-comedor", nos recomienda en sus cartas. A español le ganan pocos, y a bien educado, ninguno. Se codea con lo mejorcito de la sociedad -coches-salones, coches-camas... Yo le encontré un día. -Adiós, abuelo! -le dije. -¡Adiós, hijo mío! -me contestó-; pórtate bien, y no descarriles nunca. No olvides que perteneces a una familia honrada-. Y desapareció de mi vista... El «primera», con acento velado todavía, murmuró:

-Perdonad que os interrumpa: ¿en qué fecha estamos?

-A veinticuatro de julio, víspera de Santiago.

-¡Víspera de Santiago! -repitió el «primera», y el tono de su voz se hizo más grave-. ¿No recordáis otro tiempo?...

-¡No hemos de recordar! -repuso el «tercera». Dos trenes especiales salían de Ribanova: uno por la mañana, el del estado llano; otro por la tarde, el de la burguesía. Cantaban todos los viajeros al ir y al volver. ¡Y qué canciones! Seguro que a usted le gustaban, señor «primera».

-Sí que me gustaban, porque eran canciones tristes, de amoríos desgraciados, y como hechas para mi infortunio.

-Los señores -continuó el «tercera»- honraban la humildad de mis bancos, que nunca conocieron lujos de tapicería: pasajeros distinguidos, halagos de mi orgullo. ¡Qué diferencia entre los huéspedes habituales y aquellos de unas horas! A gloria olían las rapazas, bonitas como un sol, y yo, acostumbrado a las zuecas, me derretía de gozo bajo el lindo pie cautivo en la cárcel del zapato. Durante unos momentos hartos breves, mi mundo, el mundo de la pobreza trabajadora, cedía su sitio a otro mundo, el de la

holganza rica, y las angustias del labrador, el llanto por la vaca enferma, la queja del contribuyente agobiado, eterna canción de ruta, dejaban de atormentarme el oído, feliz entonces con el regalo de mil risueñas frivolidades.

-En cambio, yo -dijo el «primera»- habría dado algo bueno por variar de compañía. Llevaba cinco lustros acarreado gente hidalga, y me tenía ya harto tanta finura, tanta cortesía, tanto palabreo hipócrita: señores que besan los pies, señoras que besan la mano, niñas que se besan en los carrillos, pollos «bien»... Porque no hay clases: os lo asegura un vagón viejo, que ha corrido algo de mundo. La hora de la verdad es la del sueño. Se quiebran entonces los convencionalismos que durante la vigilia mienten una ilusión de rango, y los hombres, libres del disfraz, aparecen iguales todos en la grosera democracia humana, que no admite peldaños ni jerarquías. Yo he visto florecer el bostezo en la boquitas tentadoras, y cómo acaban en lacios mechones los rizos artificiales y en abandonos antiestéticos la eurtimia del busto. ¡Oh, creedme que los títulos de Castilla roncan lo mismo que la plebe: puedo jurarlo! La gran dama y la «canóniga» coinciden en el gesto estúpido del despertar, en la gimnasia sueca del desperezo, en los ineludibles imperativos corporales... Y el desaliño que sucede a una noche de tren se compagina mejor con la natural desenvoltura de los pobres que con la elegancia relamida de los adinerados.

-¡Pues compadecedme, camaradas! -suplicó el «segunda»-. Yo junto los inconvenientes de vuestras relaciones sin ninguna de sus ventajas. Mis viajeros, que andan a la quinta pregunta, como los de tercera, no presumen menos que los de primera. Pero les falta la interior satisfacción, cual si comprendiesen que ocupan un plano insostenible, un eclecticismo violento. Desprecian a los de abajo y no alcanzan el afecto de los de arriba, y así van, entre el rencor de los parejos y el desdén de los superiores: no pueden retroceder porque su vanidad les cerró la puerta a sus espaldas; no pueden avanzar porque la suerte les negó su apoyo. Pienso que los vagones de segunda clase son como el descansillo de una escalera: puntos de tránsito, etapas que hacen cómoda la subida. ¡Infeliz del que los logre sin fuerzas ya para seguir trepando! Más le hubiera valido quedarse en el portal.

-Pues todo eso se acabó, compañeros -declaró gravemente el «primera»-. Se acabó Santiago en San Tirso, como se acabó la Virgen en Adegá, y ojalá hubiéramos acabado nosotros también. Voy creyendo que la muerte es un oficio piadoso. Hay una pesadumbre mayor que la de perecer: la de sobrevivir a los que amamos. La inmortalidad sería un horrendo suplicio, porque no existimos únicamente en nosotros y para nosotros, sino en los demás y para los demás. ¡La estación cerrada, los pasos a nivel francos, el semáforo inmóvil, los andenes vacíos, renuevan a diario nuestra amargura! ¡Que cieguen nuestros ojos si sólo han de ver tristezas!...

Dos días después el Eco de Ribanova publicaba la siguiente noticia:

«Anoche, en la estación, un vagón de primera clase, que estaba apartado en una vía muerta y que, sin duda, tenía mal echados los frenos, tomó la pendiente cuesta abajo y cayó al mar. Detalle curioso: los restos del vagón han sido hallados en el mismo lugar en que, hace muchos años, se despeñó la locomotora del correo, suceso que seguramente recordarán nuestros lectores.»

Los Canegos

Eran los Canegos una familia de marineros que prestaban el servicio de pasaje entre Ribanova y Noguerras y Villasol, y tomaban parte en las faenas de carga y descarga de los buques. La componían Ricardo y Pepe, dos mocetones fornidos, de manos

encallecidas en el remo y tez bronceada, y «Petouto» y el «Náutico», socios de la razón social «Canegos y Compañía».

Pepe hablaba menos que Ricardo, y «Petouto» menos que Pepe: el «Náutico», rapaz de cortos años, grumete con visos de patrón, no hablaba nada. A los Canegos había que extraerles las palabras del cuerpo, y aun así no siempre se satisfacía la curiosidad o se desvanecía la duda del que preguntaba.

-¿Mucha marejada hoy, Pepe?

-Alguna hay.

-¿Mucho viento, Ricardo?

-Regular.

-¿No nos iremos a fondo, «Petouto»?

-«Non séi, pode que sí: xa veremos...»

«Algo» de marejada, para José Luis, hombre de tierra adentro, equivalía a un espantable romper de olas. Viento «regular» era tremendo vendaval que hacía gemir el palo de la vela con pavorosos crujidos. Y el hundimiento, posible como todas las cosas humanas, adquiriría en boca de «Petouto», doblemente cauto como marino y como gallego, atisbos de probabilidad muy poco tranquilizadores.

Gustábale a José Luis ir de zalea. Traía sed del mar: sed de su llanura azul en los ojos cansados de la monótona estepa terrosa; sed de su brisa fresca y húmeda en los labios que la canícula castellana reseco; sed de su bramido ronco, entre chillidos de gaviota y ráfagas del Nordeste, de su batallar eterno en los bajos de la ría y de sus blandos arrullos en la playa, de horizontes brumosos, de reflejos de luna como oro derretido en las ondas quietas, y de sirenas lejanas...

Le acompañaba siempre uno de los Canegos y daban vueltas y más vueltas, del Cargadero a la punta de San Gundián y de Villasol al Castillo. José Luis tenía del gobierno de un bote vagas nociones, aprendidas en el estanque del Retiro, y le avergonzaba su impericia marinera. A veces, la embarcación, cediendo a la racha, metía el carel en el agua. José Luis, asustado, se agarraba a un banco o a un tolete. ¡Qué irónica entonces la sonrisa de «Petouto»!

-¡Bah! Mucho señorío madrileño, mucha camisa descotada y mucho pantalón blanco... para ignorar después el modo de cazar la escota o de coger un riso. ¿Qué maestros eran aquellos de las Universidades, que no enseñaban a distinguir una goleta de una balandra ni a saber si el viento sopla del Norte o del Este? Cualquiera de los rapaces del Perellán daría lecciones a estos «tirillas» acicalados, marinos de salón, remeros de confitería, que a los diez minutos de boga caían rendidos, cubiertos de ampollas los dedos y dolorida la cintura...

José Luis admiraba la ciencia náutica de los Canegos. La habían estudiado en el libro abierto de la ría, bajo el sol y la lluvia, en la calma ardiente de los días estivales y al cierzo helado del invierno, que ulcera las manos mordidas por la sal y hunde su filo agudo en el cuerpo mal defendido por las ropas de hule. Conocieron horas de espanto, cuando la niebla encendía sus pebeteros traidores y tenían que caminar a ciegas, envueltos en sus vellones opacos, y sentían resquebrajarse, bajo el pie aterido, la lancha medio anegada. Y padecieron la angustia de hallarse lejos de tierra, juguetes de olas como montañas, sin timón y sin esperanza de auxilio, entre el ulular de la borrasca y el griterío desesperado de las mujerucas en el muelle.

¡Ay, los burgueses que venían a Ribanova de temporada, huyendo del Madrid asfixiante, no podían comprender la vida penosa de los hombres de mar! Les veían en excursiones de recreo, con bañistas prudentes que se chapuzaban al abrigo de la dársena o cerca de un bote, con damitas que jugaban a remar, con familias que iban de merienda al Soto Grande o a Travesa. La ría era entonces amable y dócil; sus aguas tranquilas se

rizaban apenas en largas ondulaciones, que imprimían suaves balanceos a las embarcaciones. Sólo en la barra rompía la marea con hervores de espuma, que desmayaban pronto en blando oleaje. Hospitalario, el Nova acogía al veraneante con maneras delicadas: un lago no lo superara ni en la mansedumbre ni en la transparencia. A través de sus límpidos cristales llegaba la luz del día hasta el cauce arenoso, profundo en el canal, levantado en la meseta del Tesón, que en el refluo emergía como un islote. Y, en cambio, dos meses después...

José Luis recordaba sus años de carrera, la interminable sucesión de asignaturas sujetas al plan absurdo de la docencia oficial, las mañanas idas en los claustros universitarios sombríos, los profesores que cobraban por horas, como los coches de punto... Había encontrado siempre una frialdad aterradora en los textos legales. Le parecía que la ley era un sudario y las formas jurídicas, fecundas porque nacieron del interés de los hombres, vasos vacíos. El mundo del derecho se le antojaba harto convencional. La humanidad había invertido siglos enteros en colocar rótulos: los códigos quedaban reducidos a eso, a una mera ordenación de membretes y títulos que ponían muy en alto la inventiva de sus autores, pero que no servían para nada. Más allá de las colecciones legislativas, acaso a pesar de ellas, la vida seguía un ritmo distinto, y José Luis estimaba preferible este medio natural, espontáneo, lleno de vibraciones, a aquel otro engañoso y aparente.

¡Quién sabe si los Canegos, marineros oscuros de una ría gallega, estaban más cerca de la verdad que él! Los Canegos contemplaban las cosas a través de dos inmensidades: el viento y el mar; José Luis las contemplaba a través del Medina y Marañón y el Manresa. Oficio por oficio, el de los Canegos tenía una grandeza sobrehumana: luchaban contra dos titanes y habían de vencerles con un pedazo de tela y una tabla, esquivando sus zarpazos feroces.

Días antes de salir de Madrid, José Luis había leído en una revista profesional un largo artículo de un catedrático alemán, dedicado exclusivamente a examinar las diferencias históricas, filosóficas y jurídicas que existen entre la licencia, el consentimiento, la autorización y el permiso. ¡Qué asombro le produjo la inverosímil sutileza que revelaba aquel trabajo, análisis minuciosísimo llevado hasta los últimos rincones de la legislación pasada y presente!

Pues bien; ahora pensaba con melancólico desencanto en los quebraderos de cabeza del sabio teutón. ¡Lástima de tiempo perdido! Los Canegos adivinaban las ocultas intenciones de la brisa en el ondear de una banderola o en la nubecilla le ve como el humo de un cigarro, y presentían la ráfaga en la sombra imperceptible que obscurecía un segundo la llanura infinita, acariciándola con su planta silenciosa. Para ellos, la formidable trinidad del cielo, el viento y el mar estaba llena de calladas palpitaciones, de musicales ecos: aleteo de pájaros, hervores de resaca, flamear de velas, atornillar de hélices en la masa líquida, quejas de toletes bajo el dogal del estrobo, chapotear de remos... La sensibilidad académica de José Luis, aguzada para todos los artificios intelectuales, no recogía la serenata marinera. El armonioso concierto de la ría lograba apenas conmover su tímpano rebelde. Y sintió envidia de las manos esclavas, el pecho robusto, la frente quemada del sol y el alma abierta a la pura fragancia de las cosas sencillas.

Canciones ribeirianas

Suele presentarse como prototipo de interior satisfacción la que ponderan las Ordenanzas militares, pero existe otra interior satisfacción, civil, no castrense, pacífica, que no guerrera: la de los que «hacen» la «segunda voz».

En todas las canciones populares gallegas el dúo se impone. Los países del centro y sur de España propenden al solo -individualismo se llama esta figura-: a solo entonan la jota los aragoneses, y los andaluces las mil modalidades del cante. El norte propende a las dos voces: los alalás galaicos, las asturianadas, los aires santanderinos, el «¡Boga, boga!» éuskaro, lo demuestran. Así, en Galicia, la «segunda voz» constituye una de las categorías filarmónicas más estimadas, y ningún placer iguala al del que la cultiva. Corresponde a los bajos por derecho propio, y, aunque subordinada de la primera, no la cede en convicción de rango: es un acólito con ínfulas de clérigo, porque sabe que sin el que contesta al oficiante, muda de lugar el libro y agita la campanilla, no hay misa posible: tampoco hay armonía sin el valioso concurso de la segunda voz.

Si vais alguna vez a Ribanova, observaréis, en cualquiera de los bancos de la Alameda, un grupo de rapaces serios e inmóviles. Acercaos, y a vuestro oído llegará el eco tenue y afinado de una canción. Los cantantes entreabren apenas la boca, en un pianissimo impuesto por los bandos municipales. Sienten todos la solemnidad del momento, y sería inútil que buscáseis una cara sonriente. Aunque el alalá respire picardías o solloce líricos disparates la danza, el coro desempeñará siempre su cometido con digno y grave modo: la malla invisible de las ondas sonoras prende las voluntades y absorbe la atención. Ni les veréis nunca desertar de su puesto antes de la última nota. Una noche, en pleno concierto, avisaron a Xan «d'os pitos» que su tía agonizaba, víctima de un repentino ataque cerebral. Xan, barítono concienzudo, aprovechó un silencio de la partitura para responder al recadero rápidamente:

-Que esperen cinco minutos: en cuanto termine el Peregrino, voy allá.

Un instante después reanudaba el hilo de la doliente habanera:

¡Adiós, tierna niña! ¡Adiós, cariñosa! Quisiera que oyeseis trinando mi voz...

Y con un vivísimo sentimiento, que puso trémolos en su garganta, dedicó el «tierna niña» a la pobre moribunda, que veía sus ilusiones malogradas cuando aún no había alcanzado las setenta primaveras, y que no debía tener entonces mucho humor para oír trinar la voz de su sobrino.

La improvisación de la «segunda» era hazaña que enorgullecía a los claros varones capaces de acometerla.

-¡Estamos aprendiendo un alalá que trae una «segunda» estupenda! -anunciaban, alborozados, los insignes orfeonistas: alborozo artístico comparable con el del que descubre un busto de Praxiteles o un cuadro del Greco.

A Xan «d'os pitos» «no le decía nada Wagner».

-¡Bah, eso no es música! ¡No hay manera de cantarla a dúo!

De aire pausado la mayor parte de las canciones ribeirianas, había cierto sabor voluptuoso en aquella lentitud del ritmo, con remansos de silencio y pujas de calderón que hacían resaltar el tono tristísimo de la letra. Porque la letra venía casi siempre humedecida en lágrimas. Una musa melancólica inspiró a los anónimos autores. El regocijo quedaba para los alalás, que también envolvían a veces penas y quebrantos entre sus notas cascabeleras. He aquí algunas de las danzas más populares:

Danza del comisionista

El comisionista llega a Ribanova. Hoy durmió en Monteledo. Mañana saldrá para Adegá y Villasol. Anda como Ashaverus, y tiene mucho de errante y algo de judío. El comisionista piensa que un destino fatal le ha condenado a perenne inquietud. Cuenta por horas las leguas que corre y por días los pueblos que visita. Es, a los efectos administrativos del padrón, un transeúnte eterno. Sus amistades no pasan del trato

superficial: sus amores, del flirt fugitivo; su compañía se reduce a dos cajas: la caja de muestras para la oficina del comercio y la caja de bicarbonato para la oficina del estómago, cuarteado y maltrecho entre salsas de hospedería y guisotes de fonda. Lleva un guardapolvo que ha padecido el polvo de todos los caminos. Como la toga del letrado, como la casaca del palaciego, como el manteo del cura, el guardapolvo define y da carácter: el perfecto comisionista ha de poseer palabrería de vocero, espinazo de gentilhomme y sutilezas de clerecía... He aquí su danza:

Yo he venido al mundo quizás peregrino, cual hoja marchita que el viento arrojó, y voy a ausentarme siguiendo el destino que Dios, como a todos, a mí me fijó.
Los montes, los valles, las selvas frondosas iré en mi camino dejando hacia atrás, mirando las flores silvestres y hermosas por ver si entre flores del campo tú estás.
¡Adiós, tierna niña! ¡Adiós, cariñosa! Quisiera que oyeses, trinando, mi voz... Quisiera abrazarte... ¡pero es doloroso mirarte y decirte mi último adiós!

Danza de la cocinera sentimental

La cocinera abotargó sus manos en el fregadero y endureció su conciencia en la sisa, pero guarda debajo de su seno exuberante un corazón jugoso: diríase el corazón de una empanadilla, al cobijo de la bóveda de hojaldre levantada y crujiente. ¡Ay, la cocinera ama! Bien lo saben sus señores, porque los platos vienen a la mesa hartos salados, y cocinera que sala en demasía es cocinera enamorada. Pues, sí, ama a un rapaz de Villasol, que la espera en la iglesia los domingos, a la hora de misa. La cocinera le busca y le halla siempre junto a la pila del agua bendita, bien afeitado, con su traje de los días de fiesta: asoma al bolsillo de la americana el pañuelo que fue del señor y que ella regaló a su dulce tormento después de bordarlo con mil primores y con seda de la señora.

La cocinera quiere rezar y no puede. Siente que el novio la mira y mil diablillos traviesos cortan la cantilena de sus oraciones...

Nunca vayas, Pepe mío, a la misa a que voy yo: ni tú rezas, ni yo rezo, ni estamos con devoción.

De pronto un miedo la asalta: el rapaz ha hablado de ir a América a ganar mucho dinero. La fregona opina -romanticismo y desinterés- que para vivir basta y sobra el cariño que les une: -«Contigo, pan y cebolla», y lo de la cebolla no lo dice a humo de pajas, sino con la suficiencia de una profesora en arte culinario que aprecia el alto cometido del sabroso aderezo. Los escrúpulos de la devota, que cree que peca si, entre un padrenuestro y un avemaría, piensa en el galán que se la come con los ojos, dejan paso al dolor de la novia ante la posible separación... Y solloza así:

¡No vayas a Cubadinerero a buscar! ¡Qué más dicha quieres que a mi lado estar?

Danza de la viuda

Esta es una viudita ganosa de reincidir. Tres años hace que perdió al marido, y no se acostumbra a la soledad de sus horas. Con blando lápiz quedó grabada en su recuerdo la sombra del que se fue, y el tiempo, como una goma, va borrándola lentamente... El corazón de la viuda parece hoy blanca cuartilla que nunca desfloraron rasgueos de

pluma; y, sin embargo, cuántas cosas se escribieron en ella... Hay un hombre que la pretende, y la viudita vacila, toda rubores y sofocos. Teme que la gente haya sorprendido la fragilidad de su memoria. Acaso no ha prescrito todavía el derecho del otro... Por eso aconseja discreción y recato, para que no trascienda de los dos aquel boceto que los dos dibujan: sabe a gloria el relampaguear escondido de unos ojos y apetece mejor cuando el juego se hace a hurto de curiosos, suerte de contrabando que atraviesa la frontera sin pagar tarifa en la aduana de la murmuración, y que seduce, no tanto por el ahorro, como por el goce del fraude. Y la viudita, doctora en discreteos, se expresa en muy pulidas razones, con sugestivo trenzado de palabras...

No me mires, que miranque nos miramos:luego dice la genteque nos amamos.
Disimulemos,y, cuando no nos miren,nos miraremos...

Danza de la costureiriña

¡La pobre costureiriña! Cose que cose, doblada sobre la labor, no da paz a los dedos. De tarde en tarde sus ojos se abstraen en una contemplación lejana; después ahoga un suspiro y reanuda su tarea. ¿Qué miran los ojos tristes de la costureiriña? ¿Los árboles del jardín, que sombrean su casa? No; miran más allá. ¿La ermita, que recorta en el cielo la obscura silueta de su cruz gigante? No; más allá... ¿La línea vaga del horizonte - un pino solitario en la tierra y un navío humeante en el mar? No; más allá, siempre más allá...

Marchó el novio hace cuatro años, y no vuelve. Pocas cartas de él recibe, y esta última, que la cuitada tiene escondida cabe el seno, fuera mejor que se hubiese extraviado: apenas cuatro líneas formularias, y un frío adiós... Neptuno está enojado con el hombre, porque la proa de los barcos abre hondos surcos en su carne, las hélices se atornillan en sus entrañas y los diques humillan sus furoros; por eso, llevado de propósitos vengativos, retiene o engulle las nuevas agradables, y, en cambio, se abonanza y adormece en blandas brisas para que cuanto antes lleguen las esquelas mortuorias.

La pobre costureiriña sabe ahora de fijo lo que siempre ha sospechado: que no la quieren. En la cómoda, ocultas en el cofre de las joyas modestas, guarda todas las cartas del mozo: un paquetito atado con una cinta que se anuda en la gracia femenina de un lazo. Cartas que cruzaron el Atlántico, papeles mojados -las líneas son borrones ilegibles, perdieron su límpida tersura las hojas, convertidas hoy en pastosa pulpa informe...

O amor d'a costureiraera papel e mollóuse;¡agora, costureiriña,a teu amor acabóuse!

Danza del marinero

El marinero va con su novia de paseo hacia el mar. En el muelle, a espaldas de la capilla de San Miguel, camino del faro o en Villadón, los ojos encuentran largo recreo: agrada el romper de las olas y el hervor de la espuma. El marinero conoce todas las embarcaciones que frecuentan la ría, y se las muestra a la novia cuando sólo son un punto en el horizonte, invisible para otros ojos no tan expertos como los suyos.

-Mira la Golondra, una goleta; vendrá cargada de sal.

-¿Y aquel humo de allá lejos?

-Es el Gijón. Ha debido salir de Avilés a mediodía, y llegará a Ribanova al obscurecer. Buen costero; ninguno le gana a caminar. Hace sus diez millas muy guapamente...

Ven, que te quiero llevar, célico ángel de amor, a vivir al rumor de las olas del mar...

-Me dijeron -suspira ella, celosa- que ayer estuviste de parrafada con la de Nelo.

-¡Bah, murmuraciones! Que conicidimos en el Crucero, y que yo le pregunté por su padre: nada más. Esas de Bande son tremendas, y el mejor día tenemos un disgusto.

-No te enfades, hombre, porque no le di importancia al caso. Creo en ti, y con eso me basta -dice la novia, y tiembla ahora el regalo del mimo donde antes puso la sospecha sus dardos punzadores.

Pero el marinero sufre. Se siente rodeado de un molesto enjambre: comidillas, cuentos, chismes... Por eso huye de la Alameda y de las calles y busca la soledad amiga del mar...

En el silencio nos amaremos y viviremos juntos los dos. ¡Allí se ama sin enemigos, sin más testigos que el mar y Dios!...

El faro

El faro de Ribanova está situado en una isla -la isla Grove- unida a tierra por un puentecillo que cubren las olas en días de temporal fuerte. La linterna lanza sus relámpagos a ocho millas de distancia. La casa del torrero, limpia y coquetona, luce sus muros de blanco baldosín. Centenares de conejos saltan entre los tojales, y, aunque el suelo es peñoso, se ha logrado, con perseverante esfuerzo, colocar en vías de cultivo algunas parcelas, que un muro protege contra el viento y contra el mar.

Desde el faro domínase amplia extensión de costa desigual y brava y poco concurrida. Los correos pasan lejos, acusados apenas por humaredas leves. En Ribanova fondean únicamente los vapores de mineral, pequeñas embarcaciones de cabotaje, lanchas boniteras y dos o tres goletas y balandras cargadas de arena o de carbón.

José Luis, que tenía sus ribetes de romántico, pensaba con cierta emoción en los torreros de faro. Les imaginaba solos frente a la grandeza del agua y del cielo, extraños a las vulgares preocupaciones diarias. De sus manos depende la vida y hacienda de los navegantes: un leve descuido en la rítmica sucesión de los destellos puede inducir a error fatal al piloto que en la noche cerrada atalaya con angustia la salvadora luz. Vestales del puerto, han de mantener siempre encendido el fuego sagrado: son antorchas vivientes, guardianes del abismo, un resplandor en la sombra.

Hombres consagrados a funciones tan augustas debían pertenecer a un rango superior y sentir en su alma esa grave compostura y esa elevación que procrea el silencio cuando se une con la soledad. Las cosas influyen en nosotros y modelan nuestro espíritu; en nuestra existencia íntima hay como un reflejo del mundo exterior, y quien a toda hora fije la mirada en el horizonte sin límites de la inmensidad no sabrá evadir la irresistible tentación de lo infinito, y habrá en su pensamiento la emoción viajera que despierta la nube y la inquietud de lo hondo que produce el mar.

Iba Romeira con José Luis. Les recibió el torreiro, amable. Recorrieron la isla de punta a cabo: el pie levantaba docenas de conejillos asustados, que huían en busca de refugio. En lo alto de la torrecilla descansaron los viajeros. Era ya prima noche, y en su

honor se adelantó la hora de encender. Acodados en la barandilla que rodeaba la diminuta plataforma, contemplaron la puesta del sol. El faro de Muro inició poco después su parpadeo. Compañero del de Ribanova, las señales luminosas de los dos sostenían un diálogo mudo: noviazgo a distancia jamás interrumpido. Rompían las olas mansamente contra el acantilado de la isla. Callaron el torrero y sus amigos. La pausa duró breves minutos. La interrumpió el torrero:

-Estamos olvidados. Las demás clases administrativas han conseguido mejoras de sueldo; nosotros, no. Nuestro escalafón, formado por unos trescientos individuos, tiene mucha cola, y faltan jefes. Años y años son precisos para aumentar en cantidades irrisorias nuestros menguados haberes. Yo he proyectado una plantilla mejor dispuesta, en la que, con pequeña diferencia de gasto, lograríamos notable alivio económico. Disminuyendo el número de aspirantes...

José Luis le oía atento; pero, ¡qué desencanto el suyo! ¡Maldita Administración, que llevaba hasta allí sus ventosas! Hasta allí, avanzada de la tierra sobre el mar, isla perdida en un rincón gallego. El torrero no estaba unido a la península por un puentecillo, sino por un escalafón. El opio de la nómina envenenaba aquel ambiente puro: en la brisa fresca, saturada de yodo, había pestilentes emanaciones de covacha. ¡Ay, el faro era una oficina y el torrero un funcionario!

Lodrobada

En las ciudades el mocerío encuentra fáciles ocasiones mujeriegas; en los pueblos, la castidad se impone. Hay casos de amancebamiento, pero no hay hetairismo: la moral pública no toleraría la existencia de lupanares. Por eso, la sensualidad se hace estomacal: la mesa substituye al tálamo: el pecado capital pueblerino es la gula. Y el pensamiento voluptuoso, que en las poblaciones gira en torno a las suaves redondeces femeninas, en las pequeñas localidades se ciñe con éxtasis a las curvas también apetitosas de la empanada. Entre los enemigos tradicionales, la carne tiente, pero tiente en la sartén o en la cazuela.

A esos yantares copiosos, bien amados en Ribanova, les llamaban los ribeirianos lodrobadas. El término era expresivo y cuasi onomatopéyico: la palabra lodrobada llena la boca, como la llenan los platos de la lodroba. Y de lodrobada fueron un día José Luis, Romeira, Ricardo el «Canónigo» y otros amigos, todos «firmas» de prestigio por su «saque». Preparó los manjares la Naviega, casa que en largos años de pastelería y cocina había consolidado su fama en las cuatro villas ribereñas del Nova, y tendieron los manteles sobre un verde prado, a orillas del Villalán, río que desemboca en el mar, detrás del faro, en uno de los parajes más amenos que imaginarse pueda.

El menú era, como en casos tales suele acontecer, propio para estómagos delicados: tortilla de chorizos con menos tortilla que chorizos, adobada en la grasa sangrienta del embutido; calamares en su tinta, que ennegrecían los labios glotonos: la prebe, según los cánones, debe achicarse a fuerza de miga, hasta dejar la fuente enjuta; jamón con tomate, en grandes lonjas, como simple entretenimiento de los comensales, y empanada de «pitos», del tamaño de una rueda de carro, que ofrecía el doble atractivo del «pan de arriba», tostado y crujiente como hojaldre, y el «pan de abajo», sazonado y jugoso. De postre, «brazo de gitano», brazo de mar de crema bien envuelto en su mantilla de bizcocho, y arroz con leche para reparo de huecos; vino a discreción, café en baldes, coñac en tazas y media docenita de mademoiselles, que pusieron con sus detonaciones fin a la fiesta, cual las bombas de palenque acostumbradas.

Tres horas largas duró el ágape, y en ese tiempo no hubo descanso para las mandíbulas. Cuando encendieron los cigarros, Romeira, poniéndose en pie con trabajo, pronunció un discurso, elocuente como todos los suyos:

-Amigos míos, dediquemos unas palabras a nuestro clásico pote. Dime lo que comes y te diré quién eres. ¿Fue Brillat Savarin el autor de sentencia tan profunda? No lo sé; lo que sí sé es que pocas veces habrá surgido en cabeza humana verdad de tamaño calibre. Aplicadla también a la bebida: el champagne tiene la exquisitez elegante del espíritu galo, y la cerveza, la basta contextura del tipo teutón.

-La cerveza será basta -comentó una voz-, pero tú, cuando la bebes, nunca dices ¡basta!

Rieron los comensales, y hasta el mismo Romeira hubo de reconocer la oportunidad del calembour.

-Habréis observado -continuó el orador- que no hay nada como los calamares en su tinta para aguzar el ingenio: nuestro contertulio acaba de brindarnos una acabada prueba de ello. Y volvamos al asunto que nos importa. Galicia es el pote, como Castilla es el cocido. A vuelta de un rico rosario de virtudes, descúbrense en el castellano cierta vanidad de hidalgo pobre que no quiere que se sepa la escasez que sufre. El castellano hace dos platos del cocido: toma primero la sopa y luego la carne, los garbanzos, la patata, el jamón. Este segundo plato es cuerpo sin alma, alimento sin jugo: entretiene las mandíbulas y da prestancia al menú, pero no satisface mucho el estómago. Pues bien; el cocido constituye el emblema de Castilla. Castilla vivió un siglo, un único siglo: el siglo de oro. Fue el siglo de la sopa suculenta y sabrosa, porque para que en ella hallara sostén el cuerpo y el paladar regalo, venían los galeones llenos del oro de las Indias, y manejó la pluma el Manco insigne, y el pincel Velázquez. Hogaño, Castilla, agotada, trae a su mesa paticoja los restos del pasado grande: fofo amasijo que perdió el zumo, venas exangües y terruño seco que dejaron la savia en Flandes, en Italia y en América. Castilla apura hoy el segundo plato del cocido y engaña la estrechez de ahora con la remembranza del ayer holgado. Los gallegos, más amigos de la realidad y libres de ciertas preocupaciones sociales, no dividen por gala en dos lo que nació uno, ni separan el caldo de sus apetitosos ingredientes, sino que lo sirven con la patata, la verdura y el lacón. Galicia no tiene por qué guardar falsas apariencias, y ordena sus yantares de modo sencillo y llano.

-¡Viva el pote! -exclamó uno de los comensales.

-¡Viva! -repitió el concurso, unánime.

-¡Calma, amables correligionarios, calma! Todavía no he acabado -indicó Romeira una vez restablecido el silencio-. Fáltame ponderar la muy alta condición de una fruta de nuestra tierra, acaso la mejor, con ser muchas las que poseemos, y deliciosísimas todas. Prerrogativa real nunca bastante alabada: suma y compendio de las que adornan a nuestros encantijos. Es morena, gracias a Dios, y digna de haber nacido de Quereño para acá, pues si a Campoamor no le hubiera forzado el consonante, a otra región pertenecería la cuitada del poema. Morenucha os decía, y de piel algo áspera, como cumple al tradicional recelo de la gallega, desconfiada siempre y en principio poco fácil a la intimidad. Esquiva y menuda, que no les vienen bien a las mujeres grandezas corporales: su gloria está en el armonioso conjunto recogido y prieto, y ha de prestarse sin violencia a la caricia de los diminutivos: el buen perfume se vende en pomos pequeños, y por litros la vulgar colonia. ¡Ah, pero una vez salvada la prudente cautela del dintel, qué maravilla la de la pulpa jugosa, que se deshace en almíbar y nos brinda el supremo deleite de un bocado exquisito! Así también no hay quien supere a las rapazas nuestras en la voz tierna, en el hablar suave, en la música del acento, donde las mil facetas emotivas encuentran su nota apropiada. Y, para terminar, ¡qué modestia la de su

semblante, que no luce la púrpura altiva del naranjo ni el cutis presumido de la manzana!... Camaradas y paisanos: os pido un minuto de silencio en honor de la pera urraca.

Empezaron enseguida las canciones. Aunque alegrillos todos, el coro se mantenía dentro de una afinación perfecta. El sentido musical de los ribeirianos triunfaba hasta de los vapores del alcohol, y no había una voz discordante en el conjunto armónico. Sólo de cuando en cuando la digestión laboriosa prendía su neblina de gases en la garganta de los cantores, y estampidos como truenos glosaban el ritmo con sonoridades fuera de la partitura; pero aun entonces la gravedad del momento orfeónico se imponía, y sobre el interruptor caían veinte miradas llameantes que le recriminaban por su desafuero y mataban en flor posibles desahogos ulteriores.

¡Contraste singular el de las habaneras dolientes y las danzas melancólicas en labios de aquellos enxebres, que tenían el rostro ardiendo y los ojos encandilados y sentían en el gáznate el cosquilleo del champagne! Las viejas cadencias populares podían más que el estímulo bullanguero de la panza ahíta, propicia al optimismo y al retozar jocundo. Unos rapaces, en la plenitud vital de la sobremesa, cantaban cosas tristes: había allí una veta de humorismo galaico.

Agotado el extenso repertorio, la murmuración reclamó sus fueros, y en revista cinematográfica desfilaron ante los contertulios, sin olvidar una, las personas conocidas del pueblo, con sus defectos, con sus extravagancias, con sus flaquezas. El mantel quedó convertido en mesa de disección, y donde antes se movieron tenedores y cuchillos trabajaban ahora las lenguas, que no eran menos punzantes ni menos afiladas. Había imitadores de todo lo imitable, que reproducían los rasgos sobresalientes de cada víctima, caricaturizándolos con perversa intención: la cojera mal disimulada, el mirar «virolla», la tartamudez del uno, el léxico disparatado del otro, el aire presumido de este, la joroba de aquel...

Llegaron luego los Sinforianos, cuarteto famoso en Ribanova y en los pueblecillos próximos a la ría. Mariano y Sinforoso eran sus elementos directivos. Con los nombres de entrambos un vecino sutil aderezole el membrete: «Sinfor» y «iano»: «Sinforianos». Sinforoso perdió el oso y Mariano varó en seco, porque le quitaron el mar.

Mariano tocaba el clarinete; Sinforoso, la gaita: los dos soplaban. Bombo y tambor componían el conjunto, completándolo. El tamborilero y su compadre no producían menos ruidos que Sinforoso y Mariano, ni su aportación musical carecía de interés. Pudo acaso dárseles cabida en la razón social del cuarteto, entre el alfa de Sinforoso y el omega de Mariano, pero nadie se acordó de ellos y estaban condenados a herir las cajas sonoras, desconocidos siempre, siempre en el anónimo. La vida, como diría Romeira, es cuestión de instrumento: debemos elegir voz cantante, so pena de permanecer en la sombra. Escaño y foro, tribuna y prensa, gaitas todas al cabo, se llevan la gloria; el pueblo acompaña, y menos mal cuando maneja los palitroques: a veces sirve sólo de parche.

Sinforoso tenía ese optimismo mofletado, saludable y jovial propio de un gaitero digno; Mariano, pálido el color y consumidas las carnes. La gaita pide obesidades risueñas; el clarinete simpatiza con delgadeces hurañas. La gaita, mujer a la postre, gusta de murmurar, y, a espaldas del marido, suelta el roncón de los comadreos. El marido le hace el dúo y la pasea del brazo, como cumple a un clarinete que sabe respetarse. Porque ama la virtud del ahorro se naturalizó en Galicia la gaita, que no derrocha nunca el caudal de aire que guarda el fol, sino que lo va soltando poco a poco: piensa en el mañana -el mañana es la nota siguiente-, y a tanto llega su espíritu previsor que no canta a gusto sino cuando ha asegurado ya el día que ha de venir. El clarinete y

el oboe, el cornetín y la trompa, dejan de sonar de un modo seco y mecánico: la gaita expira. Hay algo humano, de ahogo, de asfixia en sus notas finales: es que de pronto la ha faltado el aliento. La gaita muere y exhala un grito al morir...

Sin los Sinforianos no había regocijo cabal. Villasol por Santiago, Adegá por la Virgen de Agosto, Ribanova por la de Septiembre, les contaban como número obligado del cartel, y con romerías, dianas y bailes se les iba pronto el verano a los músicos. En su repertorio abundaban aires regionales -alalás, muiñeiras, danzas del Principado; pero también, ¡oh dolor!, rendían culto a lo moderno, y después de Ó subila e ó baixala, y antes de A coger el trébole, se oía la Java. ¡Sinfonía de cabaret, negros cantores, arias de saxofón, bailarín de etiqueta, diabluras de black-bottom y acrobacias de charleston, sobre el tapiz de fina hierba, al abrigo de los castaños, entre violines de ciegos, plañir de mendigos, rosquillas del santo y detonar de bombas de palenque!

¡Santiago, patrón de Galicia, córtales el cuello con tu acero invencible a los «enxebres» renegados, que son peores que los moros! ¡San Román, señor de la fuente milagrosa que todo lo cura, niégales tu linfa clara a los que beben en las romerías cocktails nefandos! ¡San Roque bendito, mándales una peste que se los trague, y que no tengan un can chico que les lama la pierna ni un can gordo para aguardiente! ¡San Froilán, sombra de Lugo, condénales a pasear la muralla para toda la eternidad! ¡Que no los miren tus ojos, Virgen de los Ojos Grandes, que no lo merecen! ¡Que no logren el consuelo de tus llaves puestas al rojo, San Bernabé, y que rabeen! ¡Y que no vuelvan a probar en la vida filloas por Carnavales, lacoada de grelos por San Antón, ni empanada de pitos, ni vino del ribero, ni pan de Vilaboa, ni peras urracas!

¡Que mala centella los coma!

Amén.

José Luis se va

Pasó Santiago Apóstol, y está tan lejos, tan lejos, que no se oye la galopada de su caballo. Son ceniza las brasas que martirizaron el cuerpo de San Lorenzo. Han muerto las rosas de Salomé que ciñeron la frente del Bautista degollado...

Septiembre. Hace frío. La gente ya no acude a la Alameda por las noches. Los novios buscan el abrigo de los soportales, defendidos del viento. Nadie baja a Fontanela, ni cruza el Nova hacia los pueblos vecinos. Los Canegos halan a tierra los botes de zalea para que no sufran el daño de la invernada.

Llueve. Llueve mansamente primero: preludios del gran concierto pluvial que prepara la orquesta de otoño. ¿Dónde fueron las sombrillas multicolores, los indumentos estivales, la alpargata playera? Paraguas y gabardinas han salido del rincón adonde no han de tornar en largos meses. Y en las aguas rizadas de la ría florecen las blancas florecillas del temporal.

Se van los cómicos y empieza la temporada de cine. Se van los veraneantes: todas las semanas la crónica de La Voz publica una extensa lista de viajeros. Se va también José Luis, con tristeza que no sabe disimular. Hay en su tristeza gotas de egoísmo. Sabe que si dejamos el pueblo en que hemos vivido, el pueblo seguirá su rumbo, como cuando dejemos la vida que hemos gustado continuará la vida alegremente. Nos duele lo que perdemos, pero nos duele más todavía la segura indiferencia de los que quedan: la misma indiferencia que sentimos nosotros mientras no nos toca el turno. Querriamos que todo acabase con nosotros, para hacer en compañía la última jornada y también para que la incógnita final no añada otra negrura al pesar de la partida. Los reyezuelos salvajes que descendían al sepulcro con centenares de siervos degollados en las

ceremonias fúnebres, eran hombres prudentes. Nuestra pena compartida parece menos pena. Será consuelo de tontos el mal de muchos, pero son muchos los que se consuelan.

-Mañana, domingo -piensa José Luis-, irán todos a misa de doce, a la parroquia, y yo no iré. Habrá luego paseo en la Alameda, y yo faltaré. Por la tarde, partido de football, cinematógrafo después, tertulia en el bar tras de la cena..., y yo no estaré... Y Ribanova irá devanando sus días en la rueda del tiempo... He pasado como una sombra gris sobre el cristal de un espejo: ninguna huella perdurará de mí...

Arranca el auto. José Luis contempla la última calle ribeiriana. Ni una luz ilumina las fachadas herméticas. Duermen los vecinos. El auto aumenta la velocidad. Guardando la primera curva de la carretera, se alza el chalet de Ladracán, avanzada de Ribanova en el camino de Augusta. Lo alcanzan rápidamente. José Luis juraría que uno de los visillos del mirador se ha movido un poco... La visión ha sido instantánea. Fantasía acaso mejor que realidad: ¡iba el coche tan de prisa! Pero a José Luis le ha bastado. Enciende un egipcio y hunde las manos en los bolsillos: la brasa del cigarro alumbra un boceto de sonrisa. No ha ocurrido nada o casi nada. Sin embargo, José Luis se siente menos solo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario